EL VIERZO

DGCL
A

T.153538
C.1193043

EL VIERZO

EL VIERZO

SU DESCRIPCION É HISTORIA

TRADICIONES Y LEYENDAS

POR

ACACIO CÁCERES PRAT

MADRID
ESTAB. TIP. DE E. CUESTA, Á CARGO DE J. GIRALDEZ
Calle de la Cava-alta, núm. 5
1883

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON
R-120121

Á MI ESPOSA

Por tí conocí el Vierzo. Tu amor me inspiró el amor que profeso á esa comarca feraz y deliciosa.

La antigua Ponferrada, con su oscura y famosa Fortaleza, es tu pueblo. Al pié de aquel castillo ruinoso y venerable, que coronaron en un heróico tiempo las austeras figuras de los Templarios, se deslizaron los dias inocentes de tu infancia, y tus juegos pueriles pasaron á sus faldas como las ondas murmurantes del aurífero Sil.

Á tí, pues, debo dedicar este libro, que sólo puede contener el mérito que atesora el asunto, y que sólo aspira á ser recibido por el pueblo verciano con afecto recíproco, y dar á conocer al público una de las comarcas más fértiles y amenas de toda España.

Acéptalo como testimonio del amor que por el tuyo tengo al Vierzo.

ACACIO.

PRÓLOGO

Un doble deber, por igual inexcusable, pone la pluma en mis manos para escribir un prólogo. Grata seria para mí esta tarea si, pudiendo correr libremente y con seguro paso por el extenso campo de la historia, de la literatura y del arte, llegara á trascribir mis impresiones, verter mis ideas y hasta ilustrar con un juicio severo y científico el libro que tengo entre las manos y acabo de leer, titulado EL VIERZO, debido á la pluma del jóven y ya ventajosamente conocido escritor D. Acacio Cáceres Prat.

Pero ¡ah! lucho para satisfacer el compromiso que el deber me impone con toda clase de inconvenientes. Carezco de hábitos y conocimientos literarios; fáltame la erudicion y la ciencia; no he podido compenetrarme, por la deficiencia del estudio, con la estética sublime del arte, y para mayor pena mia y martirio de mi espíritu,

mi imaginacion, llevada en alas del cariño hácia la verciana tierra y sus habitantes, presiente las más bellas concepciones, que de poder traducirlas en palabras, abrigo la certeza de que quedaria llenado mi deseo, que es grande, el del público, que es instruirse deleitándose, y el del autor del libro, que no es exigente, porque me suplica nada más que la imparcial crítica.

Cierro, empero, los ojos para no ver el abismo abierto en la punta de mi pluma, y mediante esfuerzo supremo de mi mente, hago un viaje por Astúrias y Leon, llego al Vierzo, aquí siento mis reales, y me digo á mí mismo: tengo en mi poder los materiales de la obra, los elementos de mi trabajo; fe en Dios, confianza en la bondad de la causa: empecemos. En todo caso, *Audaces fortuna*, etc.

El libro, lector, paréceme bueno, bien pensado, sábiamente distribuido, elegantemente escrito.

Basta, me dirás; basta, no sigas, ya sé tu opinion; lo restante suprímelo, porque me vas á fatigar con enojosas citas que me sé de memoria, con ampulosas paráfrasis justamente relegadas al ostracismo, y con otras cosas por el estilo capaces de aburrir á un muerto. Termina aquí tu tarea, que yo me voy derechito á la lectura del libro.

Si yo fuera un Castelar ó un Víctor Hugo,

tendrias mucha razon, lector, en llamarme al órden, aunque bien sé que entonces no lo harias, y que devorarias el prólogo, cuanto más largo mejor, antes de emprenderla con el libro; pero como no soy de aquella madera, ni siquiera me cubre un pedacito de su corteza, necesito justificarme, y por lo menos dar á comprender que leí el libro.

Es esto para mí tanto más indispensable, cuanto que uno de los deberes de que al comienzo hablé, nace de que, á la vez que hijo de Astúrias, provincia hermana gemela de la de Leon, un reino en la historia, soy hijo adoptivo de Villafranca del Vierzo, cuyo distrito electoral tengo el honor de venir representando en dos Córtes sucesivas. Nada, pues, de lo que al Vierzo se refiere puede serme indiferente, yo que le amo como á una madre, y pongo gustoso al servicio de sus intereses las fuerzas y el entendimiento que Dios me otorgó.

Si escasas son las unas, débil es el otro; mas quien da lo que tiene, ¿no cumple como bueno?

Bien sé yo que por mucho que diga del Vierzo, encomie su presente, recuerde su grandioso pasado, profetice sobre su próspero porvenir, mejor lo hace el autor del libro; bien sé yo que por bien que delineara las sencillas y honestas costumbres de sus habitantes, la dulzura de su trato y las recomendables condiciones de su natural, nunca aparecerian con la verdad y ele-

gancia que en el libro se destacan; y bien sé, por fin, que tampoco sacareis más acabada idea de la pintoresca topografía del país, de lo grato de su clima, de lo fértil de sus valles, de las riquezas de su suelo, con mi prólogo, que la que obtendreis con la sola ojeada del libro.

Sin embargo, yo debo de recordarlo. La soberbia Roma, señora del mundo, fundó allí populosas ciudades, como el *Bérgidum*, y explotó el manantial de oro escondido en las corrientes del Sil y en las entrañas de las Médulas. Allí la monarquía fundada por Pelayo en Covadonga, levantó suntuoso asilo para depósito de los que fueron reyes de Astúrias y Leon, en una grandiosa y hoy derruida abadía. Allí tuvo el Temple la córte de su maestre en el monumental castillo de Ponferrada. Allí se desarrollaron dramas caballerescos é históricos sucesos, dignos de un poema. Allí enseña la tradicion y graba la leyenda el tipo del hidalgo de la Edad media con el Sr. de Bembibre; allí reposan los restos mortales del eminente diplomático cuanto humilde sacerdote, el Beato Brindis, tan célebre en no lejanos tiempos. Allí moraron reyes; allí tuvieron su casa solariega los Marqueses de Villafranca y de Astorga, que llevaron los ilustres apellidos de los Alvarez de Toledo y Ossorio; y en los senos de sus bosques, y en las cimas, de sus montañas y en las márgenes de sus rios dormitan los testimonios de un glorioso

pasado, y se entrevee la fuerza de un brillante porvenir, que empieza á cimentarse y desenvolverse con las vías de comunicacion recientemente abiertas á la industria, á la agricultura, y al comercio de aquella comarca.

Todo esto lo trata el jóven Prat con un método y delicadeza de estilo envidiables; al lado de la descripcion histórica y geográfica de la casa de los Templarios, figura la leyenda del Lago de Carucedo; despues del terrible y amoroso episodio del castillo de Villafranca, está otro episodio, no menos curioso y original, de amor místico, que perpetúa la memoria del antiguo convento de monjas de la Anunciada; el humo de la locomotora, penetrando en densos remolinos, y disolviéndose entre las sinuosidades profundas de las montañas Aquilianas, como especie de visita que despues de muchos siglos hace la moderna civilizacion á la civilizacion antigua, para fundirse las dos en una idea comun, emblema del progreso, del trabajo y de la libertad, suministra los pensamientos más sublimes y las consideraciones más elevadas acerca del suelo verciano; pensamientos y consideraciones que aparecen iluminando y esmaltando con profusion de colores las páginas del libro. Todo, todo convida á su recomendacion, sin mezcla de egoismo ni ribetes de apasionamiento, que ciertos estamos de que ninguno que le lea ha de conceptuar perdido el tiempo ni mostrarse arrepentido.

Hoy que, merced á la investigacion, nada hay oculto ó desconocido, es verdaderamente grata sorpresa encontrarse con un territorio olvidado al crítico, al arqueólogo y al erudito, donde á cada paso se descubre un torreon que atestigua los vestigios de una poblacion pujante; se enseñorea un abandonado castillo cubierto de musgo y afligido por la incuria de los tiempos, símbolo de pasadas edades en él cumplidamente representadas; se alza una iglesia que la piedad católica fué conservando, ó ruinoso convento injuriado por la tempestuosa corriente de revolucionarias ideas; y aquí y allá, en confuso tropel, vienen las consejas y las tradiciones contadas por los viejos, á explicar el nombre de sitios memorables, teatro de célebres acontecimientos, merecedores de ser cantados en todos los tonos, que á la vez que ilustran la patria historia, recrean el espíritu y entretienen el tiempo de manera provechosa y agradable.

Abierto así el libro del pasado, y enlazándose sus ideas con las del libro del presente por los eslabones del resucitado recuerdo, sumido hasta ahora en el sueño del olvido, resultan dos síntesis igualmente provechosas: una histórica y artística; sabroso y dulce pasto al entendimiento y á la ciencia; la otra humanitaria y práctica, confortable llamamiento al recreo, y temporal descanso, que ofrece los saludables é

inocentes goces de la naturaleza, con su ambiente puro y su vegetacion lozana.

La narracion de las expediciones de Leon á Ponferrada, y desde esta villa á la de Villafranca, las dos principales poblaciones del Vierzo, entre las cuales se destaca Cacabelos, el *Bérgidum* y las Médulas, son, por decirlo así, el desenvolvimiento y explicacion de la última de aquellas síntesis, pudiéndose formar por ellas cabal conocimiento de la belleza del paisaje, condiciones de sus habitantes y manera de ser de aquella vida semi-patriarcal.

Con la descripcion arqueológica é histórica del castillo de los Templarios y del de Corullon, la fantástica del Lago de Carucedo, la mística de la abadía de Carracedo y del convento de la Anunciada, y la trágico-amorosa de los Marqueses de Villafranca, ya atrás indicadas, todas ellas hechas con gran verdad y vestidas con las preciosas galas del buen decir, se obtiene idea perfecta, dibujada en acabado cuadro, de la historia particular del Vierzo, de la importancia que un dia tuvo, de las vicisitudes por que atravesó y del carácter especial de las civilizaciones que allí se desarrollaron en el génesis de su floreciente y varia existencia política, económica y social.

No es ocasion de ampliar estos apuntes á consideraciones histórico-filosóficas sobre asuntos tratados en el libro que prologamos, por

más que derramarian abundante luz en las oscuridades de muchos vacíos que interesa á la historia general de España conocer y llenar. Sólo sí diremos, para completar el sentido de la primera síntesis formada con los datos enunciados, que esta clase de trabajos literarios son como un índice y estímulo poderoso á más profundos estudios de investigacion y de análisis, nunca perdidos para la civilizacion y el progreso contemporáneo, distinguidos y caracterizados muy particularmente por el mútuo auxilio existente entre lo moral y lo material, lo religioso y lo profano, la ciencia y el arte, lo ideal y lo real, que amalgamados y fundidos en el crisol del trabajo y de la libertad, constituyen una unidad social que irradia todos los organismos, penetra todos los intereses, impulsa todos los movimientos del espíritu y de la materia, vivificándolos con su activa y regeneradora sávia, para dar lugar á las portentosas obras emprendidas y realizadas en las inmensas esferas que sirven de teatro á las manifestaciones que agitan y mueven la humana existencia.

Termino mi tarea, y no sin tiempo, porque tú, lector, si no estás cansado, te sientes molesto ya, y yo me ponia en peligro de perderme en el laberinto de ideas abstractas y metafísicas que impensadamente habia empezado á recorrer.

Queda satisfecho el interior de mi conciencia por haber cumplido los dos deberes de carácter

imperativo que ocasionan este prólogo. En cuanto á la forma y al modo incorrecto y deficiente, me encomiendo á la benevolencia del público, á la del autor del libro y á la de la tierra que le ha inspirado. ¿Quién no aspira á tal gracia en estos tiempos que han elevado la benevolencia casi casi á teoría de derecho constitucional?

Para lo que yo rechazo toda clase de benevolencia, es para el descuido ó desden de los que, como dice Becquer, pudiendo hacerlo, no han recogido ni recogen, para trasmitírnoslas íntegras, las últimas palabras de la tradicion nacional, estudiando detenidamente nuestra vieja España allí donde están en pié los monumentos testigos de sus glorias, y allí en donde en las costumbres y en la vida interna hay huellas perceptibles de su carácter.

Aunque no sea más que por eso, el libro que con el modesto título de El Vierzo ahora ve la luz, es digno de la general estima, y su autor merece los plácemes y felicitaciones más sinceras.

Recíbalos, pues, muy cariñosos de su afectísimo

ENRIQUE G. CEÑAL.

I

De Madrid á Ponferrada

Un dia del verano de 1882, acompañado de mi jóven esposa, abandoné la córte con objeto de veranear entre las feraces y pintorescas montañas de Leon, en la poco frecuentada y deliciosa comarca del Vierzo.

Sonó la campana de la estacion del Norte, y el tren partió silbando como un negro reptil, arrastrándose velozmente sobre la vía como un enorme mónstruo arrojado por la tempestad sobre la tierra, destellando entre nubes fantásticas de humo mil chispas de fuego, al compás impetuoso de un ruido monótono y estridente.

El sol moria, declinaba la tarde y avanzaba la noche, y cerró al fin; pero una expléndida luna, suspendida en la bóveda del cielo, iluminaba con sus ráfagas puras los anchos horizontes y los extensos campos de Castilla que serpenteaba el tren en su carrera.

Los alineados palos del telégrafo se alzaban á lo largo de la vía como presenciando la marcha ver-

tiginosa del tren; mas aquellos alambres silenciosos, como misteriosas cuerdas que llevan en sus fibras las notas sonoras del concierto universal del mundo, parecian llevar entre sus hilos ese algo misterioso que excitaba la rápida carrera del tren con una velocidad oculta, más poderosa aun. Era la del pensamiento, la de la voz humana, secreta y silenciosa, conducida por las hebras metálicas, como las impresiones del espíritu son trasmitidas por los nervios del cuerpo á los sentidos.

Los rails forman la vía de la materia; los hilos del telégrafo, los del espíritu. El tren es el cuerpo del mónstruo del progreso humano, y por eso se arrastra por la tierra recorriendo el mundo; el telégrafo es el espíritu, y por eso cruza por los aires y se eleva al cielo.

¡Cuántas escenas distintas, cuántos diversos dramas, qué de historias diferentes encierra el tren en sus coches, como en sus miembros, articulados por sus férreos anillos!

Allí, desde el mendigo al magnate, desde el soldado al prócer, desde el rústico al sabio, desde el rico al pobre, desde el oscuro labrador y el modesto estudiante hasta el alto hombre público y el hábil cortesano, desde la pobre aldeana hasta la señora más encopetada, el que saborea la merienda fiambre y frugal preparada en el hogar de la aldea y servida en tosca fiambrera, y el que se regala con los ricos manjares aderezados en la abastecida cocina de la córte y servida en dorada vajilla. Allí los que se rebullen impacientes por el calor ó el frio sobre las duras tablas de su coche, envueltos en ásperas mantas de Palencia, y los que se arre-

llanan en mullidos cojines, envueltos en suaves pieles, con gratos caloríferos si hay frio ó en frescos divanes si el calor molesta. Allí gentes de todas fortunas y de todas naciones, y cada cual segun su suerte, y todos arrastrados por un poco de vapor, y sujetos á las mismas leyes de locomocion, igual que en el mundo que gira para todos, bañado por el mismo aire é iluminado por el mismo sol.

Y el tren avanzaba; las estaciones, con el tarjeton de sus pueblos, formando el índice del libro universal, aparecian con sus voces y movimiento, bajando unos viajeros y subiendo otros, entre ofertas y saludos, llevando el tren sobre sus ruedas la vida del progreso y de la actividad.

Y las estaciones y los pueblos se sucedian, y atrás quedaba el Escorial con su tétrico monasterio entre el lúgubre silencio de la noche, como el que reina en el panteon donde yacen sus reyes, durmiendo el sueño eterno de la muerte.

Y el tren marchaba á toda velocidad, y ya entrada la noche, una antigua ciudad, oscura y misteriosa, apareció en una llanura árida y extensa, con sus espesas murallas de color oscuro. Era Ávila, la ciudad de los guerreros y de los santos. Ávila, en aquella hora silenciosa, bañada por la pálida luna, parecia triste y sombría la ciudad de la noche, la mansion del sueño, la necrópolis del pasado, con el silencio por aura y la luna por lámpara mortuoria. Y sonó la campana de la estacion como un doble de muerte en aquel sitio, y el tren marchó de nuevo, dejando tras de sí una nube de humo, como una nube de incienso quemado ante el sarcófago del tiempo, ante aquel monumento de la historia

cuya gloria inmortal rubrica la pluma de la mística doctora.

En aquella estacion se despidió de nosotros un jóven extremeño, de buen ingenio y de amable carácter, con el cual venimos en grata conversacion desde Madrid, resultando de tan breve trato una simpatía íntima y una amistad cariñosa, ofreciéndonos sus obsequios y alojamiento para el próximo centenario.

Y el tren marchaba, avanzaba la noche y el sueño nos rendía al fin; pero un sueño violento é intranquilo, como el de la embriaguez.

Las altas horas de la noche, la madrugada, pesada y soñolienta, nos rindió, y en medio del vértigo de la carrera del tren, más que sueño, era la penumbra del sueño con sus mil sombras fantásticas é interrumpidas y extravagantes historias. Y pasó la noche entre el tañir de las campanas y el movimiento y rumor de las estaciones. Al fin amanecia, notándose á esa hora un frio ya traido quizás por las auras del Norte, y que comenzaban á templar las ráfagas del sol, que ya doraban los anchos horizontes de Castilla, que matizaba el alba.

Y una inmensa ciudad, con sus altos y antiguos edificios, en medio de una extensa y feraz llanura de pinares, de huertas y viñedos, ofrecia su estacion á aquella hora. Las campanas de sus templos y conventos vibraban en el aire fresco de la mañana tocando al alba é invitando á los fieles á las tempranas misas, y las aves cantaban, y las auras rizaban sus mieses y mecian sus árboles.

Era Valladolid. Ninguna poblacion mejor para despertar que aquella antigua córte de Castilla,

ilustrada por reyes y poetas, y bañada por sus dos rios, el Pisuerga y el Esgueva, en medio de aquella dilatada extension, alfombrada de mieses, que el sol doraba.

Allí, apeándonos del tren, tomamos un sóbrio desayuno en la estacion, y vueltos al coche, sonó la campana, silbó la locomotora, y continuamos nuestro viaje en direccion al Norte, que ya se advertia en la vegetacion del terreno y en los accidentados horizontes.

Multitud de viñedos, frondosos arbolados, serenos rios, eminentes montes, amenos pueblecillos con sus templos y huertas, deliciosos paisajes pasaban por las ventanillas del tren como por el fantástico cristal de un cosmorama.

Ya bien entrada la mañana, llegamos á Palencia, vieja ciudad de la vieja Castilla, con sus antiguos templos y vetustos monasterios. El tren siguió su marcha despues de un corto descanso, y ya el terreno, quebrándose en pintorescos accidentes, presentaba los paisajes con más variedad y hermosura que en los demás de la árida Castilla. El panorama del Norte se presentaba.

Las extensas llanuras se interrumpian por elevados y frecuentes montes, y profusion de arroyos serpenteaban á sus faldas, regando amenos valles y frondosos bosques, deliciosos paisajes, llenos de vegetacion y de frescura.

Despues de pasar por profusion de pueblos, paramos en una lujosa estacion, y en medio de una vegetacion exuberante, entre deliciosas huertas y frescos y frondosos arbolados que daban sombra á aromadas florestas, cuyo conjunto ameno formaba

la espaciosa vega de una antigua ciudad que allí se alzaba con sus góticas torres y sus edificios famosos, que publican la historia de su antigüedad. Era la capital del antiguo reino que aun conserva los sepulcros de sus reyes y vela en su panteon su sueño eterno. Era Leon, la córte ilustre de la antigua y gloriosa monarquía. Allí estaba, con su famosa catedral monumental, modelo del arte gótico, inválido edificio cuya vejez es bella y cuyos miembros, desfallecidos por los años, muestran aun la juventud y el vigor del arte. A pesar de las restauraciones que la sostienen, parece como que sujeta al espíritu religioso de la idea que le dió vida, quiere ante el siglo de distinta idea y profano arte, hundirse en el polvo del olvido, sepultando en la tierra en que se eleva su cadáver de piedra, por ser á un tiempo tumba y cadáver de la idea, del arte y de la historia que quiso esculpir en ella su inmortalidad. Allí estaba tambien el célebre San Márcos y multitud de viejos edificios, mudos y sombríos como los dispersos sepulcros de una necrópolis, teniendo su historia por epitafio. Aquella ciudad, en medio de aquella frondosa vega, parecia un mausoleo inmenso, en medio de un ameno jardin, con que la Providencia quiso embellecer la tristeza y solemnidad de la muerte.

El tren, dejando una rizada nube de humo espeso, silbando como una serpiente, continuó su marcha vertiginosa.

Quebrábase el terreno, estrechábanse los horizontes, y profusion de montes, encadenados los unos con los otros en cordillera interminable, formaban mil caprichosas ondulaciones y variados

paisajes, recortando en desigualdad armónica sus elevadas crestas, proyectándolas tambien sobre el cielo y sus nubes.

Parecia que como el tren no serpentease como una culebra en torno de los montes, tendria que detenerse á sus faldas; pero la ciencia le ha franqueado el paso, y tantos espesos montes horadados, presentaban sus túneles como arcos de triunfo para el progreso. El tren, respirando más fuerte, silbando contínuamente y aumentando su velocidad incesante, penetraba por aquellas profundas galerías como por las inmensas naves del moderno templo de la naturaleza, labradas por el arte de la ciencia, y cuyas cúpulas son las cumbres de los montes, que el Dios mismo levantó con su poder eterno; tras de aquellos túneles, aquellos pórticos severos y aquellas galerías subterráneas, al través de aquellas montañas, habia de encontrarse un vergel ameno y una comarca deliciosa.

Ya entre aquellos montes, sobre los remansos de sus faldas, entre los pliegues múltiples del terreno, aparecian amenos valles y murmuraban arroyos cristalinos; y oscuros pueblecillos, entre viñedos y huertas, como entre sus vegas, ostentaban la torre de su iglesia al pié de las ruinas de un castillo feudal de algun antiguo señor que recuerda la tradicion como su historia.

Al fin unos horizontes más anchos, aunque siempre limitados por altos y pintorescos montes, mostraban unos valles extensos y deliciosos, con hermosos viñedos, sus bosques de copudos árboles y sus huertas de aromadas florestas, bañadas por serenos y caudalosos rios.

¡Era el Vierzo, el antiguo *Vergel* de los romanos, donde alzaron su *Bergidum* y labraron sus *Médulas* para hallar el tesoro codiciado que encerraban y encierran sus hermosas montañas!

¡Era el Vierzo el albergue delicioso de los peregrinos de Compostela que iban á postrarse ante el altar glorioso del Apóstol!

¡Era el Vierzo, entre cuyos antiguos señoríos se alzó ondeando en sus auras puras el famoso pendon de los Templarios!

El Vierzo, con sus viejos y ruinosos castillos coronando sus montes elevados; con sus desiertas y oscuras abadías, en medio del silencio de sus agrestes prados; con sus templos famosos; con sus pueblos tranquilos; con sus valles amenos, sus frondosos bosques de árboles sombríos y frutales, en cuyas ramas las auras suspiran y las aves cantan; con sus rios serenos y caudalosos; con su *Sil* de arenas de oro y su Lago deleitoso; con sus fértiles campiñas y pintorescos paisajes. Mansion de los bucólicos amores, reclinada entre Castilla y Galicia, cercada por sus montes, arrullada por sus rios y aromada por las flores de sus valles!

¡El Vierzo! Tesoro oculto de antiguas tradiciones y consejas, de historias y leyendas peregrinas que ambiciona el poeta!

El tren, que marchaba á toda velocidad, dejando en las asperezas de los montes y en las ramas de los árboles girones de humo condensado, silbó alegre, y el eco fué repetido por los aires en lo más hondo de los profundos valles.

El tren paró al fin en la estacion de Bembibre, precioso pueblo del Vierzo que inmortaliza la le-

yenda del malogrado y célebre poeta verciano. Cuando hubo el tren parado, con curiosidad pregunté desde la ventanilla de mi coche á un viejo aldeano que contemplaba el tren en la estacion, por el castillo de *D. Alvaro*, y no sabiendo dar razon, siguió tranquilamente, preguntándolo á la sazon que el cartero del pueblo (persona más ilustrada) pasaba de recoger la correspondencia de Castilla, y acercándose á mi coche, me señaló un oscuro paredon que junto al pueblo estaba como coronando un altozano. Era un cubo de rotas almenas y carcomidos muros, último resto del célebre castillo feudal de «El Sr. de Bembibre,» ilustre personaje que sirvió de héroe á la preciosa novela romántica de Enrique Gil. Quedé complacido, aunque pesaroso del estrago del tiempo, y recordé con la imaginacion todo el drama de la novela, que pasa como la realidad de la vida y con la velocidad del tren.

El tren marchó desde Bembibre y continuó su marcha saludando algunos pueblecillos verciano, hasta que al fin un elevado pueblo, situado en una altura y guarnecido por las oscuras murallas de una antigua *Fortaleza*, con sus ruinosos cubos y almenas carcomidas coronadas de yedra, apareció en medio de un pintoresco y delicioso valle.

Era Ponferrada, con su elevada torre de la *Encina* y su antiguo castillo de los *Templarios*. El tren se detuvo en la estacion término de nuestro viaje, y guiados por un ponferradino, nos hospedamos en una fonda ó posada situada entre la estacion y el pueblo.

II

Ponferrada

Ponferrada es una antigua villa, situada en una altura, y en medio de un extenso y delicioso valle, rodeado de elevadas y fértiles montañas.

El caudaloso Sil, el

«Rio de las ondas claras
»y de las arenas de oro...»

como dice un malogrado poeta verciano, y el sereno Boeza, ceñidos á sus faldas como dos brazos de cristal que la estrechan, la arrullan, murmurando dulcemente.

Ponferrada, sobre aquella eminencia, descollando sobre su altura como sobre su frente la diadema de piedra de sus ruinas, coronada por las altas murallas y los pardos torreones de su antiguo castillo, olvidada mansion de los Templarios y fúnebre despojo de su gloria, tiene un aspecto majestuoso y solemne, en medio de su hermosa y perfumada vega de arbolados y huertas, que se extienden des-

pues en frondosos viñedos y feraces campiñas, regadas por sus rios caudalosos.

Segun las señas dadas por los escritores del romano imperio, debió existir en el sitio que hoy ocupa tan deliciosa villa, la antigua Flavia, ó *Interamnium Flavium*.

Despoblada luego por las guerras, sólo pueden atestiguar su existencia en los tiempos de Roma los derruidos cimientos de un puente ó acueducto sobre el rio Boeza. Repoblada y restaurada luego por el rey de Leon D. Fernando II, hácia el año de 1180, data desde esta época la Ponferrada de hoy.

Derívase Ponferrada de *Pons-ferrata* ó *Puente-herrada*, por un antiguo puente de hierro que el obispo D. Osmundo levantó sobre el Sil, á fines del siglo XI, para dar paso á los peregrinos que iban á Compostela.

En el siglo XII fortificaron los Templarios á Ponferrada, levantando la magnífica é inespugnable fortaleza cuyas ruinas aun se admiran, elevándose sobre el Sil como un colosal y eterno monumento del pasado poder y de la muerta gloria de aquella egregia y calumniada Orden.

¡Baldon inmenso para un pueblo digno el profanar el culto del pasado arrancando irreverente las piedras preciosas de tan valiosa joya, que sirviera en los siglos venideros de blason á su historia y de diadema al pueblo que corona!...

Pero aun existe la fortaleza. Despojada de sus antiguas galas, mas por el hombre que por el tiempo, ostenta hoy la solemnidad de las ruinas, que hace más grande su pasado. ¡Quien profanó su ar-

tística belleza, respete su austera ancianidad y conságrele el culto que inspiran en el mundo las tumbas de los muertos que viven en la historia!

. . . . . .

Despues de aviarnos convenientemente, salimos, pues, de la posada, y seguimos por un largo camino ó paseo de elevados árboles, y subiendo al fin por una áspera pendiente, y ya en sus calles, al dominar la altura en que se asienta, pude conseguir lo que tanto deseaba, visitar el histórico pueblo de mi esposa, y dejando á esta en compañía de una antigua conocida suya, comencé á caminar por aquellas antiguas y tortuosas calles, estrechas y sombrías, contemplando sus edificios blasonados, techados de pizarra (como en todos los pueblos del Vierzo), con sus aleros prolongados, sus balcones salientes y sus escudos de piedra, revelando á los tiempos la nobleza y la historia de sus antiguas familias más ilustres.

La plaza de Las Heras, con sus graves soportales de arcos chatos y macizos, donde se eleva el majestuoso y antiguo consistorio de labrada piedra, el instituto y el precioso teatro y otros establecimientos públicos, agrupados en los cláustros espaciosos de lo que fué convento. Al centro de aquella extensa plaza, un jardin circular eleva sus árboles y ostenta sus flores, que perfuman las auras de la tarde al mecer las copas y las ramas de los árboles.

Una calle sombría, pero más recta y ancha que las demás, y en medio de la cual se eleva un arco y descuella un torreon con un reloj que da la hora al pueblo, comunica con otra plaza tambien de ar-

cos de la misma figura, formando en torno largas y caprichosas galerías.

Es la plaza de la *Encina*.

Elévase en ella el hermoso templo de la Sagrada Vírgen, que con esta advocacion es la patrona excelsa de Ponferrada y del Vierzo.

Antiquísima Imágen bizantina, oculta en un encinar por los cristianos de la comarca, segun la tradicion, cuando la invasion de los árabes, y encontrada más tarde en el añoso tronco de una encina en tiempo de los Templarios, señores entonces de Ponferrada, quienes levantaron una ermita para su culto y propagaron por todo el Vierzo su amor y su veneracion; tal fué el prestigio divino que dicha Vírgen alcanzó en toda la comarca, que la reducida ermita era corto espacio para los fieles que acudian á postrarse ante su altar en frecuentes romerías. Por este motivo fué preciso levantar otro templo más grande, y luego otro, hasta que se levantó el que hoy existe, y que es actualmente iglesia parroquial de Ponferrada, descollando en él su elevada torre de cuatro cuerpos, con sus balcones de piedra corridos en sus cuatro lados, su redonda cúpula, y sus campanas vibrantes y sonoras.

Ya caia la tarde, y despues de recorrer las largas galerías de la extensa plaza, tomé una calle próxima, y seguí adelante distraidamente y contemplándolo todo, dando luego, á donde yo lo hubiera deseado á mi voluntad, junto á los viejos muros de la antigua y famosa fortaleza.

III

El castillo de los Templarios

Una doble muralla de argamasa y piedra, guarnecida por enormes sillares é interrumpida á trechos por gruesos y elevados cubos, con sus desmoronados bordes en la altura, de rotas y carcomidas almenas, coronadas de yedra, se extiende en distancias dilatadas y formando horizontes tétricos y oscuros.

Yo recorrí los lados del antiguo castillo ó inmenso panteon de los Templarios, monumento feudal del siglo XII, bordeando el cerro en que se asienta, y á cuyas faldas serpentea el Sil murmurando tristemente.

Llegué al lado opuesto á la corriente del rio, y me encontré frente á un solemne y misterioso pórtico, entrada principal de aquel castillo, y por cuya puerta salieron para jamás habitar su ya último baluarte, los caballeros de la Orden del Temple. Majestuosa portada de tal edificio; templo, palacio y fortaleza á un tiempo de aquella egregia Orden.

Dos peldaños de piedra, gastados por los siglos,

dan ascenso á un descarnado puente, cuyo arco aun se encorva sobre el cegado foso, y sobre el cual parece que aun penden las férreas cadenas que sostenian el puente levadizo.

Dos muros paralelos y laterales, ya desmoronados, dan paso á la doble puerta de la fortaleza.

La puerta exterior está practicada sobre un espeso lienzo de muralla, defendida á sus lados por dos esbeltos torreones cilíndricos, con sus frisos ó cornisas dentadas, y sus almenas cónicas y empenachadas de pomposa hiedra.

En la clave del gótico arco del rastrillo campea, esculpido en el sillar, la cruz del Temple en forma de T, que es á un tiempo enseña é inicial de la Orden.

Luego un sombrío espacio como de unos 11 á 12 metros, alfombrado de escombros y maleza, y tapizado de zarzas y de hiedra, forma lo que fué el átrio ó vestíbulo de la gran *Bailía*. En el fondo se eleva el otro arco semicircular de la puerta interior, más grande aun que el anterior, tambien descrito ó practicado en un espeso muro, y defendido igualmente á sus lados por dos torrecillas ó columnas iguales á las anteriores, aunque más altas.

Sobre el arco de aquella puerta se lee aun, con ya gastados caractéres en la piedra esculpidos, la bíblica inscripcion, lema del Temple: *Dominus mihi custos et ego disperdam inimicos meos*.

Yo, poseido de un grave recogimiento, penetré por aquellas puertas misteriosas, y halléme en el interior de aquel recinto silencioso y triste, y en un espacio inmenso, sembrado ahora de pajizas

mieses, tal vez en otro tiempo plaza de armas de los monjes guerreros, átrio de la capilla ó espacioso salon de la Encomienda.

A los lados, como nichos sepulcrales, oscuros y vacíos, veíanse profusion de puertas, libres de maderas y herrajes, y que comunicaban en otro tiempo con lujosos salones y espaciosos cláustros, y hoy comunican, aunque obstruidas muchas por los escombros, los zarzales y los densos tapices de la hiedra, con espacios solitarios y tristes y lóbregas galerías silenciosas, en cuyos muros agrietados se ven multitud de celdillas que forman en las tapias las huellas de la vigas que sostuvieron en un tiempo los fuertes pavimentos de mosáico, y los artesonados primorosos de otros pisos y techos del suntuoso edificio.

La meditacion surge de pronto y asalta la mente, y yo pensaba y meditaba luego ante aquel cuadro de desolacion y de tristeza, restaurando en mi imaginacion cuanto veia en la muerta mansion de los Templarios.

Allí, en aquel gran solar, tal vez se alzaba la sagrada capilla en donde profesaban los bravos caballeros de la Orden, cuyo ceremonial profanó la calumnia, llevándolos un dia á comparecer á juicio ante el gran tribunal de los Concilios. Allá, en una galería lóbrega y oscura, debió ser el triste panteon de los Templarios, en el cual aun reposarán sus restos olvidados, y cubiertos de escombros, en el eterno olvido de la muerte. Más allá en otro espacio en que los pardos muros se alzan á gran distancias, debió quizás estar el salon principal del gran Maestre.

Y de esta suerte recorria las desiertas y oscuras galerías del tétrico castillo.

Al fin dí en una empinada escalera de piedra, y separando las ramas de la hiedra, subí á una estrecha galería de descarnado piso y destrozados muros, y como mejor pude, llegué á la lóbrega puerta de un alto torreon, subí luego el retorcido caracol, y ascendiendo del uno al otro cuerpo del torreon sombrío, llegué hasta la plataforma, aun en buen estado, y despues de tender una mirada en derredor, dominando el pueblo y la campiña, sentéme en una de sus almenas y quedéme arrobado ante el magnífico paisaje.

El sol declinaba detrás de los lejanos montes, dorando sus elevadas cimas; las auras de la tarde, frescas en las riberas de los rios, esparcian con sus alas impalpables el aroma de las flores, que besaban las fértiles campiñas, y el Sil murmuraba cadencioso á las faldas del señorial castillo.

Desde allí contemplaba como en un sueño la inmensa fortaleza, con sus cuadrados y redondos cubos, coronados de almenas carcomidas que guarnecen el tétrico castillo, y me parecia que el torreon en donde yo me hallaba, y desde el cual dominaba la fortaleza, fuera el de el Homenaje.

Ya oscurecia. Era la hora misteriosa de la meditacion y los recuerdos.

El sol se habia ocultado, y la noche avanzaba; más, apenas extendia sus sombras melancólicas, cuando la luna, pálida como el fanal eterno de la noche y la lámpara triste de las ruinas, apareció en el cielo, iluminando con su tibio fulgor la os-

cura fortaleza, que dibujaba sobre el cristal trasparente del sereno rio.

¡El cuadro era imponente y majestuoso! Aquel monton de ruinas, aquella fortaleza silenciosa y desmantelada, con sus techos y bóvedas hundidas en el polvo como las copas de los árboles rendidas por el rayo, con los desmoronados bordes de sus espesos muros, por entre cuyas almenas dentelladas se extendian y colgaban los fúnebres ramajes de la hiedra, como los desgarrados girones de un sudario, se asemejaba á un inmenso sepulcro, cuya mortuoria losa cayera en pedazos en el polvo de la muerte, dando paso á los que en él yacian, para comparecer á juicio ante el tribunal eterno de la historia.

¡Aun está abierto al mundo el sepulcro eternal de los Templarios; aun los juzga la historia, y aun está Jerusalen en poder de los infieles!...

En este momento, y cuando así pensaba, las campanas de la Encina sonaron en el aire callado de la noche, y sus ecos resonaron por todo el valle, cuyo silencio interrumpia tan sólo con su eterno murmullo el aurífero Sil.

Las campanas de la Encina daban el toque de ánimas.

¡Entonces un espectáculo imponente se ofreció ante mí!... Tal vez soñaba; tal vez mi imaginacion calenturienta forjó el fantástico cuadro de aquel momento.

Me pareció que un rumor lejano y misterioso, como el ruido del arroyo que corre subterráneo, á distancia se oia, y luego más cercano y distinto, y despues como un canto melancólico y triste que

llenaba los ámbitos sombríos y silenciosos de aquel recinto. Luego parecióme que un resplandor pálido y fosfórico arrojaba una puerta misteriosa, y tras de aquel resplandor, que unas sombras fantásticas iban apareciendo en su marco de piedra, y saliendo por ella, recorrian aquellas silenciosas y extensas galerías.

Iban dos largas filas de rígidos y secos esqueletos, armados de todas armas, y llevando sobre sus hombros el blanco manto de la Orden, y á un lado, y sobre el manto, la simbólica cruz del Temple.

De tal suerte recorria la fantástica procesion todo el castillo, cantando con voz hueca y profunda los misteriosos salmos, y llegando despues sobre los muros de lo que fué capilla, se detenian, y entonces, asomados á sus ruinosos bordes, y mirando hácia Oriente, con los huesosos brazos extendidos, exclamaban con voz grave y solemne: *Dominus mihi custos et ego disperdam inimicus meos.*

En aquel momento las campanas de la Encina daban su último doble del toque de ánimas, y una ráfaga de aire frio de la ribera del Sil pasó por mi frente, y un sacudimiento nervioso me despertó de mi arrobamiento ó letargo. Miré en derredor, y las sombras fantásticas se habian evaporado, como las nieblas que se levantan de los rios y se posan en los montes y se evaporan al fin cuando el sol tiende sobre ellas sus expléndidos rayos.

¡Sólo la fortaleza, allí severa y majestuosa, como una tumba donde reinan la muerte, la soledad y el olvido, y aquel rio sereno, el Sil famoso, murmurando su cancion eterna que oyeron los Templarios que no existen! Aun besa hoy sus plantas descar-

nadas el mismo rio que reflejó su gloria en otro tiempo.

¡Cuántas veces, sobre su cristal terso y trasparente, flotaria el heróico pendon de los Templarios, tantas veces desplegado por las auras de Oriente sobre los muros santos de Jerusalen, y allí ondeado por las auras purísimas del Vierzo!

¡Cuántas veces aquella misma luna dibujaria con sus pálidos rayos sobre el cristal sereno de aquel rio los airosos penachos de los cascos, las relucientes armas y los flotantes mantos blancos y luengos de los caballeros del Temple, al pasear por sus murallas, y al coronar los altos torreones de su feudal castillo!...

Y allí el mismo paisaje, los mismos valles deliciosos y extensos, los mismos montes, los mismos prados y arboledas sombrías, los viñedos, las huertas, las campiñas dilatadas y amenas, regadas por sus rios caudalosos, y cruzadas por el tren, que silbando en los aires, despliega su penacho de humo y se enfrena á las faldas del vetusto castillo, más poderoso que el corcel de guerra de la pasada Edad; aquella misma vega y aquella misma fortaleza, aunque hoy vieja y en ruinas. Tan sólo las figuras han desaparecido del cuadro y se han borrado del cristal del rio como de un espejo, evaporadas al soplo de la muerte como la niebla al soplo de la brisa.

Así pensaba yo, y así pensando me levanté de la almena en que me habia sentado, y comencé á bajar por el caracol de piedra del torreon sombrío con cierto pavoroso respeto. Mis propios pasos, el roce de mis ropas con las zarzas y la hiedra, las

aves que allí habitan y volaban en bandos espantadas, todo á mi alrededor levantaba esos mil ruidos misteriosos y ocultos que infunden pavor é inspiran un *algo* que es más grande y más noble que el miedo, porque es la comunicacion del espíritu con lo invisible.

¡En aquella desierta soledad dominaba el imperio de la muerte, y entre aquel silencio sepulcral parecia que mil ecos se levantaban en concierto fatídico, contestando al humano anatema y reclamando el fallo de la historia!

Habia avanzado bastante, y me hallaba ya cerca de la puerta, y llegué al arco, y me precipité fuera del fúnebre castillo, sintiendo entonces todo el pavor del que saliera de una tumba, miré hácia atrás involuntariamente como si me siguieran, á tiempo que un rayo de la luna bañaba con fulgor melancólico el arco de la lúgubre portada, y entonces leí mejor la inscripcion misteriosa esculpida en el arco de piedra: *Duminus mihi custos et ego disperdam inimicos meos.*

¡Hé ahí—me dije—el lema que sirve de epitafio en su inmenso sepulcro á los Templarios!

Y abandonando la tétrica fortaleza, seguí entre las sombras por las oscuras calles de Ponferrada.

IV

De Ponferrada á Villafranca

Una de esas tardes de verano, tan hermosas en el Norte, preparábase un carro con dos mulas para marchar desde Ponferrada á Villafranca.

Entre otras muchas personas, entramos en el tan antiguo vehículo mi esposa y yo, y luego comenzó el carro á caminar por la extensa carretera, en medio de aquellos alegres y deliciosos campos.

Allá quedaba Ponferrada, con su antigua y oscura fortaleza, y unos prados amenos y unos bosques de frondosos árboles convidaban á seguir aquella excursion, más como un paseo que como un viaje. Por lo tanto, descendí del carro, y á mi ejemplo algunos otros de mis compañeros, y seguimos paseando alegremente por aquellas extensas y deliciosas campiñas.

Como á una legua escasa de Ponferrada, se encuentra un ameno pueblecillo ó preciosa aldea, á la cual llegamos por entre alegres prados y sombríos árboles.

Era Camponaraya, agrupando su corto caserío

en unas fértiles praderas, sembradas de huertas y arbolados, y regadas por tranquilos arroyuelos. Allí paró el carro algunos momentos para tomar unas truchas exquisitas, como las famosas del Sil, y un trago del sano y sabroso vino de las vides vercianas, servido todo de una posada ó taberna, junto á la cual nos detuvimos.

Una aldeana amable y cariñosa que iba á Pieros, prefiriendo el carro, y conociendo mi gusto y mi deseo, me ofreció su caballería, en la cual monté en seguida, agradeciendo su ofrecimiento y su atencion á la buena mujer.

Era un caballo dócil, andador y obediente á la brida, en el cual me encontré tan á mi gusto, que aumentó los encantos de mi agradable excursion artística.

Cabalgaba confiado en mi caballo, y contemplaba á mi sabor aquellas dilatadas campiñas y aquellos pintorescos paisajes que enamoran y encantan. Los fértiles viñedos se extendian á ambos lados de la carretera, alternando con los cuadros de pajizas mieses y de los ya segados, convertidos en secas rastrojeras. Los bosques de castaños copudos y de elevados olmos, los alegres oteros y los cercanos y distantes montes, ofrecian en conjunto un inmenso mosáico con todos los colores del terreno, dando los toques más variados al paisaje, que coronaba un sereno y apacible cielo, y matizaba con sus últimos rayos el sol poniente, al declinar la tarde.

Marchaba yo abstraido en mi contemplacion, y sorprendido á cada instante por la variedad de los paisajes, y oyendo la algazara de los del carro,

cuando llegamos á Cacabelos, antiguo pueblo situado en un extenso y delicioso valle, y regado por el sereno Cua. Pueblo abundante y que pudo ser célebre á haber sido cierto lo de la *cuadratura del círculo*.

Pasamos, pues, por Cacabelos, por sobre su rio y por delante de su famoso templo de las Angustias, y seguimos todos en el carro y yo á caballo, por un hermoso paseo de árboles rectos y elevados que sigue por la misma carretera.

A corto trecho, y dominando una altura, encuéntrase Pieros.

Cuando llegamos á Pieros, era de noche. Dejé allí el caballo á la generosa aldeana con mil frases de gratitud, y tomé el que me ofrecia un tio de mi esposa, que desde Villafranca allí nos aguardaba, y continuamos nuestro camino hasta dicho pueblo, dejando á un lado el famoso *Bérgidum* de los romanos para volverlo á encontrar despues. Ya habíamos andado bastante tiempo por entre llanuras y montañas, cuando penetramos en un profundo y sombrío valle rodeado, de elevados montes.

Allí estaba Villafranca del Vierzo.

A su entrada, y entre la oscuridad de la noche, pude advertir como un fantasma inmenso, un antiguo edificio de elevados muros. Era el castillo-palacio de los Marqueses de Villafranca.

Conforme pasamos de aquel edificio solariego, cuando penetramos en las calles del pueblo, á tiempo que algunos cohetes rasgaban el aire y atronaban el valle. No sospeché yo, como D. Quijote al llegar á la venta y oir el cuerno del porquero creyendo que anunciaban su llegada á lo que creyó

castillo, que los cohetes anunciaran mi llegada á Villafranca, por lo cual pregunté al que me acompañaba el motivo de aquellos cohetes. Contestóme que se festejaba al Beato Brindis, que estaba en novena, y cuyos restos se veneran en el convento de la Anunciada de Villafranca; y pensando en averiguar quién fuera aquel santo personaje, seguí por las sombrías y tortuosas calles de aquel antiguo pueblo, dando al fin en la plaza, de estrechos soportales, y torciendo por una calle próxima, llegamos al generoso albergue en que se nos hospedaba.

V

Villafranca del Vierzo.

Al dia siguiente salíme á visitar lo más notable de aquel famoso pueblo, regado tambien por sus dos rios como Ponferrada.

Llegué á la plaza, de estrechos soportales, de redondos y blanqueados arcos, en que se elevan los más modernos edificios de la poblacion, y recorriendo algunas calles, advertí cuánta antigua nobleza pudo habitar aquel pueblo, por la profusion de escudos, algunos ya gastados por el tiempo, y otros en buen estado, que blasonan sus viejos edificios, de anchos aleros y techos de pizarra.

Entre los edificios más notables que ofrece Villafranca, es uno de los principales el suntuoso templo de la Colegiata, de sólida construccion, con sus arbotantes al estilo gótico y su lujoso ornamento. Otro es el antiguo santuario que austero y sombrío se levanta, y que fué en otro tiempo convento de Jesuitas. Hay además el convento de San José, de monjas Agustinas recoletas; el que fué de las Lauras, trasladadas á Valladolid y hoy convertido en

posada de San Antonio, y el que fué de la Concepcion, convertido en cárcel.

Seguí despues en ascenso por una de las más estrechas calles, dando en una altura y á las puertas de una antigua iglesia, con sus dos torrecillas á ambos lados, campeando sobre el arco de la puerta, y en medio de una ornacina, una regular estátua de San Francisco. Junto aquella iglesia se extienden unos ruinosos y tostados muros, cuyos marcos de puertas y de rejas indican su destruccion por el incendio. Aquellas ruinas son del antiguo convento franciscano de Villafranca.

En un cerro de frente, y entre algunos sembrados y deliciosas huertas, elévase otro templo como una ermita. Llegué luego á aquel sagrado á tiempo que su puerta estaba abierta, y penetré en él.

Dos monaguillos, que colocaban velas y adornos en los altares, detuvieron su ocupacion, y en el momento se dispusieron á satisfacer mi curiosidad, enseñándome las capillas, la sacristía y un inmenso desvan de descarnado pavimento y de ruinosos techos, y unas puertas tapiadas que debian comunicar en otro tiempo con algunos cláustros ó restos del edificio que ya no existen.

Este antiguo edificio, con sus viejas paredes de ennegrecidos sillares, es una de las angulares piedras de los cimientos de poblacion del Vierzo, es una noble página petrificada de su historia, y uno de los templos más antiguos de su antigüedad.

Al salir del recinto, llovia, y me acerqué á los austeros muros de una como huerta ó jardin que cerca estaba, y sobre cuya puerta de agrietada y añosa madera se alzaba y extendia un cobertizo de

pizarra y hiedra. Llegué á la puerta, y entonces ví por una pequeña reja lo que la huerta era. Era un jardin, en verdad; adornábanle altos arbustos y aromadas flores; pero aquellos arbustos eran tristes, y aquellas flores se mostraban lánguidas entre abundante yerba. Profusion de cruces carcomidas se elevaban en aquella mansion de luto y soledad. Las musgosas lápidas de las tumbas mostraban sus inscripciones fúnebres, y la lluvia, al caer sobre los sepulcros, tenia entre el silencio de la muerte un rumor triste y melancólico. Aquel jardin era el cementerio de Villafranca.

Parecia que las nubes lloraban, y lloraban los árboles y las flores, movidas por el aura, al arrojar la lluvia sobre las frias tumbas de los muertos.

Estaba mal en aquel sitio, porque la lluvia arreciaba, y andando muy deprisa, me interné en una huerta que estaba frente á la ermita, é invitado luego por una anciana que estaba en ella á acogerme en su albergue, acepté su invitacion, sentándome junto á la puerta. Sentóse ella tambien junto á la lumbre de la chimenea, en donde hervia el próximo y modesto almuerzo, y preguntándole por la historia de aquel templo, díjome que la sabia, y me la refirió de esta manera:

—Esa iglesia, señor, es muy antigua; me contaba mi difunta madre, sentada en este hogar, como le habian contado á ella sus mayores, que cuando Santiago apareció en Galicia matando moros y tuvo su sepulcro en Compostela, venian de todas las partes del mundo, sobre todo de Francia, gentes á Galicia, y pasaban por estos valles y por estos montes.

Aquellos peregrinos necesitaron tener algun descanso en sus jornadas, y este sitio era oportuno, como una de las últimas para internarse en el territorio gallego, y necesitaban un albergue á donde acogerse y reparar sus fuerzas en tan larga peregrinacion.

Levantaron entonces para ello los Caballeros Hospitalarios esta hospedería, en cuya dependencia estamos. (Y era lo cierto, pues aquella huerta correspondia á un antiguo edificio de sillería y cuya antigüedad demostraba fuera del tiempo de la ermita.) La anciana continuó:—Quisieron los peregrinos consagrar tambien su corto reposo al devoto Apóstol celebrando romería en este valle, para lo cual levantaron ese antiguo templo de Santiago, en el cual celebraban hasta jubileos, por lo cual tiene aquella otra puerta que está tapiada en el lado que mira á Villafranca.

Esa es la historia de esta pequeña Compostela. Enamorados despues los peregrinos franceses de este agradable sitio, y teniendo ya un templo, quisieron tener un pueblo, y lo levantaron en este delicioso valle, á las riberas de sus dos rios caudalosos.

Fundado y poblado por los franceses, se llamó *Villa Francorum*, por lo que hoy se le dice Villafranca.

Despues de concluir su narracion la buena aldeana, despedíme de ella, salí de su modesto albergue y de su huerta, y volvíme al histórico pueblo.

VI

El castillo-palacio de Villafranca

Aquella misma tarde, despues de la hora de la siesta, dulce y apacible en la comarca verciana, volví á continuar mi excursion artística por la tranquila villa.

Despues de contemplar lo más notable que, como ya he dicho, ofrece, y continuando mi agradable paseo, dí al Oriente del pueblo en una ámplia extension que comunica con la carretera de Ponferrada, y junto á los espesos muros del castillo-palacio de los Marqueses de Villafranca.

Un extenso cuadrilátero, limitado en sus cuatro ángulos por otros tantos gruesos y redondos cubos, forman lo que fué en otro tiempo el albergue feudal de sus señores. Hoy sólo es una ruina. Los señores feudales abandonaron su mansion solariega, el incendio devoró su techumbre y sus maderas, y el tiempo, eterno destructor de cuanto existe, demuele lentamente sus descarnados muros.

Sólo la tradicion, como la historia, defiende aquellas ruinas venerables. Cinco escudos de pie-

dra blasonan el frente principal del edificio. Uno de ellos corona la puerta principal, siempre cerrada. En vano la mohosa aldaba, descargada con ímpetu, golpea aquella puerta, extremeciendo las agrietadas tablas carcomidas.

El eco resuena allá á lo lejos, perdiéndose, cien veces repetido, en los ámbitos tristes y desiertos de aquel recinto. Nadie responde. Nadie habita el alcázar. ¡Más que una ruina triste, es una tumba!

Quizás las aves medrosas que allí habitan y los reptiles, vuelen y se arrastren entre los escombros al fatídico estruendo de la aldaba.

Nadie respondia...

Contemplaba yo el castillo, y deseaba de todas veras verlo por el interior. Su mismo silencio sepulcral atraia más mi atencion y mi deseo.

A un lado de la ruina feudal, desde la cual continuaba una cerca de dilatada tapia, habia una rústica puerta que franqueaba el coto. Acerquéme, llamé, y á corto rato un hortelano, que sin duda debia ser el buen hombre que abrió la puerta, satisfacia mi deseo y mi curiosidad.

Atravesamos una espaciosa y bien cultivada huerta, que aquel hombre cavaba, y penetramos por un arco de puerta descarnado, al interior del solariego albergue.

Todo era ruina, soledad y tristeza.

Techos hundidos, que alfombraban de escombros el pavimento, sembrado de abundante yerba; marcos de puertas y ventanas, sin maderas ni herrajes; escaleras de piedra retorcidas que conducian á los pisos superiores de los cubos... Pero todo sombrío y silencioso como un sepulcro.

En compañía del buen aldeano recorria el señorial castillo, considerando cuán mezquina es la obra del hombre, y cuán poderosa la del tiempo, y descendimos á unas extensas galerías de arco subterráneas que corresponden á todos los lados del edificio, y luego ascendimos por las escaleras de piedra á los otros pisos de los enormes cubos, los cuales aun están en buen estado, merced á su sólida construccion, capaz de resistir á muchos siglos. Todo era soledad en el misterioso recinto, habitado un dia con tal grandeza y majestad por los nobles señores de Villafranca, antigua capital de sus estados.

¿Dónde estaba su córte, y sus festines, sus hombres de armas, pertrechados de escudos y ballestas; dónde los pajes, los corceles de guerra, señores y vasallos y mesnadas?...

¡Todo era silencio, que es el aura del olvido!...

Llegamos, mientras meditaba de esta suerte, á un torreon en buen estado aun, y era allí el ambiente más tibio y confortable; parecia como si á aquel cadáver de piedra le hubiera quedado vida en alguno de sus miembros. Y así era en efecto.

Allí habia vida. Un pobre lecho á un lado, algunos muebles viejos y rotos, unos cestos de frutos y hortalizas, un hogar humeando y unas cuantas vasijas á la lumbre, ofrecióse de pronto como ajuar de una vivienda.

Allí habia vida; pero una vida pobre.

Díjome el aldeano que allí habitaba él con su mujer y sus hijos.

Aquel era su albergue.

El solo era el señor feudal de aquel castillo.

¡La pobreza y la ruina: armónico concierto!

Allí, en aquel cubo blasonado, cuando el mundo cree desierto aquel castillo y abandonado de sus señores, una humilde familia tiene su albergue, como el ave que anida en el tronco carcomido del árbol secular.

Y sin embargo, el castillo está deshabitado. Aquellas pobres gentes no son más que los gusanos de aquel cadáver de piedra.

Pero ¡ay! Quizás sean más dichosos que los antiguos señores del castillo, y sea más tranquilo su sueño y dulce su reposo entre la soledad de aquellas ruinas.

—¡Este es, me dijo el hortelano, *el Torreon del crímen*!

—¿Cómo del crímen? preguntéle yo con curiosidad.

—Pues sepa el señor, continuó, que aquí fué donde el Marqués dió muerte á su vasallo.

Roguéle que me refiriese aquella historia, y me la narró como nosotros la referimos ahora á nuestros lectores:

VII

El crímen

I

El último Marqués que habitara este alcázar solariego, vivia enamorado ardientemente de la bella esposa de su alguacil mayor.

Blanca era hermosa.

Don Fadrique de Toledo amaba á Blanca apasionadamente.

La dama vivia en la morada solariega de su señor, contínuamente perseguida.

La seduccion era potente, la dama débil y el seductor constante.

Una noche apacible de verano, Blanca, en la espaciosa huerta del castillo, respiraba las auras aromadas con los puros perfumes de las flores, y á la sombra tranquila de los árboles, cuando sintió el breve roce del follaje, unas pisadas rápidas, y luego... luego un beso!

Un beso abrasador como un hálito de fuego, que inflamó sus mejillas y quemó sus labios.

—¡Nada temas! dijo la voz de un hombre, que amante y cauteloso, se acercó recatándose en la sombra de los árboles.

Un rayo de luna iluminó en aquel momento el semblante de Blanca, más hermoso que nunca.

Por de pronto, dibujóse en su rostro la indignacion, luego el rubor, y luego .. luego el amor quizás.

Comprendiólo el Marqués, que tal era el hidalgo que vestido y armado de cazador habia avanzado, y sospechando astuto que su lascivo amor habia vencido, acercóse á la dama, y tomando sus manos delicadas la dijo:

—¿Es verdad que me amas?...

—¡Retiraos, dijo Blanca convulsa; retiraos por Dios, os lo ruego, señor!...

—Yo no soy tu señor, que soy tu esclavo, tu vasallo, tu amante apasionado que te adora. Yo, sí, que te ruego que me otorgues tu amor. Ámame, Blanca mia... ¿Qué me importan mis timbres, mis estados, títulos y riquezas sin tu amor?...

—¿Y mi honor, dijo Blanca, y nuestro estado, vuestra esposa y mi esposo?

—Tu honor será el mio, pues velaré por ambos; nuestro estado se escudará con la cautela, y mi esposa y tu esposo serán felices siendo ignorantes.

—Señor, que me aturdís, que soy muy débil, que no estais asaltando ninguna inespugnable fortaleza, que dais con una mujer, con una mujer frágil que pronto se avasalla, que se rinde, señor, porque os adora!...

—¡Blanca, Blanca!... gritó el de Toledo, estre-

chando sus manos con pasion, ardiendo en lúbricos deseos.

En aquel momento un cuerno de caza sonó á distancia, dejando el eco cien veces repetido por los aires callados de la noche en el profundo valle de Villafranca.

—¡Señor!... murmuró Blanca con sobresalto.

—Son mis gentes de caza, mis cazadores, que me buscan quizás. Fingí esta cacería porque sospechaba que al verte libre de mi seduccion, pasearias por la huerta y los jardines del castillo, respirando el ambiente aromado de la noche, y acerté.

—Retiraos; ¡mi esposo!...

—No temas. Fingiré que siguiendo una res desde el monte vino á dar mi caballo en vertiginosa carrera hasta la cerca. Retírate, hermosa mia, contestaré á la señal desde el otero. ¡Júrame que me amas!...

—¡Soy tu esclava!...

—¡Gracias! Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Entonces Blanca se levantó, y cambiando una ardiente mirada con su amante, y luego una sonrisa, y luego un beso, se retiró, rozando su falda blanca con las flores y el follaje de la huerta, á manera de una nube suave que se desliza lentamente por los aires.

Don Fadrique la contempló extasiado, hasta penetrar en las oscuras galerías del castillo, y despues de exclamar: ¡Qué hermosa es!... se acercó á la cerca, salió al campo, y descolgando su cuerno de caza, lo aplicó á los labios, lanzando un sonido vibrante, cuyos ecos fueron repetidos por las auras

de la noche en las sinuosidades múltiples del valle. Despues se acercó á un árbol, y desatando su caballo, aun sudoso, montó en él y esperó.

Tracurrieron algunos momentos, despues de los cuales se oyó á distancia el raudo galopar de los caballos, los ladridos de los perros atraillados, y el estruendo de cadenas y de armas. Luego una densa polvareda oscureció el camino por la parte de Vilela, apareciendo al fin los cazadores cabalgando en sus rápidos corceles, y cubiertos de polvo y de sudor.

El alguacil mayor venia entre los delanteros, y el señor, aunque astuto y disimulado, se inmutó ante el vasallo.

Nuño, que tal era el alguacil, sin darse cuenta de ello lo observó.

Los cazadores, unidos ya á su señor, y obedeciendo sus órdenes, penetraron en alegre tropel en el castillo.

Cerráronse tras ellos sus pesadas puertas, quedando en su recinto los personajes de un sangriento drama.

Los caballos á las cuadras, los perros á sus guaridas, los cazadores á sus habitaciones respectivas.

Don Fadrique, despues de dar su caballo á un palafrenero, precedido de dos pajes con antorchas, subió las escaleras, cruzó las galerías silenciosas y extensas de su palacio, y se retiró á su lujosa estancia.

Retiráronse despues los pajes, dejando solo á su señor para entregarse al sueño.

A su vez Nuño penetró en su habitacion, hallan-

do á su esposa tan bella como siempre, pero algo excitada.

Al mirarla, no sé qué turbacion advirtió en su semblante fascinador. Preocupacion tal vez...

Mas, meditaba; aquella cacería intempestiva, tan rápida; la carrera vertiginosa de su señor de entre los cazadores, la retirada tan de seguida; estar tan cerca de su señorial castillo; algo que en él notó de aturdimiento, todo esto, con el torvo semblante de su esposa, siempre alegre y expansivo, atormentaba ya de tal manera el espíritu de Nuño, que le hizo sospechar y tuvo celos!....

Además, ya habia notado algunas deferencias por parte del señor, y algo de murmuracion habia advertido entre las dueñas y los pajes del castillo.

Aquella noche Nuño no durmió.

Amanecia; Nuño despertó, no de su sueño, porque no dormia, sino de su postracion y aturdimiento, que embargaba su espíritu. Despertó, pues, miró á su esposa, y la encontró despierta.

Tampoco habia dormido.

Al otro dia los pajes murmuraban que su señor habia velado mucho aquella noche.

II

Aquella tarde, Don Fadrique, sentado sobre el gran torreon del Homenaje, ordenó á un pajecillo que dijera á su alguacil mayor que ante él compareciera, pues queria hablarle.

Obedeció el paje, y bien pronto tambien obedeció Nuño, acudiendo en seguida á comparecer ante su señor.

—Nuño, díjole Don Fadrique; bien sabes que eres uno de mis servidores más queridos, con quien siempre he usado de todo género de deferencias y atenciones.

—Por ellas, señor, os viviré siempre agradecido y obligado á serviros; contestó Nuño con noble acatamiento.

—Pues ahora deseo una vez más probar cuánto confío en tus servicios.

—Al fuer de vasallo, contestó el alguacil, que sereis, como siempre, obedecido.

—Eso espero de tí, añadió el de Toledo. Tengo una comision que encomendarte. La Marquesa está en Alba con sus deudos, como sabes, y pronto tienes que llevarla un mensaje que es urgente, y sólo en tí confío.

—Espero vuestras órdenes, dijo Nuño con cierta ironía, reprimida por el respeto del vasallaje.

A los pocos dias, y á la caida de la tarde, Don Nuño montaba á caballo en la plaza del castillo, y salia en marcha precipitada á cumplir las órdenes de su señor.

III

Cerró la noche oscura y silenciosa, extendiendo sus sombras melancólicas sobre el valle feraz de Villafranca.

Los últimos caballos; conduciendo en sus lomos los ágiles ginetes, penetraron en el castillo, y despues se oyó el rumor cuotidiano de llaves y cerrojos que guardaban las ferradas puertas de la fortaleza.

Todo quedó en silencio, tan sólo el centinela, paseándose en las altas almenas, velaba el sueño del noble castellano y de todos sus nobles servidores.

La noche avanzaba...

Veamos lo que pasaba en el interior de la mansion feudal.

Penetremos por una galería oscura y silenciosa; abramos una puerta, cerrándola otra vez, y observemos lo que ofrece el lindo dormitorio de una dama.

Era este un camarin decorado al gusto de Isabel de Valois por la primera esposa del quinto Marqués del señorío, Don Pedro de Toledo y Ossorio. Dos hermosos espejos venecianos copiaban en su terso cristal una figura de mujer hermosa, siendo dos fantásticos cuadros de un peregrino artista.

La figura era real...

Sobre un lecho de ébano, en medio de blanquísimos encajes, una mujer divina, con todos los encantos de la vida, fascinando con todos los hechizos del amor, reclinaba su bizarra cabeza en las blandas almohadas, sobre las cuales flotaban los perfumados rizos de su suave y dorada cabellera.

Una manchada piel de res salvaje cazada en los montes vercianos alfombraba la estancia ante el lecho, y una colgada lámpara de bronce irradiaba sus tibios resplandores en aquella mansion de los encantos.

Blanca, que tal era la hermosa, no dormia; despierta, contemplaba sus gracias en el terso cristal de los espejos, y sonreia de su propia belleza enamorada.

Trascurrió largo rato, despues del cual la puerta

se entreabrió muy lentamente, dando paso despues, sin armar ruido, á un hombre, á D. Fadrique de Toledo.

Abandone el discreto lector por algunos momentos el dormitorio de la hermosa Blanca, para sorprender quizás algun otro personaje misterioso por las oscuras galerías del castillo.

IV

Completa oscuridad reinaba en la mansion feudal de los Toledos, y un silencio completo indicaba que todo dormia en el alcázar. Mas no era cierto. Un delito infame escudaban tanta sombra y silencio, y un crímen iba en breve á perpetrarse.

Por una larga y estrecha galería, protegido por aquella tan densa oscuridad, avanzaba una sombra, como negro fantasma, hasta llegar á la cerrada puerta del dormitorio.

Aplicó el oido á la cerradura, se extremeció de pronto, y con violenta accion empujó la puerta, que produjo un estruendo ruidoso, alterando el silencio del castillo.

—¡Adúlteros infames!... gritó el fantasma de las sombras.

—¿Quién va?... gritó el Marqués sobresaltado, lanzándose del lecho.

—¡Es vuestro servidor, que vuelve de Castilla con la contestacion de vuestra esposa!... ¡Vedla, aquí está!...

Y sacando un puñal del cinto, lo levantó sobre el pecho de D. Fadrique.

Blanca en tanto se tapó el rostro con los albos embozos de la sábana.

—¡Miserable! exclamó el Marqués. ¡Sabe que es tu señor á quien das muerte!...

—¡Pues os respetaré como vasallo, pero hoy ha de saber el señorío, desde hidalgo á pechero, las hazañas de su noble señor!... Y asomado á una reja, comenzó á dar gritos que clamaban venganza.

Entonces D. Fadrique tomó de entre sus ropas un cuchillo de monte, y se lo clavó en el pecho, dándole muerte.

Al caer en el suelo el cadáver de Nuño, la lámpara que ardia agonizante dió un chasquido estridente, y se apagó, quedando el fúnebre recinto en la más espantosa oscuridad.

—¡Blanca!... gritó espantado D. Fadrique; sígueme, y tomando sus ropas entre las sombras, salió del recinto precipitadamente.

Blanca obedeció á su amante, mas cuando ya se disponia á salir del dormitorio, tropezó aturdida en algo duro é inmóvil que en el suelo estaba, cayendo sobre el cuerpo de su esposo, que tal era el tropiezo. Un ¡ay! de la adúltera sucedió á un como quejido lastimero, como el último eco del lánguido estertor de un moribundo.

Al caer Blanca sobre el cuerpo de Nuño, el puñal que quedara clavado en su pecho con el golpe cruel del asesino, acabó de introducirse hasta el pomo, como rematando el infame asesinato.

La infiel sintió herido su desnudo pecho con el golpe de algo que sin ser filo heria duramente.

Blanca sintió un pavor irresistible, se incorporó,

y á tientas tomó la puerta, y siguió á su amante por la oscura y medrosa galería.

Entonces los amantes adúlteros percibieron un ruido espantoso y confuso entre las densas sombras. Oian pasos siniestros que se acercaban y pasaban despues, y luego se extinguian á distancia; y unas sombras fantásticas que avanzaban y rozaban con ellos; y voces y murmullos misteriosos, como el zumbido de un enjambre que acude á su colmena. En el estado febril de su conciencia, aquello era fantástico y medroso para ellos. Eran los servidores del castillo que acudian, poseidos tambien de gran temor, hácia donde fueran lanzados los clamores de Nuño reclamando venganza.

Al poco rato aparecieron á distancia, como fuegos fátuos, los tibios resplandores de antorchas y de lámparas que traian los pajes y las dueñas asustados.

Don Fadrique, ante aquel resplandor, tomó por una opuesta galería, seguido de su amada, y dando en una escalera secreta, bajó á la cuadra, desató un caballo, salió por una puerta falsa á la campiña de Villafranca, y montando en seguida con su cómplice, picó espuelas, tomando el camino de Villanueva de Baldueza, de donde tambien era señor.

Cuando el sol bañó con sus templados rayos los puros horizontes vercianos, D. Fadrique, meditabundo y triste, miró á su amada, y un rudo sacudimiento le hizo extremecer sobre el caballo. El señor de Villafranca vió con asombro dibujadas sus armas con perfiles rojos y sangrientos contornos sobre el pecho de Blanca, que mal vestida, descuidó de arroparse lo más noble.

Entonces recordó la adúltera el golpe que recibiera aquella triste noche en aquel sitio. Mas no adivinaban cómo allí se grabara el blason de los Toledos, y creyéndolo un castigo providencial para expiacion de su crímen, se espantaron del hecho consumado, maldiciendo sus criminales y lúbricos amores.

V

En tanto, los castellanos de Villafranca hallaron en el feudal castillo el cadáver de un vasallo fiel, bañado en su propia sangre y clavado en la herida un cuchillo de monte, blasonado en el puño de su mango, á fuer de sello, con las armas de su señor. (Por eso seguramente dice la historia que, siendo de relieve pronunciado, quedaron grabadas en el pecho de Blanca.)

Al siguiente dia, averiguada que fué la ruta de los adúlteros amantes, Villafranca consternada envió un mensaje, compuesto de sus hidalgos más prudentes, encareciendo al Marqués la ausencia de su noble señorío.

Desde entonces D. Fadrique de Toledo residió en Madrid, en cuya córte desempeñó varios cargos palaciegos, y despues sus descendientes nunca volvieron á habitar su mansion solariega de Villafranca.

Blanca se asegura que, arrepentida de su liviandad y aturdimiento, se retiró al monasterio de las Lauras, trasladado desde Villafranca á Valladolid, en el cual tenia una tia monja, y donde murió de religiosa.

Se dice que de estos adúlteros amores resultó una rama bastarda que aun existe.

Esta es la historia que encierra entre sus muros venerables el castillo feudal de Villafranca, segun lo cuentan las ancianas del pueblo, como dice un sabio literato (1), y como lo refirió el hortelano de Villafranca.

—Despues, añadió el aldeano, cuando la guerra de la Independencia, creyéndole un poderoso baluarte para el enemigo, fué incendiado, quedando como hoy está, convertido en ruinas.

VI

Preocupado con la trágica historia, salí del castillo á tiempo que declinaba el sol, dorando con sus últimos rayos la cima del Dragonte, y unas campanas tristes y sonoras volteaban en el aire sereno de la tarde al toque de oracion.

Seguí aquellos ecos distraido y meditando; atravesé algunas calles ya sombrías, dando luego junto á las cercas de las próximas huertas, y frente á un misterioso convento, ya en la campiña, y del cual eran lenguas las sonoras campanas. Un oscuro ciprés se elevaba en medio de la amurada huerta del convento, como mudo y perpétuo centinela de aquel sagrado, como el índice de la muerte que señala al cielo.

Acerquéme al santuario, y tambien blasona el pórtico del templo el escudo de los Toledos.

---

(1) D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, en su *Viaje de sus Majestades y Altezas por Castilla, Leon, Astúrias y Galicia.*

Allí existe otra historia peregrina que borra la sangrienta mancha del anterior con el puro bálsamo de la virtud.

Es el convento de la Anunciada de Villafranca, cuya sublime historia daremos á nuestros lectores.

VIII

El castillo de Corullon

Una de esas tardes de verano, tan dulces y agradables en el Vierzo, salíme lentamente de Villafranca atravesando un puente sobre sus dos rios, y tomando á la derecha del Burbia, seguí por un camino tortuoso y sombreado de copudos castaños, en direccion de otro pequeño pueblo ó preciosa aldea que á la falda de un monte se reclina.

Despues de caminar como una legua escasa, descubrí en una altura que dominaba al pueblo, uno como castillo ó fortaleza, que allí se alzaba cual inmóvil y eterno centinela. Y era, en efecto, el castillo de Corullon.

Cuando ya llegaba al pueblecillo, encontré á una pobre rapaciña que á lomos de un pollino se dirigia á su aldea, y propúsela el pagarla si me conducia al castillo. Aceptó la muchacha, y ya en Corullon, que era un pueblecillo compuesto de agrupaciones de pobres caseríos entre bosques de higueras, que allí abundan con exceso, dejó el borrico en la que debia ser vivienda suya, y me dirigió por una estrecha y áspera pendiente que

forma el camino tortuoso que al castillo conduce.

Infinidad de higueras y zarzales tapizan y sombrean el camino, húmedo y cenagoso, como el cauce de un rio, hasta dominar el monte.

Dominámoslo al fin, y llegamos á una especie de pradera en que se asienta y eleva el castillo.

Un grupo de elevados paredones, de rotas murallas y destrozados cubos, forman, en majestuosa ruina, los restos señoriales del castillo feudal de Corullon.

Pero estas ruinas tienen una belleza particular.

La hiedra se adhiere á las ruinas como el sudario al cadáver. No hay ruinas sin hiedra, como no hay ancianidad sin canas.

Pero nunca esta fúnebre planta ha tratado á unas ruinas con más amor que á las del castillo de Corullon.

Son prodigiosos sus efectos.

Ya trepando por los muros agrietados en tejidos ramajes, se eleva por entre las almenas dentelladas, formando ondulantes penachos que el viento riza; ya formando guirnaldas caprichosas, festonea los bordes de los espesos muros; ya descuelga sus múltiples girones de follaje, formando vegetales tapices en los arcos ruinosos de las puertas y entrelazadas rejas, en los marcos de las rotas ventanas, tras de cuyo tejido misterioso dibuja por las noches la luna melancólica con sus templados rayos los contornos de fantásticas damas. Sombra tal vez, espíritu quizás de alguna enamorada castellana encantada en las sombras de las ruinas, junto á la reja donde escuchara un tiempo el lánguido laud del trovador errante.

La ruina de ese castillo, tapizada de hiedra, es propiamente un esqueleto mutilado, envuelto en los girones del sudario.

—Desde aquel sitio, me dijo la aldeanita, se arrojó Doña María.

—¿Qué Doña María? preguntéla yo con curiosidad.

—Doña María de Toledo, continuó la muchacha, hija del Marqués de Villafranca, que queria ser monja, y por prohibírselo, se fugó del castillo y se fué á un convento. Al fin profesó y fundó el de la Anunciada, donde está su sepulcro.

Recordé entonces el escudo de los Toledos, que blasona el pórtico del templo de aquel monasterio en Villafranca, y parecióme que debia ser asunto de alguna historia peregrina que debia inquirir.

Recorrí, pues, todas las ruinas del castillo, descorriendo sus lujosos tapices de follaje, y al salir de su tétrico recinto, un paisaje sublime se ofreció ante mí.

El sol declinaba, dorando con sus últimos rayos las extensas campiñas y las crestas lejanas de los montes.

Todos los colores del terreno, todos los matices de los árboles daban los más variados toques al paisaje, destacándose más cerca y más distantes los caprichosos pueblos, con sus techos de heno y de pizarra, por sobre los cuales ondulaba el humo de los sanos hogares, que aumentaba las nieblas de la tarde.

Descendí del monte del castillo, y por la misma tortuosa senda, sombreada de higueras, volví al

pueblo, á tiempo que los mozos, en la que debia ser plaza de la aldea, jugaban á la barra.

Bien explicado está en dicho pueblecillo en que las higueras abundan con tal profusion, el famoso adagio de sus habitantes en la época de la recoleccion de su abundante fruto, de que: *En tiempo de los figos non fai amigos.*

Ya oscurecia, y tomando por el anterior camino, llegué ya de noche al histórico pueblo de Villafranca.

IX

El convento de la Anunciada

Existe en Villafranca un sabio, y por lo tanto, modesto doctor teólogo, con quien quiso la suerte relacionarme. Conoció dicho señor (á quien por no ofender su modestia no me atrevo á nombrar) mi proyecto de escribir un libro sobre el Vierzo, y holgándose de ello, se ofreció á prestarme cuantos servicios pudiera necesitar, y vea el lector por dónde pude inquirir acerca de Doña María de Toledo.

Era el dicho doctor amigo particular y como consultor de las seráficas monjas de la Anunciada, y ofrecióme en seguida presentarme á ellas cuando fuera oportuno.

Una siesta recibí una tarjeta de dicho señor con una invitacion para á las cinco de aquella tarde ir al convento, y á las cinco, reunido con mi respetable amigo el teólogo, me dirigí al citado monasterio.

Llegamos, pues, á sus puertas; entramos en un patio silencioso, y acercándose el doctor al torno

que allí estaba tiró de una cuerda ó cadena que junto á él pendia, oyéndose á distancia el timbre de una campanilla que sonaba en los ámbitos del cláustro.

—*Deo gratias*; dijo al propio tiempo el teólogo.

—A Dios sean dadas; contestó una voz gangosa de mujer, aunque agradable, desde dentro.

Despues de esta mística salutacion, dióse el doctor á conocer, dijo su pretension, giró el torno, y dos llaves aparecieron en él.

Tomólas el teólogo, y abriendo una puerta que á un lado habia, entramos á un lóbrego pasillo, y subiendo una escalera y abriendo otra puerta, dimos en una austera y misteriosa estancia.

Un modesto estrado, unas cuantas sillas, una mesa que sustentaba una dorada urna de cristales en que habia una devota imágen, y algunos cuadros místicos, decoraban la sala.

En la tapia de enfrente de aquella habitacion, una doble reja de madera y hierro separaba y comunicaba el cláustro con el siglo.

Aquel inmenso marco, cuyo espacio, tejido por las rejas, es inviolable, es tan sólo el oido por donde llegan á aquel triste retiro los rumores del mundo.

Al poco rato un pausado ruido se hizo advertir entre aquel silencio, no interrumpido ni por mi compañero ni por mí, y en el marco de aquel oscuro cuadro se dibujaron los contornos de algunas figuras misteriosas.

Abriéronse las hojas de madera de la doble reja como pudiera arrancarse la losa de un sepulcro, y

cinco religiosas, con sus hábitos grises y sus blancas tocas, aparecieron tras las rejas del grave locutorio.

—¡Alabado sea Dios! murmuraron á coro las reverendas madres.

—Por siempre sea alabado; contestó el teólogo mi amigo y contesté yo, imitando su místico saludo de liturgia en el cláustro.

Luego sentáronse las monjas en dos bancos paralelos, colocados á ambos lados de la reja, ocupando el asiento preferente del extremo superior de un banco la ilustrada abadesa.

Nosotros, en el salon del locutorio, ocupamos tambien nuestros asientos, colocados en la misma forma que los de las monjas, y á ambos lados de una antigua y espaciosa mesa colocada delante de la reja.

La conversacion versó, como es de suponer, sobre asuntos religiosos; hablóse de Doña María de Toledo, abadesa que fué y fundadora de aquel convento; del Beato de Brindis, cuyos restos aquel templo atesora, y de todo lo referente á estos dos personajes, al convento y á la religion, con algo de sociedad y algunas generalidades sobre el Vierzo.

Abriéronse en el centro de ambas rejas dos pequeños cuadros de ellas, por los cuales me fué dado, por una de las monjas, un gran libro en pergamino, que era la *Crónica seráfica del Arzobispado de Santiago*, en donde estaba ya registrada la vida de Doña María de Toledo.

Por una puerta que daba al cláustro apareció una demandadera con un gran cuadro al óleo, que era el retrato de la fundadora, para que lo viese.

A juzgar por la efigie, de artista coetáneo, Doña María era hermosa, y de gallarda y distinguida apostura, revelando en su angélico semblante la inteligencia que embelleció su espíritu.

Despues abrióse una estrecha puerta practicada en la sólida tapia que daba al cláustro y enfrente de la reja, notándose por ella una suave corriente de aire tibio y aromado de flores y de incienso; era el ambiente místico del cláustro, la atmósfera sagrada de aquel mundo secreto. Por ella aparecieron dos religiosas con bandejas, en las cuales traian dos humeantes jícaras de espeso y espumoso chocolate, que por lo exquisito debia ser de Astorga, como las sustanciosas mantecadas (que conservan famoso aquel Obispado), y que con profusion de pastas y de dulces, por los dos ventanillos de las rejas nos fué servido.

Con frases de gratitud aceptamos el generoso obsequio, y con otras tantas manifestaciones de respetuoso afecto y cortesía, y aceptando los fervientes votos que me ofrecian aquellas religiosas, abandonamos el teólogo y yo el locutorio, llevando agradablemente impreso el recuerdo de aquella visita á esas virtuosas mujeres que saben con su heróica virtud, como dice un famoso poeta amigo mio (1),

> El bullicio trocar por el desierto;
> hacer del cláustro en el rincon profundo,
> de una lámpara, sol; eden de un huerto;
> del rezo un himno, y de la celda un mundo.

---

(1) Grilo, en su *Canto á la monja*.

Despues penetramos en el templo.

La iglesia es de un solo cuerpo, con su media naranja y su capilla mayor de bóveda. El altar mayor es majestuoso y grave, campeando en medio de su segundo cuerpo un gran medallon de medio relieve, preciosamente trabajado, que representa el sagrado Misterio de la *Anunciacion*, como advocacion del convento.

Es hermoso tambien el tabernáculo, de forma piramidal, con algunos órdenes de columnas, y está construido con variedad de preciosas piedras y finos metales, ostentando entre sus múltiples detalles algunas figuras de apóstoles y de otros santos.

El resto del templo está decorado con valiosos cuadros, que representan ascetas y eremitas, con otras preciosidades traidas por D. Pedro de Toledo y Ossorio, su fundador, de las guerras de Italia.

A los piés de la iglesia, y frente al altar mayor, encuéntrase el panteon, debajo del coro, de las monjas.

Una gran reja permite observar su tétrico recinto, iluminado por dos rejas pequeñas que dan al átrio.

Es aquel panteon (antiguo enterramiento de los nobles Marqueses de Villafranca) un espacio ovalado, y pudiera decirse que subterráneo, pues está bastante más bajo que el piso de la iglesia, por lo cual resulta húmedo y sombrío, y dividido en varios arcos de piedra, con otros tantos altares, ostentando el de en medio un santo Crucifijo.

En medio del panteon se levanta el majestuoso sepulcro de los Marqueses de Villafranca, todo de mármol, y sostenido por unos leones de bronce.

En él yacen los restos mortales del fundador, D. Pedro de Toledo y Ossorio, allí trasladado desde el panteon antiguo, y algunos otros de sus descendientes.

En uno de los altares del fúnebre recinto yacen tambien los adorables restos de Doña María de Toledo, la ilustre fundadora, sagradas joyas de aquel convento; como trasladadas desde aquel panteon en donde reposaban con la muerte, se rinde hoy culto en una urna fúnebre, colocada en un altar del templo, á los restos consagrados del Beato de Brindis.

Al salir del templo, las campanas volteaban en el aire sereno de la tarde al toque de oracion, y no sé por qué, ¡entonces pensé en mi madre!!

Aquella noche las monjas me enviaron el libro de *La Crónica seráfica*, donde hallé la historia peregrina que sigue en el próximo capítulo.

X

Doña María de Toledo

I

¡Valles del Vierzo, de aromadas florestas y arboledas sombrías; altos montes de cimas escarpadas; serenos ríos de bordadas riberas; venerables ruinas que escribís con caractéres de perpétua hiedra la historia de los tiempos; antiguas abadías que guardais en las sombras del pasado misteriosas leyendas; sagrado monasterio de la Anunciada que aun conservas la monástica vida consagrada al culto y la lúgubre voz de tus campanas, entre vuestros encantos y misterios hay una tradicion y existe una historia de una mujer sublime, de una heroina ilustre, de una religiosa insigne, de la fundadora, en fin, del convento que ilustra Villafranca, Doña María de Toledo.

«*¡Nápoles, rico vergel de amor!...*» como dice el poeta; la mansion del deleite reclinada á las faldas del Vesubio, bajo el cielo purísimo de Italia, quiso Dios que tuviera entre sus más ilustres heroinas á

la que debia ser por su austera virtud la amante del retiro y el ejemplo del cláustro.

Era por los años de 1581, y reinaba en la entonces opulenta España D. Felipe II, el rey austero, siendo por su voluntad virey de Nápoles D. Pedro de Toledo y Ossorio, quinto Marqués de Villafranca del Vierzo.

Del matrimonio de este magnate con Doña Elvira de Mendoza fué hija Doña María.

II

Un dia, en los hermosos jardines del palacio del virey, jugaba una niña como de unos cinco años con otra hermana suya, á tiempo que un venerable capuchino de pardos hábitos y de luenga barba entró en el palacio.

La niña jugaba alborozada alegremente; observóla el anciano, deteniéndose, y acercándose á ella, la dió un beso en la frente diciéndola:

—Hija mia, no rias tanto.

La niña miró al anciano y se quedó suspensa.

El anciano, amigo particular y muy respetado del Marqués, entró en su despacho.

Otro dia la niña no jugaba, estaba en el jardin callada y pensativa. ¿Qué pensaba?...

El anciano entró tambien aquel dia á visitar al Marqués. Al verlo la niña, prorrumpió á llorar, y se arrojó en sus brazos. El capuchino entonces la besó en los ojos y la dijo:

—Llora, que el llanto en las mujeres es como el rocío en las flores. El llanto es el consuelo, y lo bendice Dios.

Y soltando á la niña, entró al despacho del virey.

Otro dia, al entrar el anciano, la niña se abalanzó á él y le besó la mano.

El capuchino la bendijo, diciéndola:

—¡Para altos fines te consagra Dios!...

Pasó algun tiempo, y la niña crecia en hermosura y en virtud.

Un dia en que el venerable capuchino salia de hablar con el Marqués, la niña se acercó á él y le dijo:

—Quiero ser monja.

El capuchino la contestó en seguida.

—Lo serás.

III

Concluidos los negocios de Italia, el Marqués dispuso abandonar á Nápoles, y residir en su señorío de Villafranca del Vierzo.

La niña, al despedirse del religioso, le pidió algo suyo como reliquia, pues en tan santo concepto tenian en Nápoles al capuchino de Brindis, á lo cual contestó él dándole un precioso medallon que representaba la *Anunciacion*, diciéndola:

—Diérate yo un reino, sublime criatura, para que lo rigieras con tu virtud, pero sólo puedo ofrecerte mi oracion y mis restos mortales, como única herencia que dejar puedo al mundo en el sepulcro.

IV

El Marqués, con toda su familia y servidumbre, se estableció por fin en Villafranca, antigua capital de sus estados.

Dichosos habitaban los ilustres marqueses en su mansion feudal, cuando la muerte posó su fatídico vuelo sobre el alcázar, haciendo presa con su garra mortífera.

La Marquesa dejó de existir, y el llanto de sus deudos fué abundante.

Huérfana de madre Doña María, tomóla á su cargo y consagróse á su educacion una tia suya, llamada tambien Doña María de Toledo, viuda del Duque de Alba, y que entregada al retiro y á la virtud, fundó el convento de la Laura.

Dadas las aficiones piadosas y místicos deseos de Doña María, es de suponer que su tia habia de ejercer grande influencia y poderoso ascendiente sobre su sobrina.

Era ya en este tiempo Doña María una dama famosa por su hermosura y distincion, aunque ella trataba de ocultarla con el retraimiento y la modestia; condiciones que la preparaban para el cláustro.

Más de una vez melodiosos laudes de amantes y nocturnos trovadores elevaron sus notas al pié de las rejas silenciosas del castillo feudal de los Toledos, y más de un hidalgo de elevada alcurnia y apostura bizarra detuvo su caballo á las puertas de su antigua morada solariega, por requerirla de amor y pedirle al Marqués su codiciada mano.

Mas siempre desdeñosa y dada á sus deseos, desoyó las románticas trovas, el amor de los hombres y el consejo prudente de su padre.

El Duque de Braganza, hidalgo poderoso y señor de gran valía, pretendióla tambien, y aunque no fué correspondido, se la pidió al Marqués.

El de Villafranca, conociendo las ventajas de la boda, se la concedió al de Braganza, confiado en que ella, ante su consejo y autoridad, accediera á casarse con tan cortés hidalgo.

Mas no fué posible convencerla, ni con ruegos, ni con cargos, ni con amenazas, castigos y tormentos.

Entonces fué cuando la heróica dama confesó su deseo de ser monja.

Indignado aun más con esto el violento Marqués, y suponiendo que influyera el consejo de su tia en su resolucion, le prohibió todo trato con ella hasta por escrito; y teniendo por entonces que marchar á Nápoles á asuntos del servicio del rey, envióla escoltada á su próximo castillo de Corullon, teniendo entre sus muros una noble prision, guardada por sus dueñas y criados.

En aquel apartado retiro y sombría soledad, la ilustre doncella pasaba su existencia en medio del reposo y de la oracion.

Sólo lamentaba la ausencia de su tia y no poder realizar como quisiera su místico deseo.

V

Era una noche de invierno, oscura y fria.

En un salon extenso del castillo feudal, un leño enorme de reseca encina crugia con gentil chisporroteo en la antigua y tostada chimenea. En un ancho sillon de roble blasonado sentábase D. García de Toledo, Duque de Fernandina, abstraido, contemplando la lumbre, cuyas lenguas de fuego en mil ondulaciones y cambiantes lamian el leño.

En un sillon de frente, Doña María con un libro devoto en la mano, estaba inmóvil, triste y meditando. A su lado una anciana dueña, rezando, dormitaba. Dos pajes conversaban á distancia al lado de un tapiz, y un viejo escudero, sentado en la tarima de la lumbre, próximo á su señor, no queriendo dormirse por respeto, tan pronto acariciaba á un enorme perro que echado se enroscaba á los piés de su amo, como atizaba la crugiente lumbre de la chimenea.

De esta suerte pasaban lentas las horas en aquella morada señorial. De vez en cuando el viento enfurecido gemia entre las rejas y los muros, y arrojaba su aliento poderoso por el cubo de la ancha chimenea, azotando la lumbre, que un tanto agonizaba, y luego revivia con más rojos y ardientes resplandores. D. García levantó la cabeza, se fijó en su hermana y la dijo:

—Hermana mia, ¿en qué piensas? ¿En qué meditas tanto? ¿Qué libro lees?...

—La historia de Santa Eulalia de Mérida; contestó dulcemente Doña María.

—¿Era monja quizás? replicó el Duque.

—No; dijo su hermana. Era una vírgen lusitana, de los tiempos del Romano Imperio, cuando batallaban el paganismo que moria con el cristianismo que triunfaba. Ella adoraba á Cristo, y aunque trataron de disuadirla y la ocultaron cautelosamente por libertarla de la persecucion de los pretores, ella misma se acusó y se entregó al tormento, muriendo por su Dios, que no hay fuerza que pueda dominar la idea, ni barrera que no venza el deseo religioso por las sendas eternas que conducen al cielo. En los tiempos del cláustro quizás hubiera sido religiosa.

—¡Sublime historia! observó el Duque de Fernandina; mas me parece, hermana, que al narrarla quieres comparar tu suerte con la suya.

—Algo hay de semejante, dijo Doña María.

—Hermana mia, te equivocas. Esa heroina dejaba una religion falsa por una verdadera, el error por la verdad, lo terrenal por lo eterno. Mas á tí, el ser cristiana, ¿quién lo impide?... ¡Ningunos más cristianos, por Dios, que los Toledos!... Con espada y blason, siempre han estado al servicio de Cristo y de su Iglesia. ¡Se puede ser cristiana sin ser monja!...

—Es verdad, contestó la devota dama; pero, ¿por qué contrariar mi deseo? ¿Qué más retiro que en el que me teneis; qué más convento? Entre una prision y un cláustro, dadme el cláustro, y tendreis mi constante oracion de amor y gratitud.

—Eres jóven y hermosa, dijo el de Fernandina contemplando á su hermana con lástima y cariño. Los nobles más apuestos, bizarros y opulentos se

disputan tu amor y codician tu mano. Puedes dar egregia sucesion á los estados que nuestro escudo señorial blasona.....

Doña María se levantó rápidamente y dijo á su hermano:

—Descansad de vuestro noble pero inútil discurso hermano mio, servid vos á Dios con vuestra espada, que yo le serviré con la oracion.

—Duerme tranquila, y duerma tu deseo, hermana mia, dijo el de Fernandina tristemente.

Doña María, acompañada de su dueña, salió del salon. En una silenciosa galería aparecieron dos sirvientas, una de las cuales tenia una lámpara, mientras la otra abrió una puerta en la cual la ilustre dama dijo á su anciana dueña:

—Vuestros años exigen descanso; recogeos, Marta, que ya es hora.

—Estaré á vuestras órdenes; Dios os dé un dulce sueño; y abriendo otra puerta inmediata, entró en su habitacion, cerrando otra vez.

Doña María, seguida de sus doncellas, entró en su dormitorio.

VI

En tanto, en el salon el Duque de Fernandina decia á su escudero:

—Antunez, ¿está elevado el puente?

—Está, señor, como es costumbre.

—¿Está echado el rastrillo?

—A la hora de siempre.

—¿Y guardadas las puertas?

—Está todo, señor. Comprendo vuestro afan y el

tal cuidado, pero estais, como siempre, bien servido.

—Pues á dormir, Antunez, que ya es hora.

—Que Dios os dé un buen sueño.

El de Fernandina se dirigió á la puerta en que estaban los dos pajes, uno de los cuales levantó el tapiz, mientras el otro tomó una antorcha, acompañando ambos despues á su señor hasta el dormitorio.

VII

Al corto rato, el salon quedaba á oscuras y el castillo en silencio.

Mas en la habitacion de Doña María debia pasar algo.

Cuando entró en su habitacion, llamó á sus dos sirvientas muy quedo y las dijo:

—Oidme, Berta y Lucía; pero juradme que nada revelareis de lo que os diga.

—Señora, os lo juramos; contestaron las dos.

—Pues ya me he decidido á romper mi prision, para cumplir mi voto en la clausura. Esta noche he resuelto fugarme del castillo. Mi tia me aguarda en su convento de la Laura, en Villafranca. ¿Me acompañareis vosotras?...

—Señora, contestó Berta, meditadlo bien.

—Reparad, señora, añadió Lucía, que está echado el rastrillo, y están bien guardadas las puertas de la fortaleza.

—¡Dios nos ayudará!... Lo he meditado bien. ¿Estais dispuestas?

—Estamos, contestaron las dos, dispuestas á cumplir vuestras órdenes.

—Pues eso basta; ya hallaremos salida descolgándonos por alguna ventana que dé á algun sitio oculto. Oscura está la noche, dijo asomándose á una reja; pues no perdamos tiempo.

—Por aquel corredor de los halcones es el sitio más bajo y más oculto, dijo la una.

—Pues por allí, dijo Doña María.

—Mas, ¿con qué nos descolgamos? observó la otra.

Doña María meditó un momento, y fijándose en su lecho, exclamó en seguida, como quien vence una dificultad:

—Pues hagamos de nuestras sábanas tiras, y bien atadas, sujetas á la reja, bien nos podemos descolgar por ellas.

En seguida las dóciles criadas y su señora comenzaron á rasgar las ropas y á atarlas como un cendal inmenso, y al momento de concluir su afan, observaron la oscura galería como quien se dispone á cometer un crímen, y bien seguras de que nadie observaba, salieron del dormitorio, y atravesando la galería extensa, dieron en el oscuro corredor.

Al llegar á aquel sitio, se extremecieron. Una ráfaga de viento, agitando los árboles del monte y gimiendo entre los gruesos muros del castillo, las azotó silbando.

Llovia, y el monótono ruido de la lluvia producia un rumor melancólico y triste entre la oscuridad siniestra de la noche.

Sin embargo, Doña María no desistió de su empresa. Ayudó á sus doncellas á atar la inmensa tira

á las rejas, ordenándolas á que descendieran por ella.

Una de las criadas, asida al cendal, descendió primero, y luego la otra, y despues Doña María.

Descendió la devota dama asida al lienzo, y á un trecho todavía respetable del suelo, rompióse la tira, dando consigo en tierra, causándose bastante daño, como si con aquel dolor y sufrimiento quisiera Dios castigar el solo delito que hubo cometido: la desobediencia.

Repuesta algun tanto del violento golpe, y cogida de ambos lados por sus doncellas, comenzaron á andar muy lentamente, descendiendo del cerro y en direccion á Villafranca.

La noche estaba oscura; el viento huracanado gemia entre las sombras con siniestros ruidos, y la lluvia que copiosa arrojaban las nubes, formaba en el terreno inmensos lodazales y abundantes arroyos en las vertientes rústicas del monte, haciendo intransitables los senderos.

El camino además desde Corullon á Villafranca, aun hoy es difícil, sobre todo la áspera subida del castillo. Aquellas sendas tortuosas que á él conducen, en una noche tal y en aquel tiempo, debian estar imposibles del todo; de suerte, que Dios sabe lo que aquellas mujeres padecieron, hasta que vacilantes, medrosas y aturdidas, dieron con un jóven vecino de Corullon, de apellido Pumarega, á quien luego llamó Doña María *el ángel de su guarda ó su guía*, el cual las condujo y acompañó hasta Villafranca.

Esperábala su tia, y se impacientaba de su tardanza; de suerte, que cuando llegó al convento, que

era ya cerca del alba, sin embargo de estar toda mojada, llena de lodo y desfallecida de cansancio, fué recibida con júbilo por las religiosas de la Laura.

VIII

A la mañana siguiente á aquella noche, confusion inmensa se notaba en el castillo de Corullon.

La anciana dueña, que era la que muy de mañana acostumbraba á visitar á su señora, entró en su dormitorio, y no hallándola en el lecho, y este revuelto, salió precipitadamente, gritando por las dos doncellas, que no respondian. Entró en la habitacion de aquellas, y tampoco las encontró en sus lechos.

Entonces comenzó á gritar más, y á sus voces acudió el escudero Antunez, todo asustado, el cual, sabiendo el motivo de aquellas voces, fué inmediatamente á comunicarlo á su señor que aun dormia.

Apenas hubo oido el Duque de Fernandina lo que ocurria, cuando saltando del lecho y vistiéndose precipitadamente, salió del dormitorio y comenzó á gritar por las galerías del castillo:

—¡Hola! ¡Aquí mis vasallos, todos mis servidores á mi presencia!... ¡Antunez, recorre el castillo, habitacion por habitacion; baja á las cuadras y avisa á mis gentes de armas y servicio; que no quede ninguno que no acuda; hidalgos y pecheros... todos aquí!

El escudero fué precipitadamente á cumplir las órdenes de su señor, y al corto rato fueron apare-

ciendo en el ancho salon los fieles servidores, alarmados con órden tan urgente.

Entonces el de Fernandina habló de esta manera:

—¡Vasallos, cualquiera que sea vuestra condicion y oficio, á vosotros confié la difícil custodia de mi hermana; vosotros me habeis de responder de ella en el momento, ó vive Dios...!

Aun no habia terminado el de Fernandina su discurso, cuando apareció Antunez precipitadamente gritando:

—¡Señor, señor, no hay que culpar á nadie, mas que á la señora y á sus doncellas, cómplices. En el balcon de los balcones hay un lienzo colgando, una tira de tela afianzada á las rejas y flotando en el aire sobre el muro.

Entonces el Duque, seguido de todos sus vasallos, se dirigió á aquel sitio, y viendo la verdad de lo que dijo Antunez, y explicándose el hecho, gritó entonces:

—¡Un caballo en seguida, y á Villafranca!...

Al momento los palafreneros se dirigieron á las cuadras, y el noble castellano, seguido de sus pajes entró en su habitacion. Caló el ancho sombrero, se ciñó la daga, y calzándose espuelas y embozándose luego en senda capa, bajó las escaleras del castillo, montó á caballo, y seguido de algunos servidores, clavó los acicates en los ijares del corcel brioso, llegando en corto tiempo á Villafranca.

Al llegar al castillo de sus mayores, el centinela que vigilaba dió la señal de homenaje; mas el Duque de Fernandina, haciendo una seña, pasó rápidamente por las puertas del albergue feudal, y to-

mando una calle próxima, llegó á la del convento de la Laura.

Detuvo allí el caballo, y con el duro pomo de la daga descargó sendos golpes sobre la cerrada puerta, cuyos ecos se oyeron resonar en el cláustro.

Trascurrieron algunos momentos de silencio, y luego repitió los resonantes golpes, hasta que se abrió un ventanillo en la golpeada tabla, y una voz soñolienta preguntóle:

—¿Quién va allá con esos golpes?...

—¡Quien viene con esta daga!... contestó el caballero.

—¿Con daga á un sagrado? ¿A un convento de monjas armado en son de guerra? ¿No teneis otro campo de batalla? dijo la voz del cláustro.

—¡Tengo sólo intencion de hacer astillas esta puerta, no más! Sois un menguado, quien quiera que seais. Yo no riño con monjas. Mas andad pronto, ó pasadle recado á la abadesa, ó ¡vive Dios! que mal guardada ha de estar por vos aquesta puerta. ¡Pasad recado pronto!

—¡A esta hora un señor en el cláustro! Es imposible; importuna es la hora... Más tarde...

—¡Ahora ha de ser, y no hableis tanto!

—¿Y quién he de decir á la abadesa?...

—¡El Duque de Fernandina que reclama á su hermana!... exclamó D. García.

—Obedezco, señor. Y cerró el ventanillo el que hablaba.

El Duque esperó.

Trascurrieron algunos momentos, despues de los cuales se oyó el ruido de llaves y cerrojos, y luego el rechinar de las pesadas puertas que se abrieron.

El Duque se apeó del caballo, que dió á un paje, y entró en el monasterio silencioso.

En aquel momento las campanas del convento tocaban á misa.

IX

Don García atravesó algunas oscuras y extensas galerías, precedido del demandadero, que le guiaba, y que al fin le condujo á una sombría sala.

Entró el Duque en aquella estancia misteriosa, y mirando en torno á los lánguidos rayos de una lámpara que triste agonizaba, se fijó en una reja alta y ancha practicada en el muro.

Abstraido estuvo largo rato, y luego percibió tras de la reja un pausado rumor, un ruido lento como de unas pisadas misteriosas, á manera del ruido que levantan las hojas secas rozadas por el aire.

Despues abrióse la ancha reja, y un cuadro sorprendente se dibujó entre el marco.

Dos filas paralelas de religiosas aparecieron delante de la reja, con cirios encendidos, y en el frente, un altar se ostentaba con una hermosa imágen de la Vírgen, entre aromadas flores, y al centro, con su tia al lado, con el hábito blanco de las vírgenes, como una vision diáfana, como un sueño divino, como una sombra celestial y pura que en el mundo real no es más que una ilusion, que no se alcanza porque es sólo del cielo, Doña María, la gentil doncella, la ilustre dama, codiciada de los apuestos nobles más bizarros, inclinaba sobre el púdico pecho la virginal cabeza, sombreada por el velo del cláustro.

Las dulces melodías del órgano sonoro se oian á lo lejos como el eco de un aura armonizada, y el sagrado perfume del incienso saturaba la conventual atmósfera.

El Duque, absorto, mudo y vacilante, sintió flaquear sus miembros, y cayó de rodillas, vertiendo generoso llanto. Lloró Doña María con el llanto más puro y más dulce de consuelo, y lloraron las monjas conmovidas, *que el llanto en las mujeres es como el rocío en las flores*, segun dijo el venerable capuchino en Nápoles.

Repuesto un tanto el de Fernandina, se levantó sereno, y mirando á su hermana, reverente la dijo:

—¡Cúmplase en la tuya la voluntad de Dios, hermana mia, y ruega libre en el cláustro por los esclavos de la azarosa libertad del mundo!

Y saliendo del locutorio y del convento, penetró en seguida en el albergue feudal de Villafranca.

Al momento pidió recado de escribir, y comunicó lo que pasaba al severo Marqués, que aun estaba en Italia.

Apenas hubo recibido la noticia, cuando poseido de ira y dolor, pasó de Nápoles á Roma, y postrado á los piés de Clemente VIII, consiguió de S. S. un Breve levantando el voto de su hija, alegando que habia sido engañada por su tia para ser religiosa. Pero el Pontífice en otro Breve encomiaba su determinacion y la alentaba en el camino de la virtud, dándola su bendicion apostólica.

X

Cuando el Marqués regresó de Nápoles á Villafranca, notó el aura de loor y gloria que, traspasando los límites del cláustro, se notaba en el mundo por las raras virtudes de su hija.

Entonces, arrepentido de su rigor pasado y complacido de tal portento, no supo más que adorarla con un amor y consideracion tal, que era un culto, consultándola en todos los asuntos más difíciles y acatando sus místicos consejos.

Pasado su noviciado ejemplar, se celebró su profesion solemne en el convento de la Concepcion de Villafranca, el cual hubo elegido por ser de religion más austera que el de la Laura.

XI

Un dia en que se hallaba el Marqués con su hija deseando complacerla en algo, confióle ella su deseo de fundar un convento de franciscas descalzas, por ser más penitente y de su agrado, á lo cual contestó el Marqués:

—Ya que eres religiosa, sé fundadora.

Levantándose luego sobre las ruinas de un antiguo y miserable hospital, en donde segun la tradicion se hospedó San Francisco de Asís cuándo fué peregrino á Compostela, el convento de la Anuncion, dicho vulgarmente de la Anunciada, llamado así en recuerdo del medallon sagrado que la dió el venerable capuchino y conservó en su celda.

Doña María de Toledo, llamada en el cláustro Sor María de la Trinidad, fué por su talento y virtud prelada repetidas veces, y en ausencia del Marqués, encargado del gobierno de Milán, quedó á su cargo por deseo suyo, aunque no de ella, y por el consejo de sus obispos, el gobierno de los estados de Villafranca, estando satisfechos y contentos todos los vasallos del señorío.

En los momentos de sublime meditacion y de fervor ardiente, dice la historia, se ocupaba en componer sentidos y fervorosos versos, en que se revelaba, más el fervor y el sentimiento, que las bellezas del arte, los cuales se archivan como preciosos códices en el convento de la Anunciada, en Villafranca.

XII

Era el año 1619.

En la córte del rey D. Felipe III, residente entonces en Lisboa, un grave suceso acontecia.

En el palacio de D. Pedro de Toledo y Ossorio, Marqués de Villafranca, moria el General de los capuchinos, Fr. Lorenzo de Brindis, embajador extraordinario del reino de Nápoles á S. M., y su muerte llenaba de consternacion á la córte y al pueblo.

Un piadoso litigio se levantó con tal motivo, disputándose el sagrado cadáver; mas el Marqués, con anuencia del rey, despues de embalsamarle y colocarle en un féretro cubierto de plomo y blasonado con sus armas, lo envió en secreto, con su retrato para atestiguar que él era, y una carta, á su

hija abadesa, para que le diera sepulcro como á hombre y culto como á santo en su convento de la Anunciada, en Villafranca.

Puesto en una litera, tirada por poderosas mulas y escoltada por algunos soldados por decoro y seguridad, salió la comitiva fúnebre de Lisboa y Portugal, y atravesando parte de Extremadura, se internaron en Castilla hasta penetrar en el Vierzo.

Al llegar á Villafranca, detúvose en Vilela, y un soldado se adelantó para comunicar la órden á Doña María; mas encontrando al cura de Santiago y habiéndole comunicado la noticia, el cura, lleno de júbilo, marchó precipitadamente al monasterio, y llegando á sus puertas, comenzó á llamar con tal urgencia, que al momento acudieron del cláustro.

Y era ya muy avanzada la noche.

Al momento que fué conocido el cura de Santiago, el demandadero abrió las puertas del convento, y acudieron en seguida las religiosas, alarmadas por lo intempestivo de la hora y la urgencia que el cura manifestaba.

Mas en cuanto fué entregada la carta del Marqués á Doña María, y conocido de ella el objeto de tal urgencia, cuando comunicando el suceso, para ella milagroso, á la comunidad, y disponiendo en seguida recibir solemnemente el cadáver del Santo, descendieron por el cláustro al panteon, abrieron la reja, y encendiendo profusion de cirios en el oscuro templo, y echando á vuelo las campanas, abrieron las pesadas puertas del santuario, á tiempo que la litera, conducida tan sólo por las mulas, como dice la tradicion, llegaba al pórtico.

Las monjas, en dos largas filas, con velas encen-

didas, entre nubes de oloroso incienso y precedidas de su ilustre prelada, recibieron el cuerpo embalsamado del santo capuchino, conduciéndole hasta el panteon al compás de un himno dulce y melancólico.

Ya en el panteon, tomó el cura el cuadro que con el cadáver venia, y mostró á las monjas el retrato del religioso muerto.

Entonces Sor María, la ilustre fundadora, lanzó una exclamacion de júbilo y de asombro, diciendo:—¡Es él, Dios mio, el venerable capuchino de Brindis, que en Nápoles me profetizó que seria religiosa, y me ofreció sus restos *como única herencia que dejar podia al mundo*, y lo ha cumplido!

Y descubriendo el féretro, al fulgor de los cirios y entre el humo ondulante del incienso, adoraron las monjas su cadáver, y cerrándolo otra vez, lo colocaron solemnemente en el hueco de un altar, en donde tuvo su sepulcro hasta que despues de su beatificacion, en el año de 1881, tuvo y tiene, como ya hemos dicho, un altar en el templo.

Despues de algunos años durmió tambien junto al santo de Brindis el sueño de la muerte en aquel panteon Doña María de Toledo ó Sor María de la Trinidad, donde hoy yacen sus restos adorables, como hermosas reliquias y preciosas joyas del convento de la Anunciada, en Villafranca.

XI

El Bérgidum

Era una hermosa mañana de verano.

El sol doraba con sus templados rayos la cima del Dragonte, y las dulces campanas de la Anunciada volteaban en el aire al toque de alba.

Un caballo atalajado sonaba sus chispeantes herraduras en las húmedas piedras de la calle, y un jóven artista en su pollina me esperaba á la puerta de mi albergue.

Dispuesto á mi artística excursion, bajé á la calle, monté á caballo, y picando espuela, y seguido de mi compañero, salíme á aquella hora de Villafranca, que era *la de el alba*.

Tomamos por la carretera de Ponferrada, y contemplando los hermosos paisajes, dorados por la aurora, divisamos como á una media legua la altura del *Bérgidum* romano, que se alzaba muy cerca de nosotros y dominando á Pieros.

Llegamos á este pueblo, y tomando por unos barbechos, dejando las caballerías atadas á unos árboles, subimos, acompañados de un aldeano que

se ofreció á ello, por una suave pendiente, siguiendo una tortuosa senda.

Llegamos, pues, á lo que pudiéramos llamar el borde de la altura, guarnecida de apelmazadas piedras que aun restan de la enorme muralla de la antigua y famosa fortaleza.

Aquellos cantos adheridos al círculo del cerro, parecen las piedras preciosas que quedaran engastadas al aro colosal de la corona de aquel inmenso y poderoso imperio que fué Roma en un tiempo.

Y algo hay de semejanza.

Lo que resta del *Bérgidum* es un monte, cortado horizontalmente como un truncado cono, formando la planicie que se extiende en su altura la figura perfecta de una elipse inmensa y plantada ahora de frondoso viñedo.

¡Sus murallas cayeron en pedazos, como los castillos de la imperial corona de los césares!...

Allí estuvo el *Bérgidum Flavium* de los romanos. Subimos á su altura, despues de contemplar los restos de muralla que guarnecen el monte y las profundas minas practicadas en ellos, y por entre los pámpanos rizados de la frondosa vid que tapiza su círculo, bordeamos las alturas del *Bérgidum*.

Nada más imponente y digno de la meditacion. ¡Desde aquella eminencia de los tiempos, se veia el panorama inmenso del pasado!

Aquello fué el *Bérgidum*, la poderosa acrópolis de Roma, querida de los Césares, y que dió nombre á la comarca extensa que entre *Lancia* y *Bedunia* reclinaba sus valles y elevaba sus montes. El delicioso Vierzo (que *vergel* significa), por lo apaci-

ble de su ambiente y la eterna hermosura de sus campos.

El sol, la eterna lámpara del tiempo, que ilumina la noche misteriosa de ese sueño fugaz que llaman vida, iluminaba en aquel momento con su ardiente fulgor el hermoso paisaje que á las faldas del monte se extendia.

Los deliciosos valles, con sus flores y alegres arboledas que rizaban las auras matinales y alegraban las aves con sus trinos, los rios caudalosos con sus franjas de espuma y su rumor perpétuo, deslizando su rápida corriente entre el césped sutil de sus remansos. Aquí el Sil tortuoso, que sobre arenas de oro se enlaza con el Boeza, como dos cintas líquidas que se atan; allí el sereno Cúa, que riega con sus ondas cristalinas los más amenos prados, que sombrean los bosques más frondosos, henchidos de perfumes. Allá los elevados montes *Aquilianos*, descollando en su centro la majestuosa Aquiana, Himalaya del Vierzo, con su cónica cima, que recatan las nubes; y más allá, con su color rojizo, las variadas siluetas de las *Médulas* que dibujaba el sol con sus fulgores sobre el inmenso bastidor del cielo. Era el monte *Medulio*, inagotable mina que exploró la codicia de la opulenta Roma.

Los pueblos reclinados á las faldas del monte, entre valles y oteros, se mostraban con sus lustrosos techos de pizarra, que abrillantaba el sol con sus reflejos.

Allí Pieros, modesto pueblecillo colgado en la montaña; más allá Cacabelos, reclinado en un valle; allá Ponferrada (quizás el antiguo *Interan-*

nium Flavium de los tiempos romanos) asentada en su altura deliciosa, con su antigua y famosa fortaleza. Y á un lado, Carracedo, con su austera abadía, y luego Carracedelo y profusion de pueblos con sus ruinas, que atestiguan la historia del pasado.

¡Desde aquella eminencia de los siglos se dibujaban las huellas fugitivas de las épocas todas de la historia!

Yo contemplaba la extension del Vierzo, rodeado de montes, y allí, sobre las chozas de los celtas y las cabañas del astur, advertia los restos de la vía romana en direccion Astúrica, en que aun creia grabadas las huellas poderosas del caballo de Augusto y las de las legiones imperiales que acaudillaba el César.

Y apercibia el combate por vencer á los rebeldes cántabros y astures, ganando aquellos montes codiciados, que eran como las últimas arenas en que rozaban las puertas misteriosas del gran templo de Jano, para cerrarse en paz.

Aquellos montes fueron los últimos trofeos de los triunfos de Roma, para que dominados por su cetro imperial, se coronaran luego como el Gólgota y el Capitolio con la enseña inmortal del Evangelio.

Más tarde miraba descender por aquellas montañas escarpadas las indómitas huestes de Pelayo, ahuyentando á los árabes, que en algaradas fieras invadian las comarcas de España, codiciando su fértil territorio.

Despues veia por tortuosos caminos y secretas veredas inmensa procesion de peregrinos en marcha á Compostela á adorar el sepulcro del Apóstol.

Allá, junto á la antigua Ponferrada, soñaba la confusa polvareda que alzaban en su marcha al Oriente los caballos del Temple.

Desde allí adivinaba los antiguos caminos borrados por el tiempo, y contemplaba la moderna vía, la vía férrea, como el nuevo camino del progreso!

¡Allí, en aquellos valles deliciosos donde sonó en otro tiempo el bélico clarin de los romanos, la trompa guerrera de Covadonga, el himno espiritual del peregrino y la bocina épica de los Templarios, extinguidos sus ecos en los hondos abismos de los tiempos, silba hoy el tren con vibracion alegre, despertando á los pueblos que dormian á las faldas del *Bérgidum*!

Durante mi excursion histórica y contemplacion del seductor paisaje, ya habíamos recorrido la altura elíptica del monte, y descendiendo de él, tomando las cabalgaduras, montando luego y picando espuela, seguimos nuestro camino, atravesando á Pieros, en direccion á Cacabelos.

XII

Cacabelos

Cuando llegamos á Cacabelos, que dista como una media legua larga, ya bien entrada la mañana, quisimos tomar algun alimento, y entrando en una posada ó taberna, que á juzgar por su banderita debia serlo, ó al menos venderse vino en aquel sitio, y á más del blanco, tinto, segun el apéndice rojo adherido al lienzo (1). Almorzamos unas truchas del Cua, que si no tan exquisitas como las asalmonadas del Sil, eran tambien bastante apetitosas, y salimos despues á visitar á Cacabelos.

Es, como ya digimos, un antiguo pueblo, con una envidiable situacion en uno de los valles más amenos del Vierzo, en una deliciosa y extensa pradería sombreada de arboledas frondosas y bañada por el sereno Cua.

---

(1) En el Vierzo hay la costumbre de colocar, ya en ventana, ya en balcon, ya sea en venta ó taberna, ó ya en casa particular, una pequeña bandera de tela blanca si es blanco el vino, y con un apéndice rojo si además hay del tinto.

Su austera plaza es completamente cuadrada, y de sombríos y estrechos soportales, sostenidos por unos pilares de madera, en la cual se encuentra la casa de Ayuntamiento. Su vieja iglesia elévase al fondo de una calle, en que se encuentran algunos comercios, descollando entre todos el de Burgueño, que es de los mejores si no el mejor del Vierzo, y que surte de genero á todas las aldeas de la comarca verciana.

El santuario de las Angustias es precioso, y ocupa una hermosa situacion á la orilla del rio.

Celébranse en Cacabelos, frecuentes mercados y abundantes ferias.

En el sitio que hoy ocupa Cacabelos debió existir alguna antigua poblacion romana, olvidada ó no bien fijada por los historiadores del romano imperio, pero que lo atestiguan los muchos vestigios que aun se encuentran en las inmediaciones del moderno pueblo.

Montamos otra vez en nuestras caballerías, que habíamos dejado en una cuadra vecina á la taberna, y continuamos nuestra expedicion hácia Carracedo.

Habríamos andado como una legua por una extensa y feraz llanura, y con un sol algo ardiente, aunque en el Norte, cuando divisamos la torre y los muros de la antigua abadía.

XIII

La abadía de Carracedo

Nos acercamos, pues, por entre oscuras arboledas y arroyos murmurantes, hasta llegar á la cerca derruida.

Aun lado quedaba la antigua puerta de redondo y blasonado arco, toda tapiada y recamada de hiedra.

La cerca que amuraba la extensa huerta de la vieja abadía, está rota á trozos, dando entrada á lo antes acotado por sus múltiples brechas, formando un desigual é inmenso almenado sobre la superficie del terreno.

Entramos nuestras cabalgaduras por una de aquellas sendas que da frente al sagrado, y contemplamos por el exterior el austero edificio.

El frente ha sufrido una restauracion (por no decir profanacion), que es lamentable. Adherido al antiguo edificio abacial, se ha levantado el moderno pórtico de su desmantelado templo, afectando toda la pobreza y frialdad del arte.

En la fachada de Occidente se halla aun la puer-

ta principal del monasterio, con el dintel sostenido por dos cabezas de toro, y un arco semicircular, orlado de elegantes jaqueles, apoyado en dos columnas á cada lado y una redonda claraboya encima, con su doble filete de puntos.

Aquella claraboya parece el ojo del tiempo que mira hácia el pasado.

En el ángulo derecho de aquella fachada se eleva la cuadrada torre del santuario, con su cúspide cónica y aguda, y un cubo cilíndrico adherido á un ángulo por el cual se retuerce la escalera interior, que sube hasta la altura principal, y una larga tapia se extiende al lado opuesto, ostentando otra puerta sin maderas, que comunica con lo que fué átrio ó vestíbulo, sembrado de maleza, y al fondo del cual hay otra enorme puerta, cerrada con ferradas maderas, que conducia en otro tiempo á los extensos cláustros, hoy desiertos y en ruinas.

En la fachada principal del Norte, y junto al pórtico moderno, existen aun los restos de la antigua portada, como incrustados en el espeso muro.

En gastado relieve, aunque aun bien pronunciado sobre la oscura piedra, campea la efigie de Cristo, rodeado de los símbolos de los evangelistas, y á ambos lados las rígidas estátuas de Alfonso VI y un santo abad, y seis historiados y esbeltos capiteles, que corresponden á otras tantas columnas que sustentan el arco.

En una especie de rinconada, tapizada de zarzas y de hiedra, se advierte en triste estado el sagrado espacio de lo que fué capilla-panteon. Aun en lo más alto de sus rendidos y ruinosos muros, se advierten los descarnados restos de los góticos arcos

apuntados, que aun se adhieren al muro, y que debieron sostener la hundida bóveda de la régia capilla.

Cuatro nichos ojivales, en los muros labrados, ostentaban otras tantas urnas sepulcrales.

De aquellos nichos (¡oh profanacion!) uno está convertido en puerta, que da á un prado; dos tapiados, y uno aun conserva el fúnebre sepulcro blasonado, con pronunciados timbres de castillos y leones y otros desmoronados relieves, que todavía debe contener el añejo cadáver que á él confió la muerte.

Aquel panteon debió ser enterramiento de reyes, como lo justifican los timbres y las armas que escudan los sepulcros.

Hoy el sol y la luna les sirven de lámparas, de oracion los suspiros de las auras y de culto el silencio de los campos.

¡Nada hay más triste!...

¡Allí se ha violado la muerte y se ha ultrajado la majestad real!...

Cadáveres de reyes arrojados vilmente de sus tumbas, es sacrílega accion. Si algo aun son los restos, el cadáver, ¡no ha de poder dormir entre el reposo y el olvido, el sueño eterno y dulce de la muerte!...

Despues de contemplar exteriormente el monasterio, volvimos por la misma senda anterior y nos dirigimos al pueblo, que se compone de algunos caseríos entre oteros y huertas, para dejar las bestias y disponer comida.

Dispuesto ya todo esto, volvimos á la abadía. Nuestro principal deseo fué visitar, ya que no al

abad opulento de otros tiempos, al cura actual, que vive en un mezquino resto de la antigua huerta del monasterio.

Nos dirigimos á su modesto albergue; preguntamos por él, y al corto rato entró en la habitacion en donde estábamos, sudoso y empolvado, como de haber estado en las faenas de la huerta. Como era en efecto. Aquel pobre cura debe hacer producir á la tierra el pan que ha de consagrar en los altares.

Despues de saludarnos y saber nuestro deseo, tomó atento unas llaves y se dirigió con nosotros á la abadía.

La abadía de Carracedo, antiguo y famoso monasterio habitado en otro tiempo por benedictinos y cistercienses, fué fundado en 990 por el rey Don Bermudo II para mansion de los monjes que huian de las árabes algaradas, refugiándose en las comarcas libres de la invasion muslímica.

Nada resta de su antigua construccion.

En 1138 restauró el edificio abacial con régia suntuosidad la virtuosa infanta Doña Sancha, hermana del Emperador, los cuales solian veranear en dicho monasterio, siendo al par que abadía, real albergue, teniendo hasta capilla-panteon en el santuario, como ya hemos dicho.

Llegamos, pues, á la antigua puerta de la abadía; franqueóla el cura, y entramos á una lóbrega y triste galería, tapizada de zarzas y de hiedra, que amenazaban desgarrar nuestras ropas con su roce, y separándolas cuidadosamente y con trabajo, dimos en otra puerta que daba á un extenso y misterioso cláustro, todo de bóveda, sostenido por góti-

cos arcos apuntados, que convergian en unas como estrellas que decoraban la ruinosa techumbre.

A un lado, y al centro de aquella galería silenciosa, una gótica puerta, con arco de medio punto sostenido por tres columnas cilíndricas á cada lado, franquea la entrada á la austera sala capitular, preciosa construccion del siglo XII, que es á la vez panteon abacial.

Tres naves iguales, con otras tantas bóvedas cada una, cuyos gallardos arcos se sostienen sobre cuatro haces de á ocho columnas cada uno, con historiados capiteles, forman la majestuosa sala-panteon.

Un precioso ajimez practicado en el muro á un lado de la puerta, da una tibia y medrosa claridad al tétrico recinto.

A los lados, labrados en el sólido muro, se encuentran los nichos sepulcrales que contienen los fúnebres sarcófagos en que yacian los restos de los antiguos abades cistercienses.

Pero tambien aquellos sepulcros se encuentran despojados de sus cadáveres; tambien los abades muertos han sido arrojados de sus tumbas como los monjes vivos de sus celdas!

Era la hora de la siesta de un dia de verano. El sol en toda su plenitud irradiaba sus ardorosos rayos, produciendo con su calor de estío esa inaccion y somnolencia que adormecen y enervan en esa hora.

Todo reposaba en la extensa abadía.

Las ruinosas paredes y las bóvedas tristes y agrietadas del silencioso cláustro presentaban por doquiera esas manchas verdosas orladas de pardo

musgo, seco por el calor, que forman la humedad y el abandono.

Los arcos que flexibles se encorvaban para sostener la dilatada bóveda, mostraban, desprendida su corteza de cal y de argamasa, el rojizo ladrillo, como los miembros descompuestos de un cadáver mostraran sus músculos sangrientos al arrancar la muerte su epidermis.

El frio pavimento en el cual crecia la abundante yerba estaba sembrado de escombros y maleza.

Trozos de mármol, mutiladas columnas, capiteles rotos, restos de frisos, sillares y ladrillos, como los huesos esparcidos de aquel noble cadáver.

Algunas aves misteriosas volaban espantadas con medroso aleteo por la sombría bóveda, muchas de las cuales penetraban en el panteon abacial, é iban á ocultarse en los frios sarcófagos, como errantes espíritus que buscaran sus cuerpos profanados. Y una corriente de agua, oculta allá en el fondo de aquella galería, producia un rumor melancólico, un monótono ruido, como un coro de voces que con rumor unísono rezaran en un templo abandonado. Parecia el coro misterioso de los difuntos monjes, cuyos ecos eternos repitieran las auras de la muerte en las notas del agua.

La tétrica abadía era en medio de tanta ruina, un panteon inmenso, el alcázar solemne de la muerte!

Una ancha y espaciosa escalera de piedra, de gastados peldaños y rota balaustrada, tambien de piedra, conducia á las habitaciones altas del edificio. El cura abrió una puerta y entramos en una artística y silenciosa estancia.

Es una especie de antesala, formada por doce arcos que guarnecen sus muros, ofreciendo la transicion del estilo románico al ojival, y cubierta por una cúpula octógona, sostenida por elegantes ménsulas.

En uno de sus lados perfora el grueso muro una pequeña puerta de arco ojival, sostenida por columnas románicas y decorada de ángeles tañendo instrumentos. En el testero, y coronando su marco de piedra, campea un precioso relieve, que representa Bermudo el *Gotoso* en su lecho de muerte, rodeado de sus deudos y cortesanos.

Esta historiada puerta da ingreso al suntuoso salon principal, en donde recibian los abades en audiencia, cuyo piso está más elevado que el de la sala anterior.

Gallardas columnas románicas sustentan las hermosas ojivas que sostienen la artesonada cúpula ochavada formando estrellas. Algunos primorosos ajimeces horadan los muros del salon abacial, dando á sus ámbitos sombríos una suáve y austera claridad.

Una gran chimenea blasonada, cuya campana inmensa se descuelga de un ángulo, forma un enorme tubo, por el cual en las noches fatídicas de invierno el viento sopla y gime como la trompa fúnebre del juicio.

Y una puerta, con arco de medio punto, comunica con una hermosa y artística galería de piedra, exquisitamente decorada, formada por tres esbeltos arcos, apuntado el del centro y semicirculares los de los lados, sostenidos por columnas cilíndricas pareadas y ojivales, que conduce por una ancha y

ruinosa gradería á un espacio sombrío y melancólico, tapizado de hiedra entretejida, que tal vez fué jardin, donde el aura más pura y aromada quizás recogió la oracion de la tarde de la mística infanta Doña Sancha.

Extensas galerías, silenciosas y tristes; deshabitados cláustros de rotos arcos y bóvedas hundidas, se extienden á lo largo, formando un cuadro tétrico y sombrío, lleno de soledad y de tristeza.

En las noches de invierno, en las grandes nevadas, cuando los densos copos bordan y cubren los ruinosos muros y las rotas pizarras de la abadía, aseguran las medrosas viejas de Carracedo que al fulgor de la luna, y aun en la oscuridad, se dibujan las figuras fantásticas de los Bernardos, de los monjes blancos, como se les decia, y que el torrente oculto que en los cláustros resuena, lo forman los deshielos de los monjes nevados, repitiendo sus ondas cristalinas sus rezos misteriosos.

XIV

Desde Carracedo al Lago

Despues de contemplar la tétrica abadía exterior é interiormente, nos dirigimos otra vez al pueblo, y despues de tomar en la posada algun alimento, montamos á caballo y marchamos de Carracedo en direccion al Lago.

Al poco tiempo pasamos por Carracedelo, alegre pueblecito próximo á Carracedo, con sus rústicos edificios techados de heno y de pizarra, llegando á las dos horas á Villadepalos, cuyos caseríos se extienden en una dilatada y feraz pradería bañada por el Sil.

Nos acercamos á la ribera del sereno rio, y encontramos atada á una estaca con una cadena, una ancha barca que un rapaz custodiaba. A nuestra indicacion, el muchacho desató la barca, y entramos en ella con nuestras caballerías. A un suave impulso que el rapaz imprimió sobre el remo, la pesada barca se fué deslizando con lentitud por la corriente trasversa del rio, dejando un surco de rizada espuma, y agobiando las ocas ondulantes y

otras plantas acuáticas que crecen en el fondo de los rios.

Ganamos luego la opuesta orilla, y pagando al muchacho, y montando otra vez en nuestras bestias, continuamos nuestra excursion por la pendiente tortuosa de un monte abrupto, que arranca desde el borde del rio.

Por entre pedregales y malezas caminábamos á lomo de los pobres animales, oyendo resbalar sobre los cantos las recias herraduras, que á guisa de eslabones, levantaban mil chispas que arrojaban las piedras con su roce.

Ascendíamos por el camino tortuoso y contemplando la belleza selvática de aquel sitio, limitado por elevadas crestas, hasta que los horizontes se fueron ensanchando, llegando luego á dominar la altura. Sobre una inmensa extension, un ancho campo se dilataba en torno con sus labradas tierras, sus sendas prolongadas y algunos caseríos á lo lejos.

Allí el paisaje era enteramente distinto á los anteriores.

Ya á aquella hora declinaba la tarde.

Las aves, en las ramas de los árboles, entonaban su cancion vespertina, y ningun otro ruido, ningun otro rumor, ninguna voz humana se advertia en la soledad de aquellos campos.

Entre aquel silencio selvático y solemne, caminábamos soñando ya la aparicion del Lago, como puede soñar en el desierto el árabe una fuente, y avanzábamos á la ventura, y hasta dudando de la direccion de nuestro camino.

Ya despues de harto andar por los senderos tor-

tuosos de la llanura extensa, dimos sobre una altura, de la que era preciso descender, y desde cuyo borde se dominaba un fértil panorama, un cuadro de dilatados horizontes que extasiaba en dulce arrobamiento al contemplarlo.

Allí debia estar el encantado Lago; pero aun no se veia. Cualquier tranquilo arroyo, cualquier pequeña charca se nos fingian como girones líquidos del Lago.

El sol agonizaba y avanzaban las sombras de la noche, envolviendo en sus tules misteriosos los montes y los valles.

Un hondo valle, como una inmensa cuenca limitada por montes elevados, forman aquel espacio, que variado se extiende y dilata á lo largo.

De frente, la inmensa y encadenada cordillera que domina la majestuosa Aquiana, recortando sobre un cielo sereno y apacible sus caprichosas crestas.

Allá, las rojas Médulas, doradas por el sol que las heria con sus postreros rayos, se asemejaban á enrojecidas áscuas, sobre inmensas montañas de granito. Las faldas de los montes, descendiendo en suave inclinacion hasta los prados, y la extensa llanura, formaban un inmenso mosáico en diversidad de cuadros, con todos los colores del terreno, desde el color rojizo hasta el pardo y oscuro, y el pajizo de las secas rastrojales.

Los frescos arbolados, las alegres praderas, los arroyos tranquilos, las tortuosas veredas, las tapias de los cotos formaban en conjunto un paisaje variado y pintoresco, y cien voces de cantares y de gritos sonaban en las auras de la tarde.

Los sanos labradores; las sencillas y alegres aldeanas, que dejaban sus agrestes faenas; los rústicos pastores que guiaban sus ganados de ágiles cabras y ovejas baladoras, caminaban cantando, los unos á sus chozas, y los otros al albergue feliz de sus hogares, dando aquel cuadro animacion y vida á la puesta del sol que declinaba, envolviendo las sombras de la noche, montes, valles, arroyos, praderías, rebaños y campiñas, enlutando el paisaje.

Descendimos por tortuoso sendero, y ya al llegar á la llanura, era de noche; pero una luna expléndida y hermosa iluminaba con su tibio fulgor el campo extenso.

Mas, ¿á dónde estaba el Lago?...

Despues de andar por largo espacio por un terreno extenso y cenagoso, con la ansiedad de hallarle, dando la vuelta á un cerro, y tomando por una prolongada carretera, llegamos á *Carucedo*, el pueblo del Lago.

A su entrada se encuentra una cantina ó posada, con su correspondiente banderita, pabellon del vino, y allí preguntamos á los posaderos, que á la puerta estaban, por el Lago famoso.

Dijéronnos que siguiendo adelante por la carretera, pronto daríamos con él; y dejando allí unas alforjas con bota y fiambrera en que llevábamos nuestras provisiones, y encargando habitacion y cena para despues, y picando espuela, seguimos á lomos de nuestras cabalgaduras en direccion del Lago.

XV

El Lago de Carucedo

Habríamos andado como un cuarto de hora por la extensa carretera, cuando á nuestra derecha contemplamos una extension brillante y trasparente, como un cristal inmenso arrojado en el suelo, en cuya dilatada trasparencia la blanca luna reflejaba su disco, argentando con sus lánguidos rayos su tersa superficie.

Era el encantado *Lago de Carucedo*, tan deleitoso como olvidado.

A aquella hora, bañado por la luna, que dibujaba con sus propios reflejos en el líquido centro su encantadora faz, el Lago parecia un espejo sin marco arrojado en el cieno, el espejo encantado de la luna, la reina misteriosa de la noche.

Las auras estivales rizaban indolentes las ondas del líquido cristal, y los suaves efluvios vaporosos que emanaban del Lago flotaban condensados en la serena atmósfera.

En nuestras cabalgaduras bordeamos por un lado el Lago trasparente, que inmenso se extendia

dos leguas quizás en circunferencia y en un valle anchuroso, formado por el espacio extenso que circundan los elevados montes que sombrean el Lago.

A un lado una oscura arboleda, de frondosos árboles, forma una orla vegetal en una orilla, y allá de frente, en medio de los agrestes montes, se eleva á una altura, como un inmenso cisne que en el lago se baña, un delicioso pueblo, con su gallarda torre descollando en su centro, á manera de cuello prolongado, y á sus faldas su corto caserío como las blancas plumas; era Borrenes.

Más allá, Campañana se ocultaba detrás del bosque de los copudos árboles; á un lado, Lago, risueño pueblecillo que recibe su nombre de la abundante y deliciosa charca; al otro, Carucedo, que tambien lo recibe de la historia fantástica del Lago, y el *Lago* en medio, con la luna en su centro, reflejada como un disco de plata, y en sus cristales dibujado el cielo con sus flotantes nubes y fúlgidas estrellas.

Algunos blancos cisnes y lavancos vagaban como pequeñas góndolas de pluma por su serena superficie, y el agreste perfume de los campos y el silencio solemne de la noche daba tal majestad al nocturnal paisaje, que al reflejarse el cielo en el cristal del agua, parecia que algo de su misterio y de su eterno encanto se respiraba en las serenas márgenes del Lago.

Con algun esfuerzo dejamos tan dulce contemplacion, y tirando de brida, y volviendo por la misma carretera, nos encaminamos al pueblo, y ya en el pueblo, á la posada.

Subimos por una escalera de piedra, y dando en un corredor, entramos en una habitacion en

que habia una mesa preparada para nuestra cena.

Una puerta de aquella sala daba á la ahumada cocina, que se veia desde nuestros asientos. Sobre una gran tarima ardia la crugiente lumbre, bajo la ancha y tostada chimenea, y una limpia mujer, aun en buena edad y regular moza y aun más que regular, con su rojo refajo, y sus desnudos y bizarros brazos, andaba junto al fuego en faena gentil con las vasijas, y teniendo una enorme sarten, en la cual el aceite que hervia rechinaba, y rechinaba más al recibir las magras de jamon que la buena maragata nos preparaba, mientras que su marido, maragato tambien, nos hablaba de sus servicios de armas de la pasada guerra, de sus muchas pasadas aventuras y otras infinitas historias, sin olvidar, por último, de encomiarnos las excelencias de su mujer como cocinera y las anguilas exquisitas del lago.

Y llegó el momento de justificarlo.

La buena mujer colocó sobre los limpios manteles una fuente con el frito jamon, y luego unos peces y las célebres anguilas del abundante Lago; todo lo cual, entre los sendos tragos del sabroso vino, y con nuestro buen apetito, nos sirvió de suculenta cena, resultando ser cierto lo que el buen posadero nos habia dicho de su mujer en el oficio casi sacerdotal de la cocina.

Luego nos levantamos de la mesa, y conducidos á nuestros dormitorios por el posadero, encareciendo á su esposa que nos despertara bien de mañana para admirar el Lago con la aurora, nos echamos en nuestros lechos, entregándonos á un reposado sueño.

XVI

La Ondina Caricea

Al poco tiempo dormia dulcemente; mas mi espíritu, excitado y poseido aun de la impresion del Lago, trasportóse en un sueño fantástico y sublime á sus orillas.

¡Oh visiones del sueño encantadoras, jamás comparadas con la más venturosa realidad!...

Soñaba yo que, junto á la ribera del fantástico Lago, me encontraba sentado sobre un tapiz de césped, contemplando la tersa superficie del líquido cristal, cuando una vision bella y vaporosa se presentó ante mí.

En el centro del Lago, una como columna de vapor de sus densos efluvios se condensaba, bañada por los pálidos rayos de la luna, apareciendo al fin los hermosos contornos de una figura diáfana, como la sombra suave y trasparente de una mujer fantástica sobre un lecho de espumas, y luego otra porcion de sombras vaporosas, con figura de mujeres tambien, y cabalgando sobre flotantes cisnes, rodearon la sombra principal.

Sobre espumosos surcos, y levantando infinitas gotas como lluvia de perlas que formaban un rumor sutil y cadencioso en las ondas serenas, se fueron acercando lentamente hasta llegar á la aromada orilla.

La principal figura que en el centro del fantástico círculo se alzaba misteriosa, acercándose á mí, dijo con una voz tan dulce y melodiosa como el rumor de las sutiles gotas sobre las ondas lánguidas:

—¿Qué haces ahí, poeta?...

—Soñar...—le contesté.

—¡Siempre soñando!... prosiguió la vision.—Yo adivino tu sueño. ¿Quieres saber la historia peregrina de este encantado Lago?... Pues escucha mi historia, que es la suya.

Yo soy la *Ondina Caricea*, la princesa del Lago, la reina misteriosa de sus ondas, que habita silenciosa y encantada en este alcázar de cristal y espumas.

Mi padre era un caudillo astur avaro y poderoso de estas comarcas, hace ya veinte siglos. Entonces me llamaban *Borenia*. Allí estaba mi choza, mi cabaña (y señaló á Borrenes) (1).

Mientras mi padre acaudillaba gentes y preparaba agrestes cacerías, muerta mi anciana madre, descendiente de celtas, yo cuidaba feliz de mis rebaños, de albos corderos y ovejas baladoras, que

---

(1) Borrenes, derivado de *Borenia*, segun la tradicion: por eso los romanos le llamaron *Borenio*, y con el trascurso del tiempo por corrupcion, se dice Borrenes al citado pueblo.

apacentaba entre estos altos montes y deliciosos valles, y sesteaba á la orilla de los rios, coronando mis sienes con las campestres flores, cantando á coro con las señoras aves que alegraban las dulces arboledas.

Aquí estaba mi valle predilecto, donde hoy se extiende el Lago.

Entre sus selvas y aromadas florestas existia una fuente, la *Fuente de Borenia*, como se le decia, sobre cuyo cristal puro y trasparente contemplaba mi rostro juvenil.

Una tarde, á la puesta del sol, que allá doraba con sus postreros rayos las elevadas cimas de los montes, recogí mi rebaño, y al sosegado abrigo de mi choza, me entregué al dulce sueño aquella noche.

¡Y un sueño misterioso y fatídico enajenó mi espíritu, y á la mañana los bélicos clarines de unas extrañas gentes que á lomos de rápidos corceles en son de guerra hácia el Astur venian, vibraban en el sereno ambiente de estos valles. El sol de aquella aurora se reflejó radiante en millares de cascos, de corazas y mallas, poblando el aire y ocupando el campo!

Las legiones romanas, caudilladas por el mismo César, prepararon el campo del combate.

Médulo, mi padre, acaudilló tambien sus indomables gentes, y montándome á lomos de su caballo, me ocultó en una gruta del monte abrupto, en la cual escondia sus tesoros, y á donde con los suyos esperó la señal de la batalla.

Llegó por fin el desdichado dia para los hasta entonces victoriosos romanos. Batidos por los cán-

tabros rebeldes, encontraron más difícil el poder dominar á los astures.

Todo el mundo hasta entonces conocido, era suyo, tributario de Roma, esclavo de los Césares romanos.

Tan sólo ese monton de inexpugnables montes restaba á su codicia para cerrar las ya entornadas puertas del gran templo de Jano y dar la paz al mundo.

Llegó el momento del combate campal. Los astures, parapetados en el monte *Medulio* (llamado así por defenderlo Médulo), rechazaron con ímpetu violento y denodado brío el poderoso ataque de las heróicas huestes imperiales, y el victorioso Augusto, el César opulento que laureado de gloria dominaba al mundo, no pudiendo domar á aquellos montes, se entregó á la tristeza despues de tanto triunfo.

Entre esos montes escondida estaba la llave de oro universal para cerrar las puertas misteriosas abiertas en la guerra, cerradas en la paz, y hasta no conseguirlas, le parecia mal guardado el gran templo que encerraba las glorias de su imperio, dominando al mundo.

Médulo, seguido de sus gentes despues de la victoria, me tomó de nuevo, por quedar muy distante la gruta en que me hallaba, y poniéndome á lomos de su caballo, descendia del monte defendido.

El César en su tienda lamentaba la trágica derrota, y Caricio, el general romano más bravo del imperio y amado del César, acaudillaba las vencidas huestes. Al verme en la entrevista que con Médulo tuvo, se enamoró de mí de tal manera, que

propuso á mi padre celebrar una capitulacion honrosa y alianza en paz con Roma si le daba mi mano para ser su esposa. Médulo, que odiaba al romano con saña irresistible, no admitiendo condicion alguna, se declaró rebelde, negándole mi amor y mi hermosura.

Entonces el general romano juró por sus dioses inmortales vencer á los astures, ganando aquellos montes por conseguir el triunfo de mi amor. Y encareciendo al César su pronta retirada á Tarragona, harto de tanta guerra y tanto triunfo, ofrecióle vencer á los astures, posando el águila imperial sobre las cimas de los vencidos montes, limitando ya en ellos los dominios de Roma, señora ya del mundo.

Accedió el César, confiado en su valor y su promesa, y Caricio, en alas de su amor y su deseo, preparó la batalla.

Desde entonces los romanos me llamaron *Caricea*, ó la amada de Caricio.

Quizás yo amaba al héroe por hallar en su amor el triunfo de algo grande que unificaba con su gloria al mundo.

Una noche oscura y espantosa en que la tempestad brillaba con sus cárdenos relámpagos y hablaba con la voz retumbante de sus truenos sobre el monte Medulio, como el sagrado Sinaí en la noche del Génesis, los astures, armados en sus montes, aguardaban el poderoso ataque de los bravos romanos que protegidos por las intensas sombras de la noche, y orientándose á veces por el rojo fulgor de los relámpagos, aprestaban su asalto!

¿Quién puede describir lo que entre la espantosa

oscuridad de aquella eterna noche sucedió entre el fragor de las montañas?...

Los montes parecia que se hundian, cayendo extremecidos de sus duros cimientos de granito; el chocar de las armas, los gritos del combate, el triste lamentar de los heridos, juramentos y voces confundidas en concierto infernal, llenaban el ambiente enlutado de sombra, que sólo á veces desgarraba el rayo; y el trueno, el ronco trueno, retumbando en las sinuosidades rústicas del monte, contestaba iracundo al infernal estruendo del hórrido combate!

A la mañana despues de aquella noche, cuando el alba nublada bañaba con los rayos del sol los tristes horizontes, esos montes amanecieron rojos, como aun existen, amasada su tierra con la sangre de astures y romanos, y el águila de Roma, ya posada en sus cimas, extendiendo sus alas imperiales, presidia á las aves carnívoras que cernian su vuelo pavoroso sobre un campo de sangre, desgarrando los fétidos cadáveres!

Un rayo de la anterior tormenta, que no la espada del romano, dió muerte á Médulo, fundiendo sus tesoros con su fuego y esparciendo los átomos del oro en las masas graníticas del monte.

Yo, al contemplar despues á los astures que corrian vencidos en direccion de Lancia, seguidos de las fieras legiones imperiales, abandoné la gruta y corrí hácia el valle en el momento en que el romano avanzaba hácia el monte buscándome con ánsia. Al verme en mi carrera fatigada y llorando, apretó los ijares del rápido corcel, y corrió en pos de mí, á tiempo que llegaba á mi escondida fuente.

Sentéme en sus bordes recamados de césped rendida de dolor y de cansacio; sentia miedo, sí, pero un valor intenso me dominó, adormeciendo mi ánimo.

Llegó Caricio, penetró en el valle, y al acercarse al sitio, la tranquila fuente se fué lánguidamente desbordando. Cuanto más avanzaba el general romano, avanzaban sus ondas cristalinas. Y ascendian sus aguas, y ascendian cubriendo yerba y flores, y los troncos robustos de los árboles, haciendo ya retroceder al vencedor caballo del caudillo; y yo, inmóvil al borde de lo que fué su cuenca, sentí llegar al pecho su cristal trasparente y ondulante, y llegar á mi cuello y humedecer mi rostro, y al alentar con ánsia, inundarse mi boca y mi garganta, y extinguirse mi aliento, y apagarse mis ojos, flotando mis cabellos en su ráfagas de algas, y sentí desprenderse de mi cuerpo frio mi espíritu flotante que en tanto que mi cuerpo cayó en la cuenca oscura como yerto cadáver en su tumba, quedó libre, vagando entre las ondas cristalinas como el eterno espíritu del Lago.

Vencidos los astures por completo en Lancia, quedaron vencedores los romanos, señores ya del mundo; y al referir Caricio tal portento logrado por su amor, y sabida la historia, tuvieron este Lago por sagrado, y á mí por sacra Ondina de sus ondas, y llamáronle el *Lago de Caricea* (1).

Y el tiempo trascurria y pasaban los años, y los

---

(1) *Caricea*, luego en tiempo de los godos se le dijo *Cariceda*, luego *Caruceda*, y *Carucedo al Lago*, concluyendo por decirle con el uso *Lago de Carucedo*.

siglos, y mi espíritu oculto flotaba en las ondas tranquilas de este Lago.

Una noche, una noche serena y deliciosa en que la blanca luna, reflejando su argentado disco, dibujaba sobre el terso cristal del Lago trasparente la tersitud del cielo, sentí agitarse el centro de mis ondas, y en una corriente extraña é impetuosa, penetrar una hermosa y diáfana vision en mi líquido alcázar de cristal.

Acercóse, y me dijo:

—¡Ondina Caricea, princesa de este Lago, yo soy Florinda, la famosa *Cava*, la *Ondina del Tajo*, donde flota mi espíritu encantado!

Un rey godo me amó lascivo y vehemente, y violó mi virtud, siendo el castigo de su vil seduccion la pronta destruccion de su reinado, y de su antigua y noble dinastía.

Bañándome en las ondas cristalinas del caudaloso Tajo, Rodrigo me observó, gozando mi hermosura; en el Tajo fué el crímen, la inmensa perdicion del reino godo, del esplendor de España. Unas gentes extrañas y feroces invaden nuestro extenso territorio, dominando sus fértiles comarcas. Yo, que fuí el motivo infeliz de tanta ruina, quiero auxiliar á sus fuerzas; en el Tajo tambien en este instante está su salvacion. Por la corriente rápida del rio, llevado por sus ondas impetuosas, como Moisés por el inmenso Nilo, va un débil canastillo; en él, un tierno niño; duerme el sueño feliz de la inocencia, flotando entre las ondas que lo arrullan. Corramos pronto, hermana, por las secretas vías y líquidos senderos que hasta el Tajo conducen, y llegando hasta él, sos-

tengamos el frágil canastillo, conduciéndole con nuestras manos invisibles por la corriente del sereno rio, dejándole seguro en la ribera, porque él será el caudillo que salvará á su pueblo!

Dijo, y sobre góndolas de espuma, abandonando el Lago, penetramos por las secretas vías subterráneas y líquidos caminos que ocultos comunican con el inmenso mundo de las aguas, atravesando las grutas misteriosas donde ocultan los Gnomos sus tesoros y los trasparentes fantásticos alcázares donde danzan las Náyades, y bordan las Ondinas, y murmuran y cantan las Nereidas. Y llegamos al Tajo, que cruzaba la comarca feraz de Extremadura, y dimos con el débil canastillo, que flotando al azar, se deslizaba por la corriente del famoso rio; y entonces, acercándonos con nuestras manos líquidas, vagando entre las ondas trasparentes, condugimos al misterioso infante, hasta que un cazador noble y bizarro, de egregia alcurnia y sentimientos puros, llegó á la orilla persiguiendo una res. La Providencia le condujo hasta el rio, y las Ondinas, dóciles á su voz, confiamos al auxilio del hidalgo el regio canastillo.

¡Más tarde, el nombre de Pelayo vibraba en el ambiente, resonando en los ecos entusiastas de las épicas trompas, al alzar el heróico pendon de Covadonga, como enseña de gloria! (1).

Despues, otra noche tambien, en que la luna recataba entre nubes cenicientas su faz melancólica,

---

(1) Resulta anacronismo de tiempo, pues de la batalla del Guadalete al alzamiento de Covadonga, mediaron poco mas de dos años, por lo cual esto solo puede admitirse como un sueño.

sentí por ese lado donde hoy es Campañana (1), tras la selva sombría, unos tristes lamentos y amargos alaridos, que turbaban el silencio del valle, traidos por las auras apacibles que rizaban las ondas de mi Lago. Luego unas ásperas voces y unos gritos de ira, y el estruendo de un reñido combate se oyó en el aire de la noche sombría:

—¡Al Lago, al Lago, desdichadas doncellas, sonaba en el ambiente, antes de entregaros en manos de esos bárbaros infieles!...

—¡Antes la muerte, repetian las auras entre el tétrico estruendo de las armas; que tan vil violacion, hijas de nobles, descendientes de godos, antes al Lago que al haren del Emir ó del Califa, aunque pese al nefando Mauregato!...

—¡Al Lago!... ¡Al Lago!...

Y de pronto, el inmenso cristal del trasparente alcázar, por diferentes partes se rompia, dando paso á las hermosas vírgenes vercianas, libertadas por la espada vengadora de sus padres y amantes, de las feroces garras de los árabes, para servir de contingente impuro en *el tributo de las cien doncellas*, y sus cuerpos se hundian hasta el fondo del Lago, quedando sepultadas en el cieno, y sus espíritus flotantes, como el mio entre las dulces ondas, que las ondinas son los espíritus del agua, como los ángeles son los espíritus del aire; y hélas ahí, que son las que forman mi córte misteriosa en el líquido alcázar de mi Lago.

De esta suerte habló la misteriosa Ondina, y ex-

---

(1) Campañana, de *campaña verciana*, en recuerdo de dicho combate.

tendiendo una mano, blanca y trasparente, la posó sobre mi pecho, diciendo:

—Ya la aurora matiza con sus tintas de púrpura y de oro los líquidos cristales de mi alcázar, y al misterio solemne de la noche sucede la realidad del dia. ¡Sueña, sueña, poeta, y no olvides la fantástica historia de este Lago!...

Dijo, y sobre las ondas trasparentes íbase deslizando lentamente en su carro de espumas, seguida de su córte, y yo sentia aun su mano sobre mí; pero advertia demasiado pesado aquel tacto que tan sutil y suave parecia, y un sacudimiento nervioso me despertó de pronto.

Desperté de mi sueño deleitoso, y aun poseido de su encanto, sentía aquella mano demasiado pesada para ser de Ondina, y era, ¡oh desencanto! y era la sólida mano de la maragata, que me despertaba de mi ensueño para contemplar el Lago con la aurora.

¡Oh cruel realidad! La Ondina convertida en maragata, como Dulcinea en labradora!...

—Ya es hora, señorito, dijo la posadera; y abandonando el lecho, y vistiéndome en seguida, y despues de tomar un bien servido y sabroso desayuno mi compañero y yo, salimos de la posada y nos encaminamos al Lago. Llegamos á su serena orilla.

La mañana era hermosa; amanecia.

El alba doraba con los templados rayos del sol las ondas cristalinas del trasparente Lago con variado matiz de rosa y oro. Las auras matinales, henchidas de selváticas aromas, rizaban en perezosos giros las indolentes ondas, que bordadas de espumas, parodiaban al cielo con sus nubes, y los

agrestes montes elevados, proyectando su sombra sobre el terso cristal, daban un tono oscuro á la azul superficie del encantado Lago.

Contemplábale yo con verdadero éxtasis, y recordaba las divinas visiones de mi ensueño. ¿Dónde estaba la sacra Ondina, *que bordando mora debajo de las aguas cristalinas*, como dice el inmortal poeta? ¿Dónde estaba su córte y todos los encantos de su soñada historia?...

Allí estaba el callado y misterioso Lago de la historia. Los albos cisnes, los corceles fantásticos del sueño, flotaban al azar sobre sus ondas, pero sin las hermosas soñadas amazonas; y allí estaba Borrenes, el pueblo que se alzó sobre la choza de Borenia, la *Ondina Caricea*; más allá, Campañana, detrás de la arboleda, el sitio del combate por libertar del infame tributo á las doncellas vercianas. Mas, todas las fantásticas figuras de la soñada historia se habian borrado del sereno cristal, como se borran las figuras vivientes sobre la superficie del planeta.

El Lago, allí, sereno y misterioso, ofrecia su tersa superficie como el cielo su espacio, que se copiaba en él como en su espejo.

¡Quién sabe lo que oculta ese cielo; quién sabe lo que esconde ese Lago!...

¡Si la vida es un sueño, tambien será un sueño la historia, como la historia de mi sueño!

Luego el Lago, considerado realmente como tal.—¡Qué deliciosa estancia de verano en sus orillas!

Figurábamelo rodeado de elegantes chalets, con sus jardines de aromadas flores, y en medio de

frondosas arboledas que le dieran un marco vegetal y fresca sombra. Brillantes graderías de labrado mármol lamerian sus ondas cadenciosas, y góndolas flotantes surcarian su tersa superficie.

Y en las noches serenas de verano parecíame contemplar los trajes vaporosos de las hermosas damas, como sombras fantásticas vagando en los jardines, y escuchar las dulces melodías de acompasadas arpas, y las notas del piano, y las voces sonoras de las bellas veraniegas del Lago.

¡Mas ahora, en sus ondas duermen las auras del olvido!

Dejamos, pues, al olvidado Lago, y volviendo á la posada, montamos en nuestras caballerías, y caminando por entre antiguos caseríos y espesos arbolados, tomamos un camino que en dilatado ascenso conduce á las famosas Médulas.

XVII

Las Médulas

Caminábamos por la pendiente senda que hasta el monte subia, mientras se alzaba el sol y se ocultaba el Lago de Carucedo.

Despues de caminar por largo tiempo, ya encontramos gentes que de las Médulas (pueblo llamado así por hallarse al pié de dichos montes) se dirigian á los prados y campos de labor con sus ganados.

Largo espacio anduvimos, y al acercarnos á las alturas elevadas del monte, las Médulas aparecian con sus formas caprichosas y fantásticas, y su color rojizo.

Son como enormes cuerpos de diferentes formas geométricas, alzados sobre oscuras bases de montañas de pizarra y de granito, y afectan todos figuras muy distintas.

Ya parecen murallas almenadas de antiguas fortalezas, ya se asemejan á elevados cubos, ya se presentan como enormes conos, ya se elevan como esbeltas pirámides cilíndricas y en otras mil di-

versas figuras caprichosas, rematando en variadas cresterías; todo con su rojo color, como si fueran de un barro recocido al calor de los tiempos geológicos.

¡Qué suntuoso sarcófago para un antiguo Faraon egipcio!

No pude menos de recordar á la Ondina del Lago, y hasta queriendo dar crédito á mi sueño fantástico.

Indudablemente aquellos montes parecen amasados con la sangre de un combate.

Llegamos, pues, á la elevada altura alzada sobre Carucedo como cerca de una legua, y pasamos por la rústica aldea que al pié de aquellos montes, tan fecundos en oro, muestra su miserable caserío.

Junto á una fuente sosegada hallábase una muchacha, y la preguntamos por la senda que penetraba las famosas Médulas. Díjonoslo la moza, y al dirigirnos por aquel camino, encontramos á un labrador anciano que con sus bueyes se dirigia á sus labores.

Propusímosle el pagarle bien si nos acompañaba á visitar las Médulas, y el aldeano, yendo á dejar su yunta, volvió en seguida, encaminándonos por una larga senda hasta el inmenso interior de aquellos montes.

Difícil, muy difícil de detallar es aquel grupo de fantasmas que triunfan de los siglos.

Por un extenso espacio penetramos entre las graves Médulas.

Es el monte Medulio una vasta agrupacion de montes rojos, horadados por multitud de minas, por donde los romanos extraian el oro que encer-

raban y aun deben encerrar aquellas moles. Pero aquellas montañas, que resisten tantos siglos, huracanes y lluvias, nevadas y deshielos, se encuentran despojadas de la corteza dura de pizarra ó granito, y desnudas por completo de vegetacion.

Son unas grandes masas de una greda colorada, compacta y endurecida, mezclada de unos pequeños cantos redondeados y blandos, como de aluvion.

Aquellas moles parecen amasadas por la lluvia y cocidas por el sol para labrar los eternos crisoles en que fundir el precioso metal que los romanos con sus perforaciones extraian.

Avanzamos por entre aquellos montes, y subiendo un ribazo, penetramos en una caverna, labrada por el hombre, dilatándose en irregulares distancias, hundiendo su piso en una profundidad del terreno, y elevando su bóveda á la altura, ofreciendo en la prolongacion de sus paredes las lóbregas entradas de oscuras galerías subterráneas, como ocultas guaridas de monstruosos reptiles.

En aquella gruta, labrada por los esclavos del romano imperio para extraer el oro, recogen ahora los pastores vercianos sus rebaños en las noches de invierno, y en torno de la lumbre, mientras que llueve ó nieva, cuentan raras consejas de aquellas grutas y de las gentes que pudieron labrarlas, y aseguran, segun nos dijo el labrador, que ha habido veces de oir un estruendo subterráneo y espantarse el ganado, y aparecer ante ellos un corpulento anciano con los cabellos y las barbas de oro, soltando chispas al rizarlos el aire que brama entre ellos, y que tomándoles, si alguna vez ha estado

cerca, algun macho cabrío, y montando sobre él, ha desaparecido lanzando estrepitosas carcajadas, cuyos ecos se oyen repetir de una en otra galería, recorriendo los montes hasta extinguirse en el más remoto y elevado, en que existe una gruta misteriosa, donde tienen las brujas su aquelarre.

Entonces recordé á Médulo.

Salimos de aquella caverna, y ascendiendo algo más por otro ribazo formado por los contínuos desprendimientos del terreno, llegamos á la puerta de otra caverna y penetramos en ella.

Al entrar en sus inmensos ámbitos, un gran bando de águilas que allí anidan, volaron espantadas, pero graves.

Las águilas romanas, pensé entonces, despues de haber recorrido con su triunfante vuelo todo el mundo, se han retirado á estos inmensos nidos, labrados por sus míseros esclavos, despues de esclavizar al orbe con la fuerza para que fuera libre por la idea.

Dignos nidos de tales aves, que simbolizaron las inmortales glorias del romano imperio.

Profusion de minas formando dilatadas galerías, como nuestros modernos túneles, se ofrecian en todas las direcciones horadando las colosales masas.

Las minas de las Médulas, con las modernas máquinas perforadoras que labran los túneles inmensos en los montes más ásperos y espesos, nada tendrian que admirar; pero dados los medios de perforacion de que podrian disponer los romanos, aquello es admirable, y sólo se comprende con la esclavitud. Centenares de esclavos serian emplea-

dos en tan ruda labor, para extraer el precioso metal en las *médulas* de aquellos montes, como tambien en otros próximos del Vierzo extraian el simbólico minio con que teñian sus puertas y palacios los próceres y ciudadanos romanos en señal de nobleza.

En los montes del Vierzo hallaron los señores del mundo dos preciosos productos despues de tantas glorias: el oro y el minio; el oro como símbolo de la riqueza, y el minio como el símbolo de la nobleza; elementos eternos del poder.

Las Médulas rindieron á Roma un caudal inmenso, y fué tal su importancia, que Plinio el jóven vino al Vierzo para dirigir la explotacion, calculando en 20.000 libras de oro el producto anual de las valiosas minas.

¿Cómo se daba el precioso metal? ¿Cuál era el procedimiento para obtenerlo?

El oro no debia encontrarse en filon, sino en arenas, mezcladas con la greda, como aun debe encontrarse en algun sitio; y para obtenerlo, fué el Sil canalizado y traido por el *Monte-furado*, en el cual lavaban la greda en porciones convenientes, quedando el oro en pequeñas partículas, limpio, en algunos tamices usados al efecto.

¿Se habrá extinguido por completo el precioso metal de aquellos montes?

Sólo puede decirse que aun el Sil caudaloso, como el célebre Pactolo de los griegos, arrastra arenas de oro, lo cual prueba que de algunas minas las recoge.

Abandonamos, pues, las Médulas despues de haber recorrido muchas de sus profundas galerías,

que en laberinto interminable horadan por todas partes las coloradas masas, que parodian las ruinas de un templo colosal fabricado por cíclopes y monstruosos titanes para culto de ídolos heróicos, que fundió al fin la idea de un solo Dios.

Despues de todo esto, montamos á caballo, y picando espuela, descendimos del explorado monte, y dejando á un lado el deleitoso Lago, volvimos por el mismo camino, pasando tambien aquella siesta en Carracedo, regresando por la tarde á Villafranca, á donde llegamos ya de noche, mi compañero con sus dibujos, y yo con mis apuntes, en nuestras carteras.

XVIII

La fiesta de la Encina

Ya las brisas de otoño comenzaban á arrojar de los árboles mústios las hojas amarillas; ya las tempranas lluvias regaban las campiñas agostadas, y algunos copos de prematura nieve blanqueaban ya las cimas de los montes que sombrean el Vierzo.

Ponferrada, la antigua Ponferrada, bañada por su Sil y su Boeza, á las faldas del alto Pajariel, ofrecia no obstante un espectáculo digno de admiracion y de estudio.

Todo el Vierzo, desde los confines de Astúrias y Galicia hasta el resto del antiguo reino, acudia alegre y fervoroso á la antigua capital de la comarca cuando fué provincia.

La torre de la Encina, á los aires lanzaba la metálica voz de sus campanas, y en un alto torreon del castillo feudal de los Templarios, ondulaba, como en su heróico tiempo el pendon blanco y negro de la Orden, el pabellon nacional.

El tren silbando, llegaba á la estacion, conduciendo multitud de viajeros; los carros y los coches

de los pueblos comarcanos, sonando sus alegres campanillas, paraban en la Puebla, situada al pié de Ponferrada, hasta el otro lado del puente que atraviesa el Sil, y alegre profusion de forasteros afluian á la histórica villa, ascendiendo por las ásperas subidas de la *Calzada* y el *Rañadero* que conducen al pueblo.

Las posadas estaban atestadas de huéspedes; las viviendas particulares invadidas de forasteros; el bien abastecido mercado de la plaza respondia al consumo, y las gentes de las aldeas y los pueblos vecinos que no hallaban hospedaje ni amiga relacion para hospedarse, vagaban por las calles, y comian y se guarecian de noche, para entregarse al sueño, en los ámplios soportales de las plazas de las Heras y de la Encina.

El fervor y el contento se advertia en todos los semblantes y dominaba todos los espíritus.

La mañana del 8 de Setiembre, despues de una noche de fuegos y bullicios, nublado amanecia, y una menuda lluvia, como un rocío lento, humedecia edificios y calles; y ese incidente de la otoñada daba un tono conveniente al solemne cuadro del festivo dia.

Profusion de gentes invadian las calles y las plazas, y entre la multitud respetuosa, porcion de mujeres caminaban de rodillas por las mojadas calles, llevando algunos cirios encendidos, yendo sostenidas por dos personas más á cada lado.

De esta suerte recorren las más céntricas calles, hasta la plaza y templo de la Encina.

Otros, hombres y mujeres, mozos y ancianos, se ofrecen vestidos con unos trajes especiales, como

unos largos hábitos con capucha, que les dicen *mortajas*.

Aquellos penitentes y amortajados, que como otros tantos Lázaros transitan por las calles de la poblacion, ó como los muertos del valle de Josafat en la muerte de Cristo por las calles de Jerusalen, son gentes de las aldeas y del pueblo, que hallándose en peligro de muerte, han ofrecido á la Vírgen de la Encina, si los curaba de su enfermedad, ir en su procesion con la mortaja que habian de llevar para el sepulcro.

El templo de la Encina, que se alzó, como ya digimos, en un encinar, en donde apareció la milagrosa Vírgen, está formado por una ancha y espaciosa nave de elevada bóveda. En la capilla mayor, una extensa gradería da ascenso al majestuoso altar, en cuyo centro, y en un dorado nicho, se ostenta la sagrada imágen de la Vírgen. Detrás del gran retablo y del altar, está el precioso camarin ochavado, y decorado con cuatro espejos venecianos. En el frente de aquel santo recinto, y de espaldas á la iglesia, se halla el otro altar, encima del cual se eleva el arco posterior del nicho, horadando el muro que comunica con el templo.

La base ó peana, que segun la creencia del pueblo es el mismo tronco de la encina en que apareció la imágen, gira dentro del nicho, mostrando la Vírgen del lado que se quiera, ya sea hácia el templo, ó ya sea al camarin, en cuyo altar tambien se celebra misa.

La bizantina imágen de la Vírgen de la Encina es muy antigua y de talla regular. Dice la tradicion que la trajo Santo Toribio de Jerusalem, y

que estuvo expuesta al culto en la catedral de Astorga. Pero lo que sí es cierto, y lo atestigua la piadosa historia, es que cuando la invasion de los árabes, en que la piedad de los cristianos, al huir de las algaradas muslímicas, tomaban de sus templos profanados las devotas imágenes, guardándolas en los sitios más ocultos, la de la Encina fué llevada desde Astorga al marchar los cristianos leoneses en direccion de Astúrias y Galicia, libres aun de la invasion, y encontrando un espeso encinar en aquel sitio, y á propósito una encina de carcomido tronco, la escondieron en él, en donde apareció en tiempo de los Templarios, señores entonces de Ponferrada, al cortar el sagrado encinar para ensanchar el pueblo, elevándose luego en aquel sitio, ampliado diferentes veces, el templo de la Vírgen, donde por tantos siglos le rinden culto como á su excelsa patrona Ponferrada y el Vierzo.

Todos los pueblos de nuestra vieja España tienen alguna imágen de la Vírgen con distintas advocaciones, y cuya tradicion milagrosa, trasmitida de generacion en generacion entre consejas y leyendas, llega á atestiguar los hechos más gloriosos, simbolizando á veces la gloria de los pueblos.

Zaragoza tiene el Pilar, la Vírgen de las trovas populares; Cataluña, la de Monserrat, la Vírgen lemosina que canta Balaguer; Guipúzcoa, la de Aranzazu, la Vírgen del Espino; Granada, las Angustias, adorada en la que fué mansion de los placeres; la coronada villa, la Almudena, elevada en el antiguo cubo en que se la encontrara, dominando la vega que baña el Manzanares; Cáceres, la de Guadalupe,

la Vírgen de la Miel milagrosa; Badajoz, la de Botoa, que inspiró á Carolina Coronado; los Santos de Maimona, pueblo de Extremadura, la Vírgen de la Estrella; Astúrias, Covadonga, la de la Vírgen del Combate y de la Gloria; y el Vierzo, la Vírgen de la Encina, á quien rindieron culto los Templarios, y á quien adora la verciana comarca y celebra su fiesta en aquel dia.

El pueblo fervoroso llenó los ámbitos del anchuroso templo, y las notas del órgano sonoro regalaba de mística armonía el ambiente sagrado, que aromaban las nubes del incienso.

Luego la ancha plaza y las calles se poblaron de gente, y ocupáronse rejas y balcones. Las campanas vibraban en el aire, y los cantos monótonos del clero, y los ecos distantes de la música, formaban un concierto solemne y majestuoso.

Despues, la antigua imágen de la Vírgen apareció ante el pueblo devoto y humillado, en medio de aquella procesion de *amortajados*, del clero y de la multitud que le seguia.

Ante tal espectáculo solemne, el hombre más incrédulo se humilla y acata con respeto el encanto más puro, el más dulce consuelo, ese *algo* que es algo de esperanza de suprema dicha, ese algo eterno que es superior á la materia con que vive el espíritu, que es el espíritu de los pueblos.

Ante aquella antigua imágen miraba yo á través de los tiempos el símbolo de gloria de aquel pueblo. Ante ella contemplaba al sorprendido montañés verciano, con el hacha caida de las manos ante la añosa encina, como ante el tabernáculo del templo. Ante ella contemplaba á los

Templarios postrados en grave adoracion á los piés de la sagrada imágen que guardaba el tronco de la encina, celebrando el milagro. Ante ella contemplaba levantarse un templo y formarse un pueblo. Ante ella contemplaba pasar por las gradas de su altar glorioso tantas generaciones, rindiéndola en su amor perpétuo culto, y ante ella miraba entonces á todo un pueblo agrupado en torno de aquel sagrado símbolo de su historia, y cuya adoracion será trasmitida á los siglos venideros en el hermoso Vierzo!

La procesion recorrió las principales calles, regresando luego al sagrado templo de la Encina.

Por la noche, despues de haber consagrado el dia á la funcion religiosa, dedicóse el pueblo á la funcion profana, pasando desde el templo de la Vírgen al de Talía, rindiendo culto de tal suerte á la religion y al arte.

El teatro es el espectáculo más digno de un pueblo culto.

El lindo coliseo de Ponferrada, edificado, como ya hemos dicho, en los extensos cláustros de un antiguo convento, es holgado y precioso, superando á muchos de muchas capitales de provincia, y algunos de tercer órden de Madrid, con sus tres órdenes de palcos y su hermoso telon, en que aparece el pórtico severo del castillo, como blason histórico del pueblo.

El decorado escénico es profuso y bello.

Una buena compañía de la córte, que habia recorrido parte del Norte de Castilla y de Astúrias, actuaba en él para completar la alegre festival.

La noche de la Encina, el teatro estaba delicio-

so. Los palcos, como bellos canastillos, ostentaban, á manera de lozanas flores, á las damas vercianas, elegantes y hermosas, que entre el ramaje oscuro á que se asemejaba el sexo feo en palcos y butacas, convertidas en lindos ramilletes, hacian del teatro un ameno jardin.

En un largo entreacto, el director de la compañía se presentó de frac, y en medio de la escena, decorada convenientemente, leyó unos versos mios que al efecto habia compuesto, los cuales, por ser de oportunidad en este capítulo, los incluyo á continuacion:

Á PONFERRADA

¡El Vierzo! comarca extensa,
amena y fértil mansion,
adonde para defensa
alzan su muralla inmensa
las montañas de Leon!

—

Entre sus valles amenos,
que limitan altos montes,
riegan sus rios serenos
los bosques, de aroma llenos,
que bordan sus horizontes.

—

Comarca un tiempo explorada
por la romana codicia;
por sus rios arrullada,
y á su arrullo reclinada
entre Castilla y Galicia.

—

Su *Bérgidum* levantaron
los romanos vencedores,
y sus *Médulas* labraron,
y con su oro, fabricaron
el cetro de sus señores.

—

Por el Vierzo, sus caminos,
formando inmortal estela
con los destellos divinos,
trazaron los peregrinos
en su marcha á Compostela.

—

En sus montes eternales
se alzan, vestidas de hiedra,
las ruinas monumentales
de sus castillos feudales
como esqueletos de piedra.

—

Y en sus campiñas sombrías
con sus cláustros ya desiertos
y sus tristes galerías,
hoy yacen sus abadías
cual las tumbas de los muertos.

—

Hoy turba el sonoro ambiente
el silencio en *Carracedo*,
mientras que el aura indolente
riza el cristal trasparente
del *Lago de Carucedo*.

—

Hoy unas murallas rotas
refleja en su espejo el Sil,
mientras sus ondas remotas
van repitiendo las notas
del arpa de Enrique Gil.

—

Aun para eterna grandeza
de su gloria ya pasada,
como un blason de nobleza
en ruinas, su fortaleza
muestra al mundo *Ponferrada*.

—

En sus altos torreones,
oscuros y solitarios,
mostró en sus ondulaciones
otro tiempo sus blasones
el pendon de los Templarios.

—

Allí soñaban laureles
ciñendo su noble sien,
y ágiles en sus corceles,
lograr sobre los infieles
su gloria en Jerusalem.

—

Y se hundieron sus blasones;
cayeron puente y rastrillo,
y el pendon, hecho girones,
cayó de los torreones
á los fosos del castillo.

—

¡Todo pasó! El anatema
del mundo aun vibra en la historia;
tal vez el mundo blasfema,
que aun en la puerta está el lema
del sepulcro de su gloria.

—

¡Todo pasó, y hoy espanta
ese castillo sombrío
que aun en ruinas se levanta,
y hoy, murmurando á su planta,
sus ruinas refleja el rio!

—

Mas aun queda en Ponferrada
de su historia en tanta ruina,
una página sagrada,
una imágen encontrada
en el tronco de una encina.

—

Que, coronando el lugar,
se alzó para eterno ejemplo,
sobre aquel tronco, un altar,
un templo en el encinar,
y un pueblo en torno del templo.

—

Y el pueblo, el pueblo que siente,
á sus viejas tradiciones
rindiendo culto ferviente,
hace vibrar el ambiente
con cánticos y oraciones.

—

Que la Vírgen de la Encina,
como un símbolo de gloria
se eleva sobre esa ruina,
como una estátua divina
sobre el libro de la historia.

—

¡Hermosas niñas vercianas,
las del aspecto gentil,
que entre las selvas lozanas
sois las sílfides humanas
de las riberas del Sil!

—

¡Hermosas ponferradinas,
que junto al monton de piedra
de las fantásticas ruinas,
sois las flores peregrinas
ocultas entre la hiedra!

—

Vosotras sois esas flores
que aroman su excelso altar;
si de ella implorais favores,
bendiga vuestros amores
la Vírgen del Encinar.

—

¡Gloria á la Vírgen sagrada,
aplauso al verciano esfuerzo,
y á la fiesta regalada
de la *Encina* en *Ponferrada*,
de *Ponferrada* en el *Vierzo*!

Al concluir la lectura de estos versos, la galantería del público me obligó á salir á escena entre sonoros aplausos, los cuales estimé más como una manifestacion de cariñoso afecto y obligada atencion al forastero, que como homenaje de entusiasmo debido al mérito de mis versos.

Despues de la funcion teatral, el público se retiró de sus localidades, mientras se disponia el teatro para salon de baile.

Trascurrida una hora larga de intervalo, ya el salon estaba dispuesto, y las bellas vercianas y todo el público ocupó sus puestos.

Al corto rato, las notas de la música invitaban al baile, y las alegres parejas giraban confundidas en el ancho salon.

El baile es la manifestacion de júbilo y contento más espontánea de los pueblos.

Todos los pueblos, cultos é incultos, tienen sus bailes característicos, impuestos como una ley de ánimo que sanciona la sociedad, erigiéndolo hasta espectáculo oficial.

Por eso de ser ley espontánea é imperiosa del entusiasmo, el baile es muy antiguo, tan antiguo como la sociedad y como la religion, y muchas veces el baile suele ser una manifestacion y un imprescindible detalle del culto.

En las sociedades antiguas, en Oriente, en Grecia y Roma, las doncellas y los mozos danzaban en simbólicos coros ante sus divinidades. El Catolicismo tambien ha admitido esas místicas danzas delante de sus vírgenes.

En Ponferrada mismo, una danza de niños (que un tiempo presidió el célebre *Calaverote*) precede

la procesion de la Vírgen de la Encina por las calles del pueblo.

Pero el baile profano (por distinguirlo del sagrado) es el complemento más grato de toda fiesta.

Y hay que distinguir unos de otros bailes.

Los bailes de máscaras, por ejemplo, los bailes oficiales, los bailes de las grandes poblaciones, los bailes públicos en que las gentes no se conocen, en esos bailes, entre estruendosas músicas, la libre confusion, el bullicio, la orgía y la embriaguez á veces, no tienen el encanto que el baile de una aldea ó de un pueblo en la fiesta de sus patrones.

El baile entonces tiene más nobleza y más carácter. Las bellas que á la mañana han orado postradas ante el altar sagrado de la Vírgen, confiándole tal vez en su oracion ferviente el secreto más íntimo de sus amores, y luego han acudido al teatro ocupando los palcos y butacas como flores mostradas en los búcaros, se ofrecen despues como flores sueltas ,en íntimo contacto y amena sociedad con los que codiciaban tener cerca, muy cerca su belleza.

El baile de la noche de la Encina en Ponferrada estaba delicioso. Animacion, franqueza, decoro, hermosura, galantería y donaire, elementos que todos combinados en ameno concierto formaban las delicias armónicas del baile.

Allí habia hermosas damas de todos los contornos del Vierzo, confundidas con las ponferradinas, como flores de un mismo jardin.

Y el tiempo, tan lento en el pesar, trascurrió breve, devorando las horas deliciosas del amor y el encanto; y ya avanzada la noche, y muy cerca

del alba, cesó el baile, quedando entre silencio y sombras el teatro.

Y permitámonos ahora decir algo del carácter particular de los vercianos.

Las vercianas en general son hermosas y elegantes, discretas y graciosas, armonizando la bizarría grave de su tipo peculiar del Norte con la gracia y donaire meridional de toda nuestra España. Su trato es franco y decoroso, expansivo y amable.

Los árabes no llegaron á dominar la comarca del Vierzo, y las antiguas razas, vigorosas y puras, de astures y romanos, han venido conservando su carácter distintivo, suavizado por las sanas costumbres de la vieja Castilla, altiva y noble.

Los vercianos son graves y afectuosos, nobles y caballeros, de trato digno y de buen ingenio, registrando la historia vercianos muy ilustres en ciencias, en artes, en letras y en armas.

Pero me gustan más las vercianas. En la fiesta de la Encina puedo decir que me gustaban todas.

Los habitantes de Villafranca, que pudiera decirse capital del Vierzo alto, participan algo, por su proximidad, del carácter de Galicia, lo cual se manifiesta, más que por nada, por su acento, como los de Ponferrada, capital del Vierzo bajo, participan del carácter y acento de Castilla.

¡Ponferrada y Villafranca son dos pueblos hermanos, rivales y queridos, que dominan la comarca verciana con sus pueblos y aldeas tributarios; rodeados de feraces campiñas, de arbolados frondosos que les rinden abundantes y exquisitos frutos, con sus viñedos de sabrosos racimos, que estruja-

dos despues, se convierten en raudales de rojo, y dorado, y delicioso vino; regados por dos rios cada uno, que les dan delicadas truchas y exquisitas anguilas, como si el cielo quisiera dotar á los dos de iguales elementos de hermosura y riqueza, y hoy enlazados con el moderno vínculo de hierro, con una vía férrea, como un eterno lazo de comunicacion y estrecho amor entre ambos pueblos!

. . . . . .

Y pasadas las fiestas de la Encina, las gentes fueron abandonando á Ponferrada. Y nosotros tambien.

Una mañana tomamos el tren, regresando á Madrid con los dulces recuerdos de tantas excursiones, paisajes, monumentos, tradiciones, historias y leyendas de una comarca tan hermosa y tan olvidada, y la intencion de historiarla con el mejor deseo, publicando el libro que hoy ofrecemos al público sobre el Vierzo.

XIX

Una aventura en el Vierzo

Una tarde en que me hallaba de visita con una anciana é ilustrada señora en Ponferrada, contemplaba un antiguo edificio blasonado, de salientes aleros y anchos balcones con repisas de piedra, ostentando unas sombrías rejas historiadas, una de las cuales me dijo la señora que encerraba una historia muy antigua, una leyenda caballeresca que me refirió, la cual, por lo romántica, doy en verso:

I

En una noche nublada,
triste, silenciosa y fria,
por una calle sombría
de la antigua Ponferrada,
llevando ceñida espada,
senda capa y gran sombrero,
caminaba un caballero,
con bizarro continente,

por la tortuosa pendiente
del áspero Rañadero.

—

Grave silencio reinaba;
la vetusta fortaleza
con su sombra de grandeza,
las de la noche aumentaba;
todo triste reposaba
junto al castillo gentil,
y el aire frio y sutil
que entre sus muros dormia,
sólo el eco interrumpia
del lento rumor del Sil.

—

Por una casa alta y vieja
aquel hidalgo pasó,
cuando un rumor advirtió,
y abrir muy quedo una reja;
cual vision de una conseja,
como una soñada hurí,
vió una sombra oculta allí,
y oyó una voz misteriosa
que le preguntó medrosa:
«¿Eres Ruiz?» Y él dijo: «¡Sí!»

—

Y de la reja entreabierta
se cerraron los cristales,
y se ocultó en sus umbrales
aquella vision despierta;
luego miró que una puerta
junto á la reja se abria,
y en ella otra vez veia

la blanca sombra encantada,
y otra vez, dulce y pausada,
«entra,» la voz le decia.

—

El hidalgo vaciló,
mas por fuerza prodigiosa,
tras la mujer misteriosa
en la oscura casa entró.
La ancha puerta se cerró
sin el más leve ruïdo,
y el silencio interrumpido
por sus acentos, callando,
siguió en las sombras reinando,
y el pueblo siguió dormido.

II

Así la noche avanzaba,
triste, silenciosa y fria,
y por la calle sombría
ningun rumor se escuchaba.
¿Qué misterio se encerraba
dentro de aquella mansion?
¡Misterios del corazon
de aquella mujer despierta;
quizás cerró aquella puerta
la historia de una pasion!

—

Por una calle vecina
se oyeron precipitadas
otras veloces pisadas
hácia el templo de la Encina.

Un hombre llegó á la esquina,
que desde la fortaleza,
con cautelosa presteza,
hácia la casa avanzaba,
y al poco rato llegaba
con marcada sutileza.

—

Bajo la reja apostado,
y junto á la puerta luego,
esperaba sin sosiego
en su ancha capa embozado;
al fin se sintió enojado,
solo en la calle desierta,
que en lugar de hallar despierta
á su dama enamorada,
halló la reja cerrada,
y halló cerrada la puerta.

—

En las sombras confundido,
meditaba en la manera
de llamar sin que pudiera
meter en la casa ruido.
Todo en silencio dormido,
despertando á su rumor
con pérdida del honor,
¡ay! pudiera sorprender
en una amante mujer
los misterios de su amor.

—

Ya la ausencia lamentaba
de la que le era querida;
quizá enferma ó sorprendida,

cuitas de su amor lloraba;
ya á los demonios retaba;
ya enamorado y violento,
para aumentar su tormento,
en querellas prorrumpia,
y á sus voces respondia
del Sil el murmullo lento.

—

¡Ya dió la hora dichosa
de sus citas nocturnales,
sin abrirse los cristales
de la reja misteriosa!...
¿Cómo á la cita amorosa
no está su amada despierta?
¡Pregunta del que no acierta
nunca á contestarse nada!...
¡Siempre la reja cerrada!...
¡Siempre cerrada la puerta!...

—

¡En medio á la noche oscura,
de la casa en lo interior,
advirtió un débil rumor
tras de la puerta segura;
aplicó á la cerradura
el oido, y escuchando,
estaba él triste dudando
si mentian sus oidos
ó sentia los latidos
de su pecho palpitando!

—

¿Qué oia? .. ¡Muy poco... apenas...
nada... el rumor de un instante,

un ósculo, lo bastante
para fomentar sus penas!...
¡Auras del amor serenas,
con perfumes de ilusiones
que inflaman los corazones,
los espíritus se encienden,
y con sus ráfagas prenden
el fuego de las pasiones!

—

¡El hombre en aquel momento
se extremeció al débil ruido,
como árbol extremecido
por el vendabal violento!
Y siguió el oido atento...
de pronto se retiró,
luego la puerta se abrió,
y citándose muy quedo,
como triunfando del miedo,
por ella otro hombre salió.

III

Entre la sombra callada,
el caballero ofendido,
violento, airado, aturdido,
llevó la mano á la espada.
En marcha precipitada
partió el misterioso amante,
y como la sombra errante
de otra sombra en sombra envuelta,
siguió con planta resuelta
al otro que iba delante.

—

Y las sombras le cercaban
y con él se confundian,
y su aliento comprimian,
y su espíritu nublaban;
en torno todo enlutaban
con su duelo aterrador,
y tanta sombra en redor,
pensaba (y á nadie asombre),
que la proyectaba el hombre
que daba sombra á su amor.

—

Y andaba cada vez más
el uno y el otro amante:
el uno siempre delante,
y el otro siempre detrás.
Temia el uno quizás
que de la dama hechicera
algun deudo le siguiera,
y airado de sus traidores
y misteriosos amores,
pedirle cuenta pudiera.

—

Y en él, delito no habia
de aquel oculto desliz;
la voz que le dijo «Ruiz,»
«entra,» despues le decia,
y en una casa sombría
donde el silencio reinaba
y la oscuridad llenaba,
se halló en ámbitos oscuros,
y dentro de aquellos muros
creyó absorto que soñaba.

—

Una sombra, una mujer,
una vision encantada,
una aventura soñada,
un misterioso placer,
una historia al parecer
cambiando de personaje,
el suave roce de un traje
y de unos blondos cabellos,
y los hechizos más bellos
entre prisiones de encaje.

—

¡Un secreto de la vida;
una página de gloria
arrancada de una historia
para él desconocida;
una pasion sorprendida;
el momento en que el pudor
vierte el rocío en la flor
entre cristales guardada;
una página arrancada
de alguna historia de amor!...

—

Eso fué; mas un instante
sintió al fin remordimientos...
¿Por qué gozar los momentos
de su verdadero amante?
¿Y dónde hay fuerza bastante
para poder resistir
la seduccion sin morir
de una mujer misteriosa
que con su voz melodiosa
tanto amor hace sentir?

—

¡Aun de su encanto gozaba,
que aunque en la mansion oscura
no contempló su hermosura,
ya su hermosura soñaba;
sin ser amado, la amaba;
su acento, la voz aquella,
cuanto se ocultaba en ella,
hasta el ámbar de sus rizos,
convidaban entre hechizos
á amarla y creerla bella!

—

«Es ya la noche avanzada;
ya estará echado el rastrillo,
y ya dormirá el castillo
como duerme Ponferrada;»
así dijo, y con la espada
un golpe en la puerta dió
del albergue en que dejó
su caballo, y pronto abierta
se vió la pesada puerta,
y el hombre por ella entró.

—

Avanzó el otro en seguida
á la puerta ya cerrada,
desenvainando la espada
para quitarle la vida;
pero cual sombra perdida
entre tanta oscuridad,
despareció á su ansiedad
aquel fantasma, quedando
el otro como dudando
si era sueño ó realidad.

—

Y exclamó con amargura,
lleno de cólera al par;
«¡Mañana habrá de cerrar
otra vez la noche oscura!
¡Vuelve á gozar la hermosura
de la infame que me engaña!...
¡Sangre con sedienta saña
me está pidiendo el amor!...
¡Sólo se limpia el honor
cuando el acero se empaña!»

—

¡Y con marcha presurosa,
la espada al punto envainando,
lo ya andado desandando,
dió en la casa misteriosa;
vió la reja silenciosa,
la puerta siempre cerrada,
la antigua casa callada,
que él creia en sus dolores
la tumba de sus amores
y de su gloria pasada!

—

¡Ay del que en secreto llora,
y vive en lentos desvelos,
y de amor siente los celos
por la mujer que aun adora!
¡Ay del que el pesar devora
y recuerda con dolor
el encanto seductor
que le brindaba el placer!
¡Ay del que odia á esa mujer,
porque ese odio es más amor!

—

En tanto que esto sentia
el amante, herido el pecho,
tranquilamente en su lecho
tal vez la niña dormia;
quizás soñando estaria
enamorada con él,
que ignorando serle infiel
y perjura en sus amores,
ignoraba sus dolores
y su amargura cruel.

—

¡Quién puede el mundo apreciar!
El uno en la sombra oscura
soñaba con su aventura
y se empeñaba en soñar;
el otro, por despertar,
diera el tiempo que soñó,
y la niña que no vió
con quién pudo serle infiel,
creyéndose en brazos de él,
á él solamente amó.

—

Por eso ella no sentia
pesar alguno en su pecho;
por eso en el blando lecho
tranquilamente dormia.
El amante, en su agonía,
como quien su fin advierte,
exclamó: «¡Terrible suerte;
mañana, Laura, ay de mí,
el amor que ha muerto en tí
tendrá que darte la muerte!»

—

Y lanzando sus miradas
á el edificio sombrío,
sintiendo lúgubre frio,
partió en las sombras calladas.
De sus distantes pisadas
se fué perdiendo el rumor,
cuando el misterioso albor
anunciaba el nuevo dia.
La hermosa niña dormia
en dulce ensueño de amor.

IV

Era el dia, y en su lecho
aun don Alvaro Ruiz
vió descorrerse un tapiz,
y sintió un abrazo estrecho;
aun en su herido pecho
angustia mortal sentia,
y aumentó más su agonía
y su duelo soberano
al recibir á su hermano
que de Granada venia.

—

El uno no sospechó
que era su hermano el rival;
don Nuño aventura tal
á don Alvaro ocultó;
el amor les confundió
en los brazos de la bella,
y el júbilo y la querella
tan sólo súpolo Dios,

siendo inocentes los dos
como inocente era ella.

—

A don Alvaro, su alteza
la Católica Isabel,
á fuer de vasallo fiel,
dióle título y grandeza
de alcaide en la Fortaleza
por los Templarios alzada,
como un feudo con mesnada
y honores de señorío
sobre la márgen del rio,
dominando á Ponferrada.

—

Y allí con sus servidores
en el castillo feudal
del Temple monumental
que ilustraron sus señores,
vivia, cuando de amores
requirió á la más divina
y oculta ponferradina,
de esas que el amor se sueña
que una noche con su dueña
iba al templo de la Encina.

—

Y desde entonces se amaron;
galan él, la dama bella,
él hábil, incauta ella,
y los dos se concertaron.
Jamás libre la dejaron
sus padres con grave juicio,
y hallando el amor propicio,

sombra y codicia triunfaba;
la noche les escudaba,
la dueña cumplió su oficio.

—

Así el amor clandestino
iba en las sombras viviendo,
con sus ósculos fundiendo
las cadenas del destino,
cuando el buen don Nuño vino
en hora triste y menguada
victorioso á Ponferrada
por visitar á su hermano
tras el triunfo castellano
de la toma de Granada.

V

El sol moria, y tras de él
sus moribundos reflejos
esmaltaban á lo lejos
la cima de Pajariel.
Negras nubes en tropel,
desde colina á colina,
de su fúnebre cortina
descolgaba los crespones,
y tocaban á oraciones
las campanas de la Encina.

—

Cerró la noche en verdad
tan tempestuosa y oscura,
que llenaba de pavura
su extremada oscuridad.

Tronaba; la tempestad
un relámpago brilló,
y la esfera apareció
girando en la sombra espesa
como la negra pavesa
de un mundo que se apagó!

—

Tristes las horas pasaban,
arreciaba la tormenta,
y en la atmósfera violenta
broncos los truenos bramaban;
los relámpagos rasgaban
las sombras de vez en cuando,
sus ráfagas arrojando
sobre el pueblo que dormia;
sólo un hombre se veia
por una calle avanzando.

—

Por fin el hombre paró
de una ilustre casa junto;
una reja se abrió al punto,
y al instante se cerró;
luego una puerta se abrió,
y el hombre entró con presteza,
y junto á la fortaleza
otro hombre muy embozado
todo lo habia observado
con atenta sutileza.

—

«Ya, dijo, vengarme puedo;»
y con la faz encubierta,
se acercó, dando en la puerta

unos golpes muy de quedo;
y al punto, como con miedo,
la antigua puerta se abrió.
El hombre por ella entró,
y dentro, con otro hablando,
le dió una bolsa, y callando
pronto la puerta cerró.

—

Entró en la casa sombría,
y por un pasillo oscuro,
entró con paso seguro,
como quien ya conocia
el sitio que recorria;
se detuvo; escuchó atento;
rasgó un relámpago el viento;
bronco un trueno retumbó,
y á la distancia apercibió
dos sombras y un rumor lento.

—

Con el pecho palpitando,
donde apenas el rumor
de su coloquio de amor
dejaba un eco temblando,
se fué en silencio acercando,
hasta que junto llegó
á los amantes, sacó
un puñal, y con horrendo
acento «¡Muere!» diciendo,
con él un golpe asestó.

—

Un ¡ay! lúgubre y agudo
hirió fatídico el viento,

y se escuchó en el momento
otro ¡ay! y otro golpe rudo.
Entre aquel ambiente mudo,
vibró un trueno retumbando,
un eco triste dejando
como un clamor de agonía;
«¡Muere!» el eco repetia,
por el salon retumbando!

—

Cayeron muertos los dos,
y el hombre, de espanto lleno,
escuchó la voz del trueno
cual la sentencia de Dios!
Iba de la puerta en pos,
y un relámpago infernal,
de un espejo ante el cristal,
al romper la sombra oscura,
dibujó en él su figura
llevando rojo el puñal.

—

En rudo sacudimiento
su espíritu se turbó,
y su pecho palpitó
con ímpetu más violento;
volvió la sombra al momento,
mas aunque el rayo le heria
de sombras en su agonía,
miraba el espacio lleno,
y retumbando otro trueno;
«¡Muere!» otra vez le decia!

—

Huyó de allí con horror,
por no ver en el cristal
su figura criminal
que le causaba terror:
y de otro rayo al fulgor
triste, fantástico, insano,
vió lo que evitaba en vano
para aumentar sus tormentos:
los cadáveres sangrientos
de su amada y de su hermano!

—

«¡Mi hermano!...» prorrumpió á gritos.
«¡Laura! ¡Con triste amargura
divina era tu hermosura
y tus amores malditos!...»
Y ante tan graves delitos,
violencia horrible sintió,
un relámpago brilló
lanzando un rayo al puñal,
y de un trueno funeral
«¡Muere!» el eco repitió.

—

«¡Muero! dijo; sin consuelo
y con espanto profundo,
¡muerto sabré que en el mundo
triunfa el infierno del cielo!»
Y terminando su duelo
y su violento terror,
con el puñal destructor
dió al pecho mortal herida,
cayendo al suelo sin vida
con un grito de dolor.

VI

¡Mansion fúnebre y mortuoria
de fantásticos rumores,
entre recuerdos de amores
guardas de Laura la historia!
Fué su espíritu á la gloria,
y á la tumba el cuerpo inerte.
¡Tan hermosa y con tal suerte!
Sólo á uno amó en los dos.
¡Que por gloria le dé Dios
su amor despues de la muerte!

XX

El Señor de Bembibre y Enrique Gil

El mundo civilizado tiene una *Biblia*; España tiene un *Quijote*, y el Vierzo además de la *Biblia* y el *Quijote*, tiene su *Señor de Bembibre*.

Enrique Gil, el malogrado autor de ese monumento literario del verciano pueblo, goza en aquella region de antiguas tradiciones y leyendas, de una inmortalidad digna del genio, que sólo llegan á adquirir en el mundo y en el tiempo aquellos que han sentido, han pensado y han dicho algo que haya dejado una vibracion íntima y eterna en el espíritu de los pueblos.

Los tipos principales del protagonista D. Alvaro y de la hermosa heroina Doña Beatriz, son admirables, llenos de nobleza, y de carácter de situacion y de época.

Los demás personajes que dan vida y accion á la novela, están preciosamente presentados, y aquellas escenas trágicas y sencillas á un tiempo de citas y de amores, y aquellos lances violentos, pero nobles, de desafíos y espantosos combates, todo

aquel drama que tiene por asunto y sublime argumento el amor vehemente y desdichado de aquellos dos románticos amantes, cuyos puros espíritus juntó el cielo, y entre cuyos sentidos se interponen la ambicion, la maldad y la codicia, se desarrolla y realiza á impulso del vendabal político que empujaba hácia su destruccion y hácia su muerte á la Orden del Temple.

El pueblo verciano dibuja en su imaginacion y en el ambiente que llena sus valles y contienen sus montes, la figura fantástica y caballeresca de don Álvaro, y la sombra romántica y sublime de doña Beatriz; y los conoce como Alemania conoce al Fausto y su amada, pensados por Goethe; como Inglaterra á Hamlet y á Ofelia, meditados por Sakespeare; como Italia á su Orlando de Ariosto y á su Beatriz del Dante; como nuestra España á su D. Quijote y Dulcinea, que soñó Cervantes; á su Tenorio y Doña Inés, que popularizó Zorrilla; y á su Trovador y su Leonor de García Gutierrez; y á su Montemar y Elvira, que cantó Espronceda; como á todas esas figuras invisibles que ha sentido y ha soñado el poeta, como eternos espíritus del arte, dándoles cuerpo y forma en el libro y la escena, imprimiendo el carácter de los tiempos y de los pueblos.

Los valles y los montes del Vierzo tienen aun impresas para los vercianos las huellas de D. Álvaro, y aquellas auras puras les parecen que repiten aun los lánguidos suspiros de su amada.

En Arganza, deliciosa aldea de preciosos paisajes, en donde se alzaba el antiguo y suntuoso palacio solariego de su señor feudal, sobre cuyas

ruinas se levantó el moderno del Sr. Cueto, sucedieron las escenas más dulces y tristes de aquel heróico drama, los coloquios de amor, las amargas ausencias, los lances más sublimes de aquel amor que eternizó la muerte.

En Villabuena, delicioso pueblo al otro lado del sereno Cua y muy próximo á Arganza, en su antiguo é ilustre monasterio, que ya no existe, acontecieron las nocturnas citas del contrariado amor, y las austeras entrevistas de ruego y ambicion.

En Cornatel, elevado castillo, tributario del Temple, alzado en medio de los montes más ásperos y agrestes que dominan al Vierzo, allí se libraron los reñidos combates entre los bandos del Conde de Lemus y los caballeros templarios, siendo despeñado desde sus atrevidos torreones el ambicioso Conde, enemigo del Temple y rival poderoso de D. Alvaro.

En la abadía de Carracedo fué la grave sorpresa del austero abad á D. Alvaro en el rapto de su amada en el convento de Villabuena.

El encantado y delicioso Lago de Carucedo evoca los recuerdos melancólicos de aquel eterno amor en la agonía de la dulce doncella desdichada. Sobre su tersa superficie se deslizaba la góndola suave conduciendo á los nobles amantes por las ondas del Lago trasparente en sus horas de amor y de agonía, que terminó su muerte sosegada y sentida, y en las riberas de aquel sereno Lago parece dibujarse la tumba de la vírgen heroina.

En Ponferrada, su antigua y famosa fortaleza, hoy en ruinas, recuerda con misterio los consejos,

tortura, resolucion heróica y profesion solemne de D. Alvaro en la calumniada y perseguida Orden del Temple.

Bembibre, su antiguo señorío, aun levanta un ruinoso torreon, como último resto del castillo feudal, que triunfando del tiempo, atestigua la existencia gloriosa del héroe su señor.

Y el vetusto monasterio de Montes aun conserva la sagrada memoria del misterioso asceta muerto en su austeridad, que no era otro que el famoso D. Alvaro, *El Señor de Bembibre*.

Escenas todas extremadas y tristes, violentas y sombrías, y presentadas con tal verdad, y llevadas con tal sencillez en la descripcion de caractéres y situaciones, y en la narracion precisa de los hechos, que cautiva y encanta su lectura, haciendo de Doña Beatriz la heroina fantástica de un sueño y de D. Alvaro un heróico modelo de cumplidos caballeros. Es quizá la novela romántica más bella de su tiempo; y, rara casualidad, cuando escribia este libro y pensaba ocuparme de esta obra, pensando tambien encarecer se publicase una nueva edicion de *El Señor de Bembibre*, por haberse agotado la antigua, me sorprendió ver en el escaparate de una librería un ejemplar de las *Obras en prosa de D. Enrique Gil y Carrasco*.

Mi sorpresa fué tan grande como agradable. Hojeé los dos tomos en que está publicada esta edicion, y ví con gusto que su primera obra, en el primer tomo, es *El Señor de Bembibre*.

Despues de la hermosa novela caballeresca, me encontré con que tambien el ilustre poeta verciano tiene su *Lago de Carucedo*. Entonces mi gusto se

acibaró al leer este título con el recuerdo de que tambien figura como epígrafe en uno de los capítulos de mi libro.

Deploré entonces haber empañado con mi pluma aquel cristal sereno despues de haberlo legendeado el cantor del Sil, y llevado de la doble curiosidad de leerlo por ser suyo, y por lo tanto ameno, y por ver si en el suyo hallaba alguna semejanza con el mio, encontré con satisfaccion doble la belleza que encierra aquella narracion tan hermosa y sencilla, y no asemejarse en nada, absolutamente en nada con el mio, por donde pudiera la crítica más hábil tomarlo por plagio.

Supongo que ya el lector conocerá mi *Lago de Carucedo*.

El asunto de Enrique Gil es el siguiente:

El sitio que hoy ocupa el Lago era un valle (único detalle que hay de comun entre el suyo y el mio); luego continúa: en aquel valle existia una antigua abadía, y en la abadía un reverendo abad, famoso por sus místicas virtudes. Al abad le fué encomendado un misterioso niño, y en Carucedo se estableció una mujer con una niña misteriosa tambien.

Los niños fueron mozos, y se amaron con un amor íntimo é intenso. Ella cuidaba de su rebaño apacible, y él se dedicaba á la caza.

El cazador comprendió que un señor poderoso perseguia á su amada. Era el señor feudal de Cornatel, que entregado á sus desenfrenados vicios, exponia el terror en la comarca. Comunicóselo el mozo al abad, y subió el venerable anciano al castillo á aconsejar la templanza y virtud al torpe

castellano; este insistió en su intento, desairando al abad.

Una tarde la zagala cuidaba su rebaño; el cazador cuidaba de ella, y el violento señor de Cornatel los sorprendia. Entonces se trabó la riña, y matando el jóven cazador á su adversario, tuvo que huir, por consejo prudente del abad, temiendo el furor de los parciales de aquel señor.

Huyó el hidalgo mozo, y su amada, seguida de su madre, huyó tambien sin saber á dónde.

Era por entonces el cerco de Granada, y el héroe se marchó allí, á donde sus heróicas hazañas le valieron honor, estimacion y el hábito de caballero de Calatrava.

Despues de otras mil aventuras, volvióse á Carucedo y á la abadía, encontrándose al anciano abad próximo á la muerte, el cual le reveló, pues ya habia cumplido el plazo del silencio, que era hijo del maestre de Calatrava, y por lo tanto, que era hidalgo y muy ilustre; mas nada se supo de su amada, á pesar de las muchas pesquisas, y creyósela muerta.

El caballero entonces, poseido más de la tristeza que le dominaba por la muerte de aquel desventurado amor, profesó en aquel monasterio, y muerto el abad, dada su noble alcurnia y la estimacion en que por sus virtudes los monjes le tenian, fué elevado á abad.

Una noche en que estaba en ferviente oracion, un portero le comunicaba que una mujer misteriosa como una sombra, que se decia fuera una bruja, vagaba por los montes próximos á la abadía. El abad salió aquella noche á conjurar la sombra, que

á pesar de lo demacrada y macilenta, era la fantástica sombra de su amada.

Despues de su asombro, y realizando su ilusion, conoció que era ella.

Mas al hablarle ella, le contestaba de una manera discordante y vaga, insistiendo en un dulce devaneo de recuerdo de amores. Estaba loca.

El abad tomóla consigo y la llevó á la abadía, y desde allí al *retiro del abad*, dependencia del monasterio. Tambien ella estaba en hábito de monja. La infeliz, en medio de su enajenacion, se habia fugado del convento en donde profesara en busca de los sitios venturosos que le recordaban sus ya muertos amores. Allí lentamente recobrábase un tanto.

Una tarde el abad le recordaba de su amor infeliz las dulces horas, y ella las recordaba; mas al mostrarse él como su amante, ella no lo reconocia en aquel hábito, porque su amante *habia de llevar el arco de los cazadores ó el casco de los guerreros, y no el hábito de los monjes*.

Entonces el abad, olvidando su carácter y austera dignidad, corrió á la abadía, y vistiendo el traje de cazador debajo de los hábitos, volvió al retiro, cuando un ruido subterráneo y tempestuoso se advertia en la cargada atmósfera.

Llegó al retiro, y al presentarse en aquel traje, reconocióle ella; pero advertida de su hábito y del que él dejara próximo, conoció su estado, y espantóse de aquella tan difícil situacion, que aumentaba el ruido tempestuoso que se oia.

El abad, dominado por la pasion, ya iba á atropellar estado, dignidad, honor y votos, cuando

una gran catarata, brotando de los montes, anegó por completo la abadía, formando el lago inmenso que hoy existe.

Tal es el *Lago de Carucedo* del trovador verciano, tan bello y agradable como suyo.

Estas dos preciosas obras componen el primer tomo, y el segundo una série de *Crítica literaria*, y varios artículos de *Costumbres y viajes*, siendo un importante contingente para la española literatura.

Enrique Gil y Carrasco, aunque hijo de Villafranca, se le considera como de Ponferrada, en donde se crió y educó, residiendo en dicho pueblo toda su infancia y lo mejor de su juventud, manifestando siempre su amor á esa histórica villa, como lo muestra en *Un recuerdo de los Templarios*, *Niebla*, *El Sil* y otras poesías líricas.

A las faldas de aquella inexpugnable fortaleza del castillo feudal de los Templarios, y á las riberas deliciosas del Sil, corrieron los dias venturosos de su juventud; luego pasó á recibir su educacion literaria á Espinareda, á Astorga, y despues á Valladolid, desde donde se trasladó, por último, á la córte, á entrar en combate heróico con el genio y la suerte, con la intriga y la envidia; combate en el que unos sucumben y otros triunfan.

Contemporáneo de Espronceda, de quien era cariñoso amigo, de Larra y de Zorrilla, y de otros tantos corifeos del romanticismo, pertenecia á aquella época en que florecia esa raza de genios que vivirán eternos en la historia.

Enrique Gil, como poeta lírico, vale menos que como novelista, y es más poeta en prosa, á pesar

de las bellas poesías debidas á su númen, como las que hemos citado, y la sentida elegía á la muerte de Espronceda. Mas su prosa es sublime, sencilla, correcta, conmovedora, lánguidamente apasionada, propia del carácter del Norte, teniendo á veces su misterioso estilo un sabor bíblico, esmaltado de abundantes imágenes, segun describe ó narra sus serenos períodos.

Su preciosa novela *El Señor de Bembibre* es el mejor ejemplo de lo que hemos dicho.

El autor del héroe verciano pasó á Berlin como diplomático, en donde al corto tiempo murió.

A los pocos años, otro insigne poeta castellano (1) doblaba la rodilla ante una tumba misteriosa y triste en el cementerio católico de Berlin, exclamando:

« ¡Ay del vate infeliz que amortajado
con su negro ropon de peregrino,
yace en su propia tumba desterrado! »
. . . . . .

Y despues añadia:

« ¡Bien te dice mi voz que soy tu hermano!...
¿Quién saludará tus despojos frios
sino el ¡ay! de mi acento castellano? »

Aquel sepulcro tenia el siguiente epitafio:

A D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO.

Falleció en Berlin el 22 de Febrero de 1846.

SU AMIGO,

JOSÉ DE URBISTONDO.

---

(1) Eulogio Florentino Sanz.

XXI

Conclusion

Al concluir este libro, deseo consagrar un recuerdo triste y cariñoso á la amistad y al respeto.

Existen en algunos pueblos y en algunas épocas ciertos tipos privilegiados de carácter y accion, que llegan á ser las figuras simbólicas del saber y del bien, haciéndose proverbiales y formando épocas en los pueblos.

Tal era D. Mateo Garza en Ponferrada: caballero, afectuoso, simpático y amable; de hábil talento y de carácter noble como su figura, imponia su afecto y amistad con tales armas.

Dejó Garza al morir algunas obras dramáticas y bastantes composiciones líricas.

Tambien lanzó sobre la escena la romántica y caballeresca figura de *El Señor de Bembibre* en su precioso drama, inspirado en la novela de Enrique Gil; pero de sus obras dramáticas la mejor es *Estrella*, drama de capa y espada en el cual están admirablemente presentados los tipos, escenas de interés y de efecto, dialogado fácil y versificacion

correcta y sonora; drama que en un buen teatro de Madrid daria seguro resultado á la empresa, y á su autor éxito y gloria.

Mas tenia otra condicion el Sr. Garza, que, al decir de los inteligentes que lo presenciaron, superaba á todas: era como actor.

Basta un detalle.

Siendo estudiante, trabajaba como aficionado en un teatro particular de Madrid, en cuya sociedad se hallaba Romea.

Despues de una funcion, el jóven Garza era solicitado por el famoso y eminente actor, ofreciéndole una cantidad muy respetable por su contrata; pero el jóven, cediendo á los compromisos de familia, rehusó aquella oferta, renunciando á la gloria para encerrarse entre la abastada estantería de su farmacia, oscureciendo sus poderosos dotes, viviendo como el avaro que esconde su tesoro, y pasando entre bastidores por la escena teatral del mundo.

Una tarde de otoño, al despedirme de Ponferrada (el año de esta excursion por el Vierzo) para regresar á Madrid, ¡quién habia de decir que habia de ser la despedida eterna!...

Al corto tiempo una esquela de funeral nos comunicaba su muerte.

En aquel sombrío cementerio de Ponferrada, amurado en las ruinas de un antiguo convento, sirviendo los restos del derruido edificio para contener los humanos restos; entre aquellos muros misteriosos, sobre uno de los cuales se eleva un torreon ruinoso del roto campanario, festoneado de hiedra y sin campanas, como el símbolo eterno del

silencio; en aquel mústio y tétrico recinto, cuya triste portada blasona en un sillar sobre su marco la cruz simbólica del Temple llevada del castillo, como si no pudiendo escudar el Santo Sepulcro de Cristo, quisiera escudar los sepulcros silenciosos de los cristianos que allí yacen en el eterno sueño de la muerte, allí reposa Garza; y por si algo vale, dedico este triste recuerdo á su memoria, concluyendo sobre su fúnebre sepulcro el último capítulo de mi libro El Vierzo.

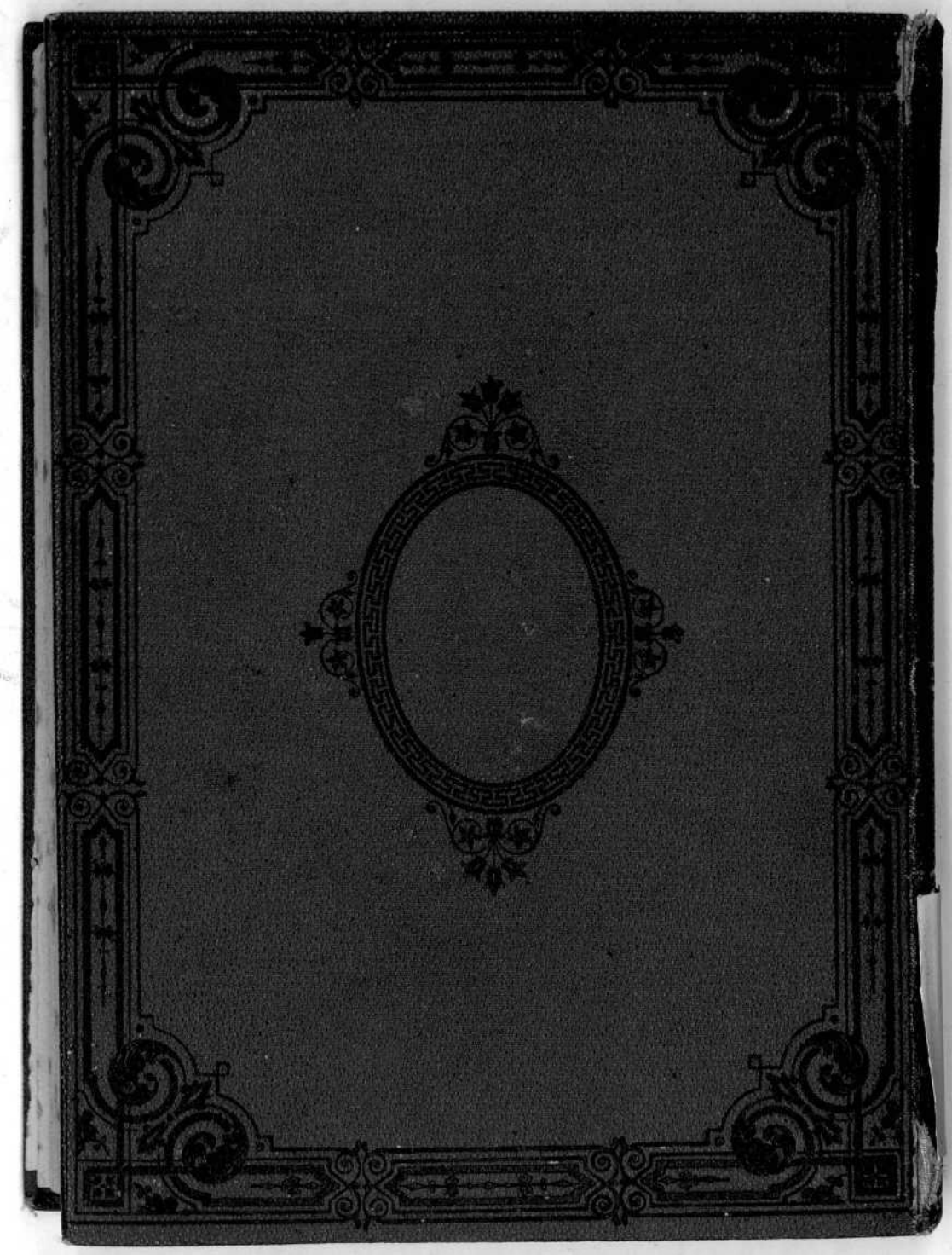
FIN.

ÍNDICE

Dedicatoria V
Prólogo VII
De Madrid á Ponferrada. 1
Ponferrada 10
El castillo de los Templarios 14
De Ponferrada á Villafranca 22
Villafranca del Vierzo 26
El castillo-palacio de Villafranca 30
El crímen 34
El castillo de Corullon 47
El convento de la Anunciada 51
Doña María de Toledo 57
El Bérgidum 77
Cacabelos 82
La abadía de Carracedo 84
Desde Carracedo al Lago 92
El Lago de Carucedo 96
La Ondina Caricea 99
Las Médulas 112
La fiesta de la Encina 118
Una aventura en el Vierzo 133
El Señor de Bembibre y Enrique Gil 152
Conclusion 161

ADVERTENCIA

Nos parece haber descrito los principales monumentos y haber narrado las más interesantes historias y leyendas de la comarca verciana que atesora sus más importantes pueblos; pero aun restan algunos otros monumentos, con sus respectivas leyendas y consejas, como son el castillo de Cornatel, la abadía de Montes y algunos otros que ilustran los demás pueblecillos que allí se ofrecen entre amenos paisajes, y de los cuales nos ocuparemos si tiene aceptacion del público este libro de EL VIERZO.



EL

VIERZO

G 37973